



**Raúl Anguiano**  
**Bonampak**

**MEMORIAS DE UNA EXPEDICIÓN  
A LA SELVA LACANDONA EN 1949**

*Journal of an Expedition to Bonampak, 1949*

**Prólogo de Alberto Carbot**

**Expedición a Bonampak.  
Diario de un viaje.  
*Memorias de una expedición a  
la Selva Lacandona. 1949***

---

**Raúl Anguiano**



UNIVERSIDAD DE CIENCIAS Y ARTES DE CHIAPAS  
2012



Raúl Anguiano

Expedición a Bonampak. Diario de un viaje.

*Memorias de una expedición a la Selva Lacandona, 1949*

Journal of an Expedition to Bonampak.

*Memoirs of an Expedition to the Lacandona Jungle, 1949*

Primera edición: 2012

DR © Alberto Carbot

Coordinación editorial:

Alberto Carbot

Ilustraciones y dibujos:

Raúl Anguiano

Fotografías:

Archivo Raúl Anguiano, Manuel Álvarez Bravo, Jorge Olvera,

Antonio Caballero, y Archivo Alberto Carbot

Diseño de portada e interiores:

Alberto Carbot y Alejandro Cortés Aguilar

Foto Portada: Raúl Anguiano y Carlos Frey/ Archivo Anguiano

Versión en Inglés:

Andrea Aline Ocampo-Carbot, Trena Brown

y Jorge Luis Taveras Ureña

ISBN:

Impreso en México

Con Anguiano, había recuerdos y  
coincidencias que compartir.  
Para él, el 3 de mayo, significaba  
la trágica muerte de dos de sus compañeros  
de expedición en 1949 y para mí,  
el más bello recuerdo:  
el nacimiento de Lynda, mi hija.  
Por ello, esta fecha empezó a hacerme  
sentir parte de Bonampak.

A la memoria de los ilustres mexicanos  
que integraron la expedición.

**Brigita Anguiano**

*Throughout my relationship with Anguiano, there were many thoughts and coincidences to share. For him, May third, meant the tragic death of his two partners of the expedition, and for me the most beautiful experience: the birth of Lynda, my daughter. From that moment on, that day made me start feeling as part of Bonampak.*

*In memory of the illustrious Mexicans who integrated the expedition.*

**BA**





# Contenido

Presentación.....	5
Roberto Domínguez Castellanos. <i>Las hondas raíces chiapanecas de Raúl Anguiano</i> .....	9
Brígita Anguiano. <i>Regreso a Bonampak</i> .....	13
Alberto Carbot. <i>El Bonampak de Anguiano</i> .....	17
Raúl Anguiano. <i>Expedición a Bonampak. Diario de un viaje. Memorias de una expedición a la Selva Lacandona. 1949</i> .....	31
Raúl Anguiano. <i>El arte en Bonampak</i> .....	73
Testimonios gráficos del viaje a la Selva Lacandona. <i>Graphical testimonies of the trip to the Lacandon Jungle</i> .....	82
Así nació La espina, una de sus obras maestras. <i>This is the way The Thorn was born, one of his masterpieces</i> .....	121
Margarita Ná-Kin, la bella lacandona de la selva. <i>Margarita Ná-Kin, the Beautiful Lacandon of the Jungle</i> .....	142
Roberto Domínguez Castellanos. <i>The deep Chiapanecan roots of Raúl Anguiano</i> .....	153
Brígita Anguiano. <i>Returning to Bonampak</i> .....	157
Alberto Carbot. <i>Anguiano's Bonampak</i> .....	161
Raúl Anguiano. <i>Journal of an expedition to Bonampak. Memoirs of an expedition to the Lacandona Jungle, 1949</i> .....	175
Raúl Anguiano. <i>The art in Bonampak</i> .....	217



**Expedición a Bonampak.  
Diario de un viaje.**  
*Memorias de una expedición a  
la Selva Lacandona. 1949*

---





# Roberto Domínguez Castellanos: Las hondas raíces chiapanecas de Raúl Anguiano

---

La Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas (UNICACH) presenta a la sociedad en general una colección especial conmemorativa, con motivo de la celebración del trigésimo aniversario del Instituto de Ciencias y Artes de Chiapas, según decreto dado a conocer por el ex gobernador del estado Chiapas, Don Juan Sabines Gutiérrez, en agosto de 1981, que le confirió el status de institución de enseñanza superior.

La línea editorial se sustenta en el interés de publicar ediciones inéditas o reeditar el trabajo de connotados escritores, artistas, poetas e investigadores de Chiapas y México, por la importancia de sus producciones enfocadas al enriquecimiento de la ciencia y las artes.

De ahí que, para la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, es un honor participar en la publicación del magnífico trabajo *Expedición a Bonampak. Diario de un viaje. Memorias de una expedición a la Selva Lacandona, 1949*, escrita por el maestro Raúl Anguiano, un hombre originario de Jalisco, pero con raíces profundas en Chiapas, prodigioso artista plástico, cronista de pulida prosa y gran capacidad creativa; un hombre muy exhaustivo y detallista, con una memoria muy puntual de lo que observaba, y una espléndida habilidad para captar hasta el más mínimo detalle del paisaje que se descubría a su alrededor.

De ello da prueba su pormenorizado relato, publicado por primera vez en 1959, bajo los auspicios del Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM, que presenta una minuciosa y bellamente escrita crónica sobre ese legendario viaje al corazón de Bonampak, luego del descubrimiento por parte de Carlos Frey -arqueólogo por vocación-, de esos majestuosos vestigios mayas, cuyos murales son orgullo de la civilización prehispánica.

De esa experiencia data *La Espina*, la obra más significativa del Maestro Anguiano, sobre su viaje a la Selva Lacandona y hasta hoy su trabajo más emblemático, que se ha caracterizado a nivel mundial, por la belleza, colorido y sencillez magistral en sus trazos. En opinión de los críticos, Anguiano supo retratar como nadie el misterio y la extraña belleza de la mujer lacandona y la fuerza mística y estética del hombre lacandón.

La importancia de la expedición auspiciada por el Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA), la primera realizada por mexicanos, y de la cual formó parte Anguiano, no estriba sólo en los fines científicos y estéticos obte-

## Roberto Domínguez Castellanos: Las hondas raíces chiapanecas de Raúl Anguiano

---

La Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas (UNICACH) presenta a la sociedad en general una colección especial conmemorativa, con motivo de la celebración del trigésimo aniversario del Instituto de Ciencias y Artes de Chiapas, según decreto dado a conocer por el ex gobernador del estado Chiapas, Don Juan Sabines Gutiérrez, en agosto de 1981, que le confirió el status de institución de enseñanza superior.

La línea editorial se sustenta en el interés de publicar ediciones inéditas o reeditar el trabajo de connotados escritores, artistas, poetas e investigadores de Chiapas y México, por la importancia de sus producciones enfocadas al enriquecimiento de la ciencia y las artes.

De ahí que, para la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, es un honor participar en la publicación del magnífico trabajo *Expedición a Bonampak. Diario de un viaje. Memorias de una expedición a la Selva Lacandona, 1949*, escrita por el maestro Raúl Anguiano, un hombre originario de Jalisco, pero con raíces profundas en Chiapas, prodigioso artista plástico, cronista de pulida prosa y gran capacidad creativa; un hombre muy exhaustivo y detallista, con una memoria muy puntual de lo que observaba, y una espléndida habilidad para captar hasta el más mínimo detalle del paisaje que se descubría a su alrededor.

De ello da prueba su pormenorizado relato, publicado por primera vez en 1959, bajo los auspicios del Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM, que presenta una minuciosa y bellamente escrita crónica sobre ese legendario viaje al corazón de Bonampak, luego del descubrimiento por parte de Carlos Frey -arqueólogo por vocación-, de esos majestuosos vestigios mayas, cuyos murales son orgullo de la civilización prehispánica.

De esa experiencia data *La Espina*, la obra más significativa del Maestro Anguiano, sobre su viaje a la Selva Lacandona y hasta hoy su trabajo más emblemático, que se ha caracterizado a nivel mundial, por la belleza, colorido y sencillez magistral en sus trazos. En opinión de los críticos, Anguiano supo retratar como nadie el misterio y la extraña belleza de la mujer lacandona y la fuerza mística y estética del hombre lacandón.

La importancia de la expedición auspiciada por el Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA), la primera realizada por mexicanos, y de la cual formó parte Anguiano, no estriba sólo en los fines científicos y estéticos obte-



nidos, sino reviste singular trascendencia, porque fue una verdadera proeza emprendida por un grupo de valerosos y visionarios, como Fernando Gamboa, Julio Prieto, Carlos Margáin, Luis Morales, Pedro Alvarado, Alberto T. Arai, Andrés Sánchez, José Puig Guri, Manuel Álvarez Bravo, Luis Lara Pardo, Arturo Sotomayor, Andrés Sánchez Flores Jorge Olvera, Franco Lázaro Gómez, y Carlos Frey, el más entusiasta promotor de la expedición.

La reedición de esta obra, traducida también al inglés, deja también constancia del tesón de Brigita Anguiano, fiel compañera del Maestro, por preservar para las nuevas generaciones de México y otras partes del mundo, la memoria de este importante episodio en la historia contemporánea y presenta asimismo un enfoque actual como resultado del reciente recorrido emprendido esta vez por la propia Brigita, el periodista Alberto Carbot, Carlos Frey Solís, el fotógrafo Antonio Caballero y otros personajes con inquietudes similares a las que motivaron a esos primeros exploradores.

La obra se enriquece con imágenes recientes de Caballero, anotaciones de Alberto Carbot y los bocetos, fotografías y dibujos -en su mayoría inéditos-, del propio Maestro, hilvanados éstos durante la expedición de 1949, y recientemente descubiertos por su esposa, extraordinaria promotora de su legado.

El material incorporado a esta obra, proporciona de manera sucinta, una nueva panorámica, de lo que es Bonampak en nuestros días y aviva la nostalgia sobre la gesta de aquel grupo de pioneros.

Sin duda, el Maestro Raúl Anguiano abrió una nueva puerta para que a partir del conocimiento de los lacandones, se pudieran también estudiar las otras etnias no sólo de Chiapas, sino del sureste mexicano en general, que conforman esta gran nación en que vivimos.

Por ello, para la UNICACH representa un orgullo auspiciar esta nueva edición del libro *Expedición a Bonampak. Diario de un viaje. Memorias de una expedición a la Selva Lacandona, 1949*, que permitirá a las nuevas generaciones, un mejor conocimiento de nuestro pasado, que es el basamento de nuestra fortaleza como país, orgulloso del legado de quienes nos antecedieron.

*Por la cultura de mi raza*

**Roberto Domínguez Castellanos**  
Rector de la UNICACH



## Brigita Anguiano: Regreso a Bonampak

Llegué a la vida de Raúl Anguiano veinte años después de la primera e histórica expedición a Bonampak, organizada por el INBA en 1949, de la cual el Maestro formó parte, como encargado de realizar una memoria gráfica de la expedición, de los mayas lacandones y su hábitat.

Además de su trabajo, Anguiano realizó un diario detallado de cada experiencia y momento vivido por los integrantes de la expedición. Su relato fue publicado por la UNAM en 1959, y ha sido considerado como la descripción más auténtica de los eventos, que no estuvieron exentos de hechos trágicos, como fue la muerte de dos de sus miembros: Carlos Frey y Franco Lázaro Gómez, quienes perdieron la vida en el río Lacanjá.

La experiencia de la vivencia cotidiana con la cultura Maya y sus descendientes generaron tal impresión en Anguiano, que además de su trabajo por encargo, también plasmó muchas ideas y dibujos en pequeños cuadernos y realizó varias fotografías.

De este material, a su regreso en su estudio en la ciudad de México, desarrolló obras maestras, entre ellas, *La espina*, mundialmente conocida.

El tema de la vida de los lacandones ocupó un largo periodo en su vida artística. Incluso quedaron representados en los cuatro murales que pintó en los últimos años de su existencia.

A lo largo de mi convivencia con Anguiano, había recuerdos y coincidencias que compartir.

Para él, el 3 de mayo, significaba la trágica muerte de dos de sus compañeros de expedición y para mí, el más bello recuerdo: el nacimiento de Lynda, mi hija. Por ello, esta fecha empezó a hacerme sentir parte de Bonampak.

Sin embargo, tuvieron que pasar 62 años del inicio de la expedición y 5 de la muerte de Anguiano, para que se dieran otras coincidencias, que me llevaran a cumplir un sueño que nunca pudo realizarse mientras el Maestro vivía. Son paradojas del destino.

En el 2011, llegaron a mis manos fragmentos de la película filmada por Luis Morales, camarógrafo de la expedición. También me entusias-



mó la idea de Alberto Carbot, gran chiapaneco interesado en hacer un recuento de las experiencias de los lacandones sobrevivientes y sus impresiones, después de 62 años, luego de conocer a Carlos Frey Solís -hijo de descubridor de Bonampak-, y a la viuda de quien en tantas ocasiones los pintó en sus cuadernillos.

Al fin, una interesante propuesta que me llevaría a acercarme a Bonampak.

Sin embargo, aún faltaba la última y decisiva coincidencia. Esa la encontré en el interés que recientemente está despertando en varias universidades, museos y centros culturales en California, Estados Unidos, por esa maravillosa cultura Maya y su gente, que ha sido un poco olvidada.

Mi viaje a Bonampak se convertiría entonces en una realidad. Conocería personalmente a Carmita, una de las modelos que posó ante el maestro, para uno de los óleos más famosos de una lacandona, adquirido por el Museo Nacional de Pekín, que fue aparentemente destruido durante la Revolución Cultural. Ella rebasa los noventa años. Cuando le entregué una foto de la pintura, la recibió muy cariñosamente.

También conocí al legendario Kin Obregón -un hombre que ya sobrepasa los 100 años-, y al resto de su familia, quienes fueron muy cálidos y expresivos durante nuestra visita.

La reedición de *Expedición a Bonampak. Diario de un viaje. Memorias de una expedición a la Selva Lacandona, 1949*, se ha hecho realidad gracias al invaluable apoyo de la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, a través de su rector Roberto Domínguez Castellanos, un hombre cálido y receptivo, preocupado por preservar el legado cultural de su comunidad y mantenerlo vigente para las generaciones de universitarios de México y el extranjero.

Considero que éste viaje representó para mí, un sueño cumplido, y al mismo tiempo, un homenaje a la memoria de esos expedicionarios que arriesgaron su vida en la búsqueda de su pasado histórico. Sólo lamento que Anguiano no pudo estar a mi lado.

**Brigita Anguiano**





## Alberto Carbot: El Bonampak de Anguiano

Conforme el avión de Interjet despegaba y en pocos segundos sobrevuela ya la ciudad de México, con destino a Tuxtla Gutiérrez, Chiapas -de la misma forma en que hace 62 años un grupo de expedicionarios lo realizó en similares circunstancias-, miro de reojo a Brigita Anguiano.

La percibo risueña, pero inquieta, ansiosa por llegar y emprender casi de inmediato el trayecto a Bonampak, la Capilla Sixtina de América, como un día la llamó el poeta chiapaneco Enoch Cancino Casahonda.

A bordo del moderno Airbus A320, en el vuelo 2609, viajamos además la escultora Glenda Hecksher, el productor Hugo Patiño, el fotoreportero Antonio Caballero y la periodista Norma Inés Rivera. En Tuxtla Gutiérrez se sumarán Carlos Frey hijo y Rafael Robles, conductor del vehículo en el cual nos desplazaremos por espacio de una semana.

Es una aventura que hoy se lleva a cabo, luego de pretéritas, innumerables y animadas charlas con Raúl Anguiano, primero, y luego con Brigita, a la muerte de quien, además de ser un maestro del pincel, de forma casi innata demostró también amplio dominio de la crónica.

Su relato puntual sobre el penoso itinerario que llevó a cabo junto a Carlos Frey y otros ilustres mexicanos en 1949, fue deslumbrante y se convirtió en fuente de inspiración para su trabajo. Muchos de ellos se derivan de esa experiencia, especialmente su obra ícono *La espina*.

La lectura de *Expedición a Bonampak. Diario de un viaje. Memorias de una expedición a la Selva Lacandona, 1949*, sobre esa trágica aventura al corazón de la selva, terminó por convencerme de que la ocasión era ideal. Hoy, con más facilidades para viajar, caminos pavimentados, seguridad y mayor apoyo logístico para quienes -aunque sea por pocas horas, vía aérea o terrestre-, desean internarse en esas ciudades milenarias, la idea de aventurarse en esta nueva experiencia es irresistible.

Sin embargo, no deja de apesadumbrarnos el hecho de que la fatalidad o el infortunio empañaron esta primera cruzada expedicionaria mexicana, el 3 de mayo de 1949, cuando, durante una accidentada travesía por el Río Lacanjá, perdieran la vida Carlos Frey, y el joven artista chiapaneco Franco Lázaro Gómez, que viajaban acompañados por el camarógrafo Luis Mora-

les, quien sobrevivió a la tragedia en Bonampak, el lugar donde alguna vez las más preciadas manifestaciones estéticas de la humanidad -como certeramente lo reseñó Anguiano-, se dieron la mano de igual a igual.

El episodio quedó registrado puntualmente y con profunda emoción, en su relato.

Durante nuestra travesía hacia el santuario maya, de forma intermitente le di lectura en voz alta, con el generoso y manifiesto interés del grupo.

### El recuerdo de Carlos Frey

A nuestro arribo a Tuxtla Gutiérrez, Roberto Domínguez Castellanos, rector de la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas (UNICACH) y Herminio Chanona, titular del Consejo Estatal de Ciencia y Tecnología de Chiapas (CECYTECH), hicieron un espacio en su agenda de trabajo para conversar y sumarse solidariamente, desde sus respectivas áreas, al proyecto de revivir la expedición a Bonampak a partir del relato de Anguiano, en una edición ya materializada en estas páginas, que privilegia el texto sobre las imágenes y desea motivar la imaginación de los lectores.

La personalidad de Carlos Frey, un estadounidense enamorado de México, descubridor de las imponentes ruinas mayas, que cobijan los espectaculares murales, es fascinante y está rodeada de un halo de misterio.

Ramón Valdiosera, en su libro *Bonampak, una historia novelada de la vida real*, lo describe como “un investigador ansioso de adquirir fama como descubridor y como arqueólogo”.

En mis conversaciones con este célebre modisto internacional, periodista y apasionado de la arqueología, relata que, mientras conducía su programa *México es así*, tuvo oportunidad de conocer personalmente a Frey en las calles de Donato Guerra, en la ciudad de México y ayudarlo a dar a conocer sus hallazgos ante funcionarios del INBA. “Él también me hizo saber su preocupación por el saqueo de los vestigios arqueológicos de la zona, que muchos extranjeros hacían vía aérea o terrestre por la frontera con Guatemala”, dice.

Con memoria fotográfica evoca que en marzo de 1949 lo vio por vez primera, y lo impresionó su imagen “a lo Gary Cooper. Frey tenía mirada de halcón y fumaba nerviosamente. Vestía pantalones de mezclilla. Era alto, flaco y muy desgarrado: de nariz recta, piel tostada y pelo rubio un tanto abandonado que hacía juego con su chamarra ajada, y una camisa brillante por el uso.

“Serían como las 5 de la tarde cuando lo vi llegar, sin saber quien era,

sin percibir que ese hombre iba a desatar todo un universo de emociones alrededor mío, en el ámbito donde iba a presentarse, en todo el país -y lo más increíble-, en todo el mundo”, reseñó entonces.

Dwayne Shreve, autor de *El descubrimiento de la ciudad perdida, la historia de Carlos Frey en México*, lo califica como un soñador estadounidense, originario de Chicago, Illinois, que amó a nuestro país y decidió radicar aquí. “Distintas evidencias indican que fue el primero en encontrar e informar sobre la existencia de las ruinas de Bonampak. Sin embargo, no fue quien vio por primera vez las ahora famosas pinturas murales, por lo que el crédito del hallazgo se le asignó a otra persona. Lo que hoy puede parecer una tormenta en un vaso de agua, en su momento, es decir, entre 1946 y 1949, fue una gran noticia”, expone.

La descripción de Anguiano permite forjarse una idea de su naturaleza:

*Frey tiene las ropas sucias y desgarradas, y crecida la barba; largo y flaco, parece un Cristo de madera. Está feliz en la selva entre los lacandones. Ha estado trabajando sin parar desde muchos días antes de que nosotros llegáramos, para facilitar nuestro transporte e instalación; va y viene de Bonampak a El Cedro, resolviendo los tremendos problemas que significan la enorme expedición y las toneladas de carga que ha sido necesario transportar.*

Su espíritu aventurero e interés por descubrir las grandes incógnitas que todavía gravitan en torno a la civilización maya, lo llevaron a internarse en lo más inexpugnable de la Selva Lacandona para convertirse en una suerte de Indiana Jones de la primera mitad del siglo pasado.

En varias oportunidades, durante la expedición, Carlos Frey dio pruebas de su temple y destreza. Relata Anguiano:

*Una mula cae al brincar un tronco caído cerca de la orilla del río, y casi se rompe las patas; queda atrapada y sumergida con su pesada carga, entre el tronco y unas rocas. Carlos Frey se desnuda y, entre él y el arriero, la descargan para que pueda salir. Frey, con el agua hasta el cuello, jala con una soga a la mula, que también se ha sumergido hasta las quijadas. La mula forcejea y trata de arrastrar a Frey hacia el salto de agua, pero éste se mantiene firme y logra dominarla, haciéndola salir por la parte baja.*

Arqueólogo autodidacta, fue su gran olfato e intuición lo que condujo al descubrimiento de los fabulosos vestigios que le disputó el documentalista patrocinado por la United Fruit Company, Giles Greville Healey, y hoy son objeto de interés de visitantes y expertos de todo el mundo.

Su hijo Carlos Frey Solís, integrante del grupo, a lo largo del recorrido se muestra impactado por la oportunidad de recrear el viaje que

su padre organizó, en lo que fue la primera expedición realizada por un grupo interdisciplinario mexicano y en la cual pereció.

Con nostalgia recuerda que la exhumación de los restos del explorador tuvo lugar el 2 de mayo de 1989, y posteriormente esparcieron parte de sus cenizas sobre la selva de Bonampak.

“Si no hubiese muerto en el Lacanjá, seguramente hubiese estado feliz por acompañarnos, aunque él sobrellevó una situación muy distinta a la que nosotros experimentamos hoy, por lo precario de las condiciones de avituallamiento y la falta de vías de comunicación en la época.

“El tránsito hacia Bonampak se realizaba a través de brechas que se abrían a golpe de machete, entre bejucos, oyameles y maleza muy áspera. Algunas veces se auxiliaban con avionetas que aterrizaban en aeródromos improvisados, como el de El Cedro, un campamento chiclero, pero el recorrido a pie podía tomar varios días”, asegura.

Nos cautivan sus coloridas narraciones en torno a su padre, su agilidad y pasión para describirlas y las anécdotas que especialmente Brigita seguía con atención, entrecruzando los pasajes que en la intimidad le detallara Raúl Anguiano, sobre su experiencia en Bonampak.

La emoción lo embarga en muchas ocasiones hasta las lágrimas, al considerar le hubiera gustado seguir los pasos de un hombre cuyo mayor atributo fue “su enjundia para realizar múltiples incursiones en la selva, que le permitieron descubrir la zona de Bonampak y otros 11 templos mayas que se localizan en los alrededores”, en los cuales dejó constancia de su presencia y están hoy nuevamente cubiertos por la vegetación que abraza poderosamente sus pétreas estructuras.

Durante el trayecto -y más prolijamente durante la charla que a nuestro regreso tuvo lugar en el auditorio de la UNICACH-, relata con emoción sus duros días de orfandad al lado de su madre Caralampia Solís, una indígena Tzeltal con quien el explorador se casó en julio de 1945, y su pequeño hermano German, con el que Frey prácticamente no convivió, porque al fallecer, él tenía pocos meses de haber nacido.

Reeditar el libro del maestro Raúl Anguiano “es una decisión muy acertada. A él se le conoce universalmente como un gran artista plástico, pero no su faceta como escritor. Tuve oportunidad de leer el texto original publicado por la UNAM, en el que narra hechos que muchos ignoran todavía y a los que se debe dar mayor difusión”, considera.

La experiencia de convivir y compartir la misma suerte, forjó una profunda amistad entre todos los miembros del grupo y acrecentó la admiración y respeto por aquellos hombres que en 1949, partieran con el mismo

destino, para compartir la gloria y tragedia de la expedición a Bonampak.

### La Selva Lacandona marcó la vida de Anguiano

Con nostalgia, la prestigiada escultora mexicana Glenda Hecksher, amiga de la familia Anguiano desde hace varios años, expresa que “la Selva Lacandona marcó significativamente al maestro Raúl, a grado tal, que realmente se asumió como chiapaneco y como lacandón”.

Refiere luego su estrecha relación con el connotado pintor, “basada en intereses comunes, lo cual nos llevó a compartir experiencias e ideas, que iluminaron mi pensamiento de manera continua durante casi 2 décadas”, y recuerda que varios años antes de que falleciera, solía llegar por él a su casa, al menos una vez a la semana, para elaborar trabajos artesanales de cerámica en el taller de un amigo en común.

Hecksher comenta que para ella fue un privilegio haber convivido con Anguiano “un hombre de muchísimas anécdotas.

“Aprendí a conocerlo muy bien. Fueron muchos los rasgos que conformaron su personalidad, pero los ejes que la rigieron, fueron su inteligencia y la voluntad, mismos que aprovechó para dar mayor sentido a su vigorosa vida”, dice.

La escultora recuerda además que el artista siempre alimentó y renovó sus ideales y vivió con originalidad, del modo en que lo definía Petrarca: *La originalidad consiste no sólo en lo que hacemos, sino también en cómo lo hacemos y en lo que pensamos al hacerlo.*

Hace algún tiempo, mediante una escultura, decidió rendirle un homenaje a su dilecto amigo en la cual se le percibe con gran fuerza y vitalidad. Ella eligió un epígrafe de William Shakespeare, en su obra *Noche de Epifanía*, que ilustra de manera nítida la personalidad de Anguiano:

*Su alma era más grande que el océano, y su espíritu más fuerte que el abrazo del mar.*

“El maestro -dice-, acuñó una palabra que lo definía: un *viejoven*. El viejo más joven”. Y utilizando una metáfora lacandona, señala que siempre lo vio como una Ceiba, el árbol sagrado de los mayas. Tan es así, que cuando se inauguró el Museo Anguiano en Guadalajara, lo esculpió emergiendo de ese vigoroso madero.

Mientras sorbe una taza de café en el modesto restaurante de la zona maya, donde hemos hecho un alto en el camino, agrega que conocer Bonampak para ella fue un anhelo postergado durante muchos años.

“La visita me ha permitido tratar personalmente a esos lacandones



poseedores de hermosos rasgos y estimo que todos los artistas debiésemos visitar sitios como este, para realmente entender y valorar nuestras raíces, lo que somos y de dónde venimos”, dice.

De expresivos ojos azules y rubia cabellera, de la mano de Hugo Patiño, extrae de entre su libreta de apuntes, las líneas de un poema que escribió, dedicado a su memoria:

*Árbol majestuoso de casi un siglo de vida...*

*Tus raíces clavadas en un suelo coronado de pirámides, te nutrieron con cholate, chile y maíz de cinco colores.*

*Abrevaste de los eternos y caudalosos ríos mexicanos de imaginación, ingenio y creatividad.*

*Enclavado en la exuberancia de cabezas colosales y caritas sonrientes te embriagaron los verdes lacandones y te iluminaron las constelaciones mayas; no obstante, también recibiste brisas y matices universales.*

*Tronco fuerte, soporte de generaciones, por donde palpité savia vital... energía dinámica de juventud, talento y amistad.*

*Tu corteza: elemento femenino, siempre presente, siempre importante... se cubrió con el amor y la pasión del mar báltico.*

*Árbol inmenso, árbol frondoso,*

*Cada rama: una inquietud...*

*Cada hoja: un pensamiento creativo...*

*Te inundaron lluvias de curiosidad, erotismo, inteligencia y preocupación social.*

*En tí, anidaron quetzales, pavos reales y colibríes.*

*Fuiste cubierto por un domo de éter azuloso que, irradiado por el sol, te reveló los misterios del color e hizo tuyo el arco iris.*

*Qué gran sombra la tuya, querido maestro.*

*Con ella cubriste a amigos, discípulos, y estudiosos.*

### La espina en el pie de la vieja María

La periodista Norma Inés Rivera, también integrante del grupo, considera que Raúl Anguiano además de un extraordinario artista, fue un hombre metódico, cuya memoria y talento perpetuaron un invaluable testimonio de la expedición.

“Gracias a su detallado y atractivo relato -dice-, fue posible revivir las vivencias de quienes hace 63 años participaron en esa aventura”.

Se muestra gratamente impresionada porque la crónica -que da inicio el domingo 17 de abril de 1949-, fue una bitácora exacta comple-

mentada por dibujos y bocetos que le sirvieron de base para la magna exposición que él presentara 2 años más tarde en el Salón de la Plástica Mexicana”.

Le parece significativo que durante una de las caminatas exploratorias, un incidente, en apariencia de poca notoriedad para el resto de los integrantes de la expedición, diera origen a *La espina* su obra más representativa, pintada en 1951.

“En su texto, el maestro evoca que mientras caminaban, a la vieja María se le clavó una espina en el pie, por lo que le pidió su navaja para extraérsela.

“Anguiano, siguiendo su costumbre de documentar en lo posible todas sus experiencias, hizo una fotografía y ligeros apuntes de lo que posteriormente se convertiría en su obra icónica, y de la cual realizó 2 versiones: la original, se halla en el Banco de México, que muestra la exuberancia de sus bosques y otra, en el Museo de Arte Moderno que pintó en 1963 y que a sugerencia de Fernando Gamboa, presenta una selva devastada por la deforestación, hecho que le ocasionaba una enorme tristeza, la cual externaba y perduró en su alma hasta el mismo día de su muerte.

Anguiano reseña:

*Como a las cuatro de la tarde, decidimos partir rumbo a Bonampak. Pedro el arriero, hace rato que salió con las mulas. Obregón nos dice que no llegaremos de día y nos ofrece su champa para que nos quedemos a pasar la noche. Ahora hay nuevos senderos o picados, y es fácil perderse. Como insistimos en salir, Obregón dice a Margarita y a la vieja María, que nos guíen. Salimos a toda prisa, uno atrás de otro, formando una fila en la estrecha y accidentada senda. Nos internamos otra vez en la selva.*

*A la vieja María se le clava una espina en un pie; me pide mi navaja y con la punta se la saca. A pesar de que le sangra el pie, se incorpora y sigue caminando.*

*Como no traemos nuestras lámparas de mano, pues van en las maletas que llevan las mulas, nos apresuramos. Jadeantes subimos y bajamos declives; nuestros pies resbalan y se traban en los delgados bejucos ocultos bajo la hojarasca. Tropezamos a cada paso con troncos, ramas y raíces. Las pequeñas mujercitas se quedan atrás.*

Subyugada por el esplendor de estos lugares recorridos por los expedicionarios en 1949, Rivera comenta que el material bosquejado por Anguiano durante su viaje a Bonampak “fue tan importante y extenso, que marcó una nueva faceta en su trabajo y acaso sea el más representa-

tivo de una obra que siempre se caracterizó por su profunda mexicanidad y especialmente su ternura hacia los habitantes de esa región de la selva chiapaneca”.

### El óleo más significativo de su viaje a Bonampak; el misterio de Na-Kin

“A *La espina* la conoce todo mundo, más que a mí”, me decía bromista Raúl Anguiano, mientras charlábamos hace varios años en su estudio en la ciudad de México. El óleo mide casi 4 metros cuadrados.

La joven del cuadro no fue Ná-Kin o Margarita, la tan conocida lacandona, modelo de buena parte de la obra del pintor, quien -se enteró años después-, había emigrado hacia territorio guatemalteco.

Ná-Kin fue amante de Carlos Frey y su vínculo singular con el resto de la tribu.

Acerca de la suerte que había corrido la joven lacandona, hermana del célebre Kin Obregón, de 103 años de edad, que aún vive en el lugar, en Lacanjá Chansayab, atendido por su esposa Carmita, con quienes tuvimos oportunidad de convivir, se tejieron varias leyendas.

Una de ellas, era que se había desplazado “porque gustaba mucho de hombres”, como le dijeron equivocadamente a Anguiano algunos lacandones, al inquirir sobre su paradero. La más descabellada, era que después de dar a luz a un hijo de Frey, luego de que éste había perecido, se había suicidado.

Esta inquietud sobre su paradero me sería compartida luego por Aurelia Álvarez Urbajtel, hija del destacado fotógrafo Manuel Álvarez Bravo -miembro sobresaliente de la expedición mexicana-, una mujer también fascinada por el tema, y que al igual que yo, ha inquirido incesantemente sobre su destino.

Los informes más ciertos refieren que Ná-Kin emigró a Guatemala, a causa de los malos tratos y el carácter irascible de su hermano. Incluso luego de los graves estragos provocados hace 7 años por el huracán *Stán* en ese país, ella regresó brevemente a su lugar de origen y pocas semanas después, acompañada de uno de sus hijos, partió a Tenosique, Tabasco, donde la mujer de aproximadamente 79 años, supuestamente reside hoy.

“La espina, que se incrustó en el pie de la vieja María, finalmente tuvo el rostro de otra de las lacandonas del lugar. La mujer puede ser quizá la joven Kó, quien esa tarde acompañaba a María. Íbamos Jorge Olvera, el arqueólogo Carlos Margáin y yo. Hice apuntes rápidos y tomamos algunas

fotos documentales. De ahí nació este cuadro”, me expuso Anguiano.

En forma confidencial, comentó que los rasgos orientales femeninos, así como el cabello largo y lacio, tan referidos a lo largo de su trabajo pictórico, son recuerdos de la joven *Chala*, obrera de la fábrica de don José, su padre, a quien Anguiano utilizó como modelo en infinidad de ocasiones durante sus inicios. “De ahí también mi interés por los lacandones en Chiapas”, me reiteró.

Luego de lo que sería su segunda y última visita a Bonampak, en 1963, acompañado de su hijo Pablo y el pintor Luis Nizhisawa, desde el avión en el que volaban hacia Ocosingo, pudo observar las montañas arrasadas. “Eso fue una lección muy dolorosa. Desde entonces no volví a la selva chiapaneca”, me diría consternado.

### Increíble viaje al pasado

Brigita, igual que lo hiciera su esposo, durante el viaje esboza un diario de ruta, que por las noches comparamos con el relato de Anguiano, para revivir las distantes imágenes registradas 62 años atrás y que en esta ocasión fueron recreadas por el destacado fotógrafo Antonio Caballero, quien con singular habilidad captó el mundo actual de los lacandones de Bonampak.

Uno de los momentos más inolvidables de su carrera -me dice él-, fue estar frente los murales “cuya perfección muestra el grado de avance de la civilización maya, mucho más que cualquier otra cultura europea de la época, y entendí por qué Bonampak es considerada la Capilla Sixtina de América.

“¿Qué técnica utilizaron los mayas para que las pinturas hayan resistido el paso del tiempo, la humedad, el frío, el calor, la lluvia, el polvo, pero sobre todo el paso de los miles de turistas, que desde hace más de 60 años visitan el lugar?”, se pregunta Caballero.

“Poder fotografiar los murales es un increíble viaje al pasado; una gran experiencia muy diferente a otros viajes de trabajo que he tenido en mis largos años de ejercicio profesional. Por algunos momentos he revivido la gesta expedicionaria e imaginé también el trabajo del maestro Manuel Álvarez Bravo y sus difíciles circunstancias para captar los frescos, valiéndose de los exiguos recursos técnicos de que disponían entonces los fotógrafos mexicanos, en condiciones de casi oscuridad absoluta al interior de los cuartos donde se hallan las pinturas.

“Nosotros llegamos de un modo muy cómodo, mientras que ellos debieron caminar entre la selva, padecer hambre y cansancio, así como acampar en lugares inhóspitos en donde estaban expuestos no sólo a las incle-



mencias del clima, sino también a los mosquitos, las serpientes, los jaguares e incluso los mismos monos, que a veces se tornan agresivos”, comenta.

Caballero señala que fue la trágica muerte de Carlos Frey y el grabador chiapaneco lo que rompió todas las expectativas de la expedición, la cual iba a durar un mes, y concluyó pocos días más tarde el 6 de mayo de 1949, y que posiblemente hubiera dado pie a nuevos descubrimientos, debido a que en la zona todavía hay muchas partes cubiertas por la maleza.

A Carlos Frey, lo describe como un explorador y arqueólogo por vocación, quien amó la selva chiapaneca desde el primer momento en que supo de ella y confiesa asimismo su admiración por Brigita y a su tenaz esfuerzo para que las memorias de Anguiano se reediten nuevamente y que la cultura maya que el maestro contribuyó a dar a conocer mediante sus pinturas, tenga alcances internacionales.

### Una selva que explorar

A un costado del campo aéreo, a escasos metros de La Gran Plaza de Bonampak -donde antaño solían arribar algunos aviones con turistas, que hoy utilizan hasta helicópteros provenientes de Tuxtla Gutiérrez, San Cristóbal o Villahermosa, Tabasco, porque el sitio de arribo de manera habitual es la población de Palenque-, percibo el veloz paso de Brigita, quien realmente emocionada, traspone el umbral de una ciudadela que antaño, por casi un milenio, se mantuvo arropada por tupida e inexpugnable vegetación.

Sobre los terrenos cubiertos de verde pasto sobre los que hoy marchamos, aquellos exploradores mexicanos montaron sus precarios campamentos.

En esta oportunidad, bajo un cielo azul característico de esta región de Chiapas, mientras escuchamos el aullido cotidiano de los monos saraguatos que se columpian libremente por los árboles, también recuerdo mi reciente encuentro con Enrique Franco Torrijos, quien en febrero de 1950, a los 17 años, en compañía de otros jóvenes como él -a pocos meses del hecho trágico-, logró emular, no sin contingencias, el viaje de los expedicionarios.

Y me identifiqué igualmente en su relato *Odisea en Bonampak*, porque como él, también cuando niño soñé en poseer una selva que explorar. Pero me conmueve aún más su descripción, cuando al arribar a la choza del lacondón Carranza -nueve meses después del trágico viaje de los expedicionarios-, aún tuvo oportunidad de ver la polvorienta chamarra de gabardina verde de Frey, todavía colgada sobre un poste de madera, esperando en vano el regreso de quien fuese su dueño.

Pero también, mientras tomo el brazo de Brigita, pienso en las sombrías vicisitudes que enfrentaron Fernando Gamboa, subdirector general del INBA, el grabador Julio Prieto, el arquitecto Carlos Margáin, el camarógrafo Luis Morales -hasta hoy único sobreviviente del grupo original-, el ingeniero Pedro Alvarado, el arquitecto Alberto T. Arai, el químico Andrés Sánchez, el doctor José Puig Guri y el destacado fotógrafo Manuel Álvarez Bravo.

Asimismo, pondero las eventualidades que sortearon los periodistas Luis Lara Pardo y Arturo Sotomayor, el maestro Andrés Sánchez Flores y los chiapanecos Jorge Olvera, director de la Escuela de Artes Plásticas de Tuxtla Gutiérrez -muy presente en la memoria de su hija Carmelita, con quien he mantenido una franca amistad-, y el grabador Franco Lázaro Gómez, encabezados por Carlos Frey, con cuyo hijo he establecido una respetuosa y fraternal relación.

Reconozco que Bonampak se ha mantenido revitalizado por el vehemente trabajo de Alejandro Tovalín Ahumada, director del Proyecto Arqueológico, del Instituto Nacional de Antropología (INAH) con quien personalmente he pasado varias horas de aprendizaje informal.

Durante el recorrido, el sólo mencionar su nombre nos ha abierto muchas puertas, no únicamente en esta zona, sino también en Yaxchilán o Palenque, donde el grupo ha tenido oportunidad de pernoctar.

Por entre la madera de las cabañas, el canto de los grillos y las aves nocturnas, el rugido de los jaguares o el chillido de permanente alerta de los monos, se ha presentado como una serenata inusual ante quienes nunca habían tenido oportunidad de conocer estos parajes como Bonampak, otrora vírgenes y que a raíz de su descubrimiento ocuparon las primeras planas de los periódicos mundo entero y el despertaron el ansia de aventura de muchos exploradores.

### La eterna sonrisa de Carmita

De esa data permanece, como un amable recordatorio, la eterna sonrisa de Carmita Chan Nabor, una de las hermanas de Kin Obregón, y que a la par de Margarita Na-Kin, se disputó entonces la atención de los exploradores.

Hoy, de aproximadamente 76 años, es una mujer que a pesar de sus dificultades para incorporarse de la cama donde pasa la mayor parte de su tiempo, aún mantiene el ánimo para erguirse con auxilio de sus muletas y el brazo de una de sus hijas, para conocer a la esposa de quien magistralmente la bosquejó, retrató y plasmó luego en sus lienzos en la ciudad de México.

Como volviendo en el tiempo, mientras Brigita le muestra y obsequia

una de las fotografías del óleo donde aparece entonces al lado de su hermana, apostadas bajo la enorme sombra de una Ceiba, vuelve a sonreír emocionada, como si estuviese de nuevo frente a aquellos expedicionarios a los que conoció cuando apenas era una púber lacandona.

A pesar de que inexorablemente han transcurrido más de sesenta años y carece de varias piezas dentales, Carmita mantiene todavía esa sonrisa infantil, alegre y al parecer imperecedera, que durante la charla a veces se transforma en abierta carcajada, que estalla de pronto como fuegos de artificio.

Residente de San Javier, una población próxima a Bonampak, articula muchas frases en castellano, aunque prefiere establecer la plática cómodamente en Maya-lacandón, con el auxilio de su hija o sus nietas.

Expresiva, rememora luego el día trágico, cuando recibieron, acongojadas, la muerte de Carlos Frey y Franco Lázaro Gómez. *Lancha voltearse y los dos morir*, señala. Y al reconocer al hijo de Carlos Frey, presente en la conversación, le dice:

*Tu papá buena gente, gringo alto. Él casarse con mi hermana Margarita y regalarme un collar.*

Luego, al descubrirse en las fotografías de un libro, Carmita exclama alborozada:

*¡Ese es mío! (soy yo). Y a continuación, a lo largo del encuentro se da tiempo para corregir el pie de foto de una de las imágenes atribuida a Nakin. No es Margarita. Ese es mío, repite. No obstante, cuando pasa la página y la distingue, prorrumpe sorprendida: ¡Ándale, ella Margarita!, y vuelve a reír como entonces.*

### Un relato estremecedor

Durante 7 días en la zona de la selva, tuvimos la oportunidad de explorar y evaluar -cobijados en la comodidad que hoy otorgan el avance registrado en más de medio siglo y los centros ecoturísticos situados en Lacanjá Chansayab, en las proximidades de Bonampak-, el temple de los exploradores mexicanos.

Cuando repaso la libreta de apuntes del descubridor de Bonampak, rescatada de entre sus pertenencias luego de fenecer en el Lacanjá y admiro su brújula militar Taylor de muñeca, con correa de cuero o contemplo los grabados de Franco Lázaro Gómez y despierto los más sensibles recuerdos de Victoria, su única hermana -una anciana que reside en su natal Chiapa de Corzo, quien me ha reseñado sus días de infancia y juventud

al lado del humilde y brillante artista-, revivo el estremecedor relato de Anguiano sobre esa infausta jornada:

*El cuerpo de Carlos viene flotando boca abajo, casi sumergido; sólo se ve su cráneo con el pelo pajizo y la tensa camisa que pende de la mano de José Pepe. Llegan a la ribera en donde yo estoy. Olvera ata, con la cuerda de la canoa, el cadáver. Doy voces a Obregón, que acude a mi llamado, y entre él y yo izamos el cuerpo de Carlos, arrastrándolo por la fangosa e inclinada orilla. Sobre el lodo y la hojarasca, Frey queda boca abajo, con el cuerpo semiarqueado. No quiero ver su cara; es éste un espectáculo desagradable y doloroso.*

*Olvera y José Pepe, acompañados esta vez por Arai, vuelven en la canoa por el cadáver de Franco; hacen la misma operación y logran sacarlo. Esta vez Olvera saca a Franco, quien tiene aún su morral sujeto a una muñeca y su cuchillo al cinto. Llegan a la orilla, y Obregón y yo lo sacamos con la cuerda. Nuestros amigos lacandones cortan hojas de palma para ocultar los cuerpos, pues no podremos transportarlos a El Cedro hasta que vengan los arrieros con las mulas.*

### Un descanso para el alma

De regreso a la ciudad de México, en los momentos en que absorto evoco las anécdotas del viaje, y a través de la ventanilla distingo la inmensidad del espacio y vastas áreas verdes que velozmente traspone la aeronave, escudriño de nueva cuenta el rostro de Brigita.

Esta vez lo percibo sereno, apacible y pensativo también. Entrecierra los ojos y no hago el menor intento por interrumpir sus pensamientos. Con seguridad quizá ha puesto fin a esa inquietud subyacente en ella durante varias décadas por conocer Bonampak, el lugar mítico que hoy le hubiese gustado recorrer de la mano de quien fue su compañero por casi 40 años.

Y entonces recuerdo las palabras del joven Enrique Franco Torrijos, al término de su recorrido y que por su hondo sentido seguramente harían tuyas el propio Carlos Frey, el maestro Raúl Anguiano o cualquiera de quienes formaron parte de esa infortunada pero excepcional expedición mexicana:

*Selva mía... tuviste la virtud de cobijarme y hacer vibrar mi corazón. ... Todo lo guardaré muy adentro, como un recuerdo perenne, como una fotografía para mi mente, como un sueño para mi insomnio, como un descanso para mi alma.*

Alberto Carbot

## Diario de un viaje

### Domingo 17 de abril de 1949

Comenzaron a moverse los dos motores del avión a las 8.20 de la mañana, y a las 8.30 nos elevamos del aeropuerto de México. Experimenté una sensación extraordinaria al sentir que ascendía con gran fuerza y rapidez. Esta sensación me era conocida, pero en sueños.

Es agradable ver y sentir que un aparato tan pesado se mantiene firme a gran altura, dominando valles, montañas, carreteras y ríos.

El mejor paisaje lo vi al llegar a Oaxaca, cuando el avión hizo un viraje y se inclinó a un lado antes de aterrizar: la tierra me pareció una inmensa pared rugosa. Montañas, valles, más montañas, abatidas en un plano casi vertical y sin fin, sobre mi cabeza.

A las 10 descendimos en Oaxaca; desde el aire reconocí sus plazas con sus laureles, y la bella catedral.

Sentí un fuerte dolor de oídos al descender. No oigo casi nada. Volvemos a elevarnos y más tarde hacemos escala en Ixtepec.

Siento otra vez el dolor de oídos al descender.

A las 12.15 llegamos a Tuxtla Gutiérrez. Ya no experimenté malestar alguno.

Aquí en Tuxtla hace un calor soportable. Comemos bien y por la tarde visitamos el museo arqueológico que cuenta con bellas esculturas mayas y olmecas. Visitamos también el parque zoológico. Hago dibujos de animales y del paisaje de grandes ceibas y amates que circundan al zoológico. Este parque se encuentra en las afueras de la población.

Atardecer cálido entre los amates. Cientos de mujeres del pueblo, obscuras y sencillas, acompañadas de sus hijos, ven los animales.

### Lunes 18 de abril

Hoy deberíamos haber salido para Bonampak, pero el avión que ha de llevarnos no ha llegado. Tal vez salgamos mañana o pasado. Esto tiene la ventaja de que podremos conocer nuevos lugares cercanos a Tuxtla.

Hoy por la tarde fuimos a Chiapa de Corzo, pueblo más interesante que Tuxtla Gutiérrez, de marcado carácter colonial.



El principal interés de Chiapa de Corzo reside en su monumental fuente, del siglo XVI, toda construida con ladrillo rojo pálido. Según reza una inscripción grabada en un arco de la fuente, la forma de ésta fue inspirada en la corona imperial de la reina de España, Isabel la Católica. Es una arquitectura rara e interesante, de clara influencia morisca.

Visitamos la parroquia del pueblo, de severa y sencilla arquitectura. Grandes trechos del altar mayor están recubiertos de plata maciza, repujada con gran gusto, y de indudable origen colonial. En el patio del convento vemos una esbelta garza blanca que se estira increíblemente hasta parecer más ofidio que ave.

Recorremos las accidentadas calles de la población con sus casas pintadas de ocre, azul, siena quemada y verde esmeralda. Grupos de mujeres descansan con desenfado en las aceras, formando magníficas composiciones plásticas. Vemos ocultarse el rojo sol tras las lejanas y azules montañas, al otro lado del río Mezcalapa.

Por la noche bebemos el sabroso refresco llamado *tascalate*.

Es tan bueno al paladar como agradable a la vista, por su color rojo o tierra rosa, parece arrancado de un fresco maya. Se nos dice que se confecciona con totopo molido, cacao, canela, azúcar y semilla de achiote, que es la que le da ese color tan agradable.

## Martes 19 de abril

Hoy por la mañana llegó el avión *Bellanca* de un motor, que nos llevará a Santa Clara, de donde nos recogerá otro avión más pequeño para ir a El Cedro. En este último lugar ha sido necesario improvisar un campo de aterrizaje para que podamos llegar hasta una distancia de seis a siete horas en mula a Bonampak.

Salieron Julio Prieto y Fernando Gamboa con algo de provisiones, pero han tenido que regresar poco después a Tuxtla porque el avión, que se eleva poco, no pudo pasar entre las altas montañas, a causa de una cortina de humo originada por incendios en los montes. Mañana se comenzarán a hacer vuelos transportando a grupos de tres expedicionarios y parte de provisiones en cada viaje.

Este día libre lo aprovechamos algunos de nosotros para ir en automóvil a San Cristóbal de Las Casas. Salimos de Tuxtla con un fuerte calor y en menos de dos horas nos encontramos en otro clima y en me-

dio de un paisaje totalmente diferente. San Cristóbal de Las Casas está situado a más de dos mil metros sobre el nivel del mar, y tiene un clima más bien frío. Fue necesario que nos abrigáramos al llegar, después de subir cuestas interminables entre las montañas. En los altos cerros vimos tajos de diferentes colores: ocre amarillo, siena quemada, pardo Van Dyck. Vegetación de cedros y pinos.

Al llegar a San Cristóbal tenemos frío y lluvia. No podemos contemplar a nuestro gusto la bella población. Desde el automóvil, tomamos fotos y yo hago algunos dibujos rápidos de los chamulas, indios diferentes de los conocidos antes por mí. Usan sombreros de diversas formas y nombres; cotones de lana negra o blanca, atados a la cintura con fajas de cuero.

Los zapatos o sandalias son de estilo prehispánico; tienen la forma de los usados por los personajes tallados en las estelas mayas. ¿Cómo pueden caminar con estas sandalias cuya suela mide seis centímetros de grueso? Sandalias con una especie de media caña también gruesa y rígida que les cubre del talón hasta media pierna. No doblan el pie al andar. Creo que sólo pueden hacer esto debido a sus piernas atléticas, cuyos músculos se han formado al subir y bajar montañas. Son tipos muy interesantes, de gran fuerza plástica. Algunos parecen monolitos mayas o egipcios.

Compramos en San Cristóbal algunas cosas. Nos llaman la atención las formas de los sombreros indios. Cada región tiene sus sombreros de carácter particular, pero en general recuerdan a los usados por los chinos; son muy orientales. Los sombreros provienen de Zinacantan, Tenejapa y Huistán.

## Miércoles 20 de abril

Hoy se intentó de nuevo la salida de algunos expedicionarios; se han ido para Santa Clara, Gamboa, Julio Prieto, el arqueólogo Carlos Margáin y el camarógrafo del Noticiero Mexicano. Se han llevado solamente sus cosas personales y equipos de trabajo.

El piloto regresó cerca del mediodía y no hizo más vuelos por la falta de visibilidad causada por el humo de los incendios en las serranías de San Cristóbal. Algunos expedicionarios que esperaban irse en el segundo vuelo, han tenido que volver al hotel y se irán, según parece, mañana.

El piloto trajo un recado de Prieto pidiéndonos urgentemente uno o dos garrafones de agua electropura.

Todo hace suponer que padeceremos escasez de agua; esto es grave ya que el número de los expedicionarios ha ido creciendo. Jorge Olvera, que hará las copias de los frescos, ha manifestado anoche que necesita un ayudante; llegó ayer el camarógrafo del noticiero; la estación de radio que estamos gestionando para que nos sea facilitada por el coronel jefe de la guarnición de la plaza, irá acompañada por dos soldados operadores; hace falta una cocinera; y con los monteros que nos ayudarán en los trabajos materiales, sumadas todas estas gentes a los expedicionarios, hacen llegar el total de personas al número de diecinueve.

Si no hay agua; si como sabemos, sólo hay cinco mulas para transporte de personas y carga, tendremos serios problemas que resolver. En fin, hoy hemos pasado el día esperando los que aún estamos aquí.

Yo he nadado en la alberca del hotel a las siete de la mañana, antes del desayuno; y, después, antes de comer, tomé un baño de sol y nadé otra vez. Hay que hacer algo para no aburrirse. Conversamos y contamos cuentos, Manuel Álvarez Bravo, el doctor Puig, el maestro Sánchez Flores y yo.

Hay que esperar hasta mañana en que se harán dos o tres vuelos, si el humo de los incendios lo permite.

### Jueves 21 de abril

Hoy llegaron de Tapachula los dos soldados radio operadores con la estación emisora y receptora que llevaremos a Bonampak.

El capitán Del Pech, piloto del avión *Bellanca*, hizo dos vuelos este día. Temprano por la mañana, salieron Álvarez Bravo, el doctor Puig y el doctor Lara Pardo, con sus equipos de trabajo y un garrafón de agua; además, llevan sus cantimploras llenas.

Estaba planeado que en el segundo vuelo saliera la estación de radio con los soldados que la operan; los acompañaría Sánchez Flores. Pero al volver el piloto, cerca de las once de la mañana, nos trajo recado de Gamboa pidiéndonos víveres con urgencia. Así es que el segundo vuelo se hizo cargando el avión de la mayor cantidad de provisiones que pudo transportar.

Esperábamos que el avión llegara al mediodía trayendo a Gamboa. No ha llegado. ¿Qué pasaría? Tal vez tuvo mal tiempo y se regresó a Santa Clara. Mañana lo sabremos.

Empleamos el día en hacer algunas compras, entre las que se destaca por su importancia un *elixir antiviperino* fabricado en Tabasco. Se nos ha dicho que es lo único que contrarresta el mortal efecto de la mordedura de la *nauyaca*. De esta serpiente que ha sido tema de nuestra conversación de todos estos días, nos han contado cosas terribles: dicen que mata de manera fulminante, como un rayo. Pero se nos dice que el *elixir* es muy eficaz. Compramos algunos frascos, por si acaso.

Veremos mañana quién sale para Bonampak y si vuelve nuestro piloto acompañado de Fernando Gamboa.

### Viernes 22 de abril

Aquí estamos todavía en Tuxtla, el arquitecto Arai, el maestro Sánchez Flores, Jorge Olvera y yo. El avión no volvió de Santa Clara y no hemos podido saber a qué se debe esta irregularidad. Es una verdadera pesadilla, estamos incomunicados con los expedicionarios que deben encontrarse ya en Bonampak, a los que sabemos carentes de agua. Ignoramos si han recibido las provisiones que enviamos en el segundo vuelo de ayer, que ha sido el último.

Por la tarde fuimos a la Dirección de Caminos y tratamos de comunicarnos con Tenosique por radio; pero fue imposible establecer la comunicación.

Hemos hablado con el ingeniero Alvarado Lang, hermano de nuestro amigo el grabador del mismo apellido. El ingeniero Alvarado ha estudiado fragmentos de aplanado con pigmentos de los frescos de Bonampak; estos trozos de aplanado se los proporcionó Jorge Olvera cuando regresó de su primer viaje a las ruinas.

El maestro Sánchez Flores, técnico de fresco, coincide con las opiniones del ingeniero Alvarado, en el sentido de que el empleo de petróleo que se ha usado en anteriores expediciones para limpiar los frescos y hacerlos visibles, está provocando su destrucción.

Estamos verdaderamente ansiosos de trasladarnos a las ruinas.

El tiempo está pasando y tal vez no podamos hacer nuestros estudios con la profundidad deseada. Esperemos.



## Sábado 23 de abril

Al fin se disipó nuestra incertidumbre: hoy por la mañana recibí telegrama de Gamboa, enviado desde Tenosique. Por verdadero descuido de la administración del hotel no se me entregó el telegrama antes, pues llegó desde anoche. Luego, poco después de que me fue entregado el telegrama, llegó Gamboa; estábamos desayunando cuando apareció sonriente, ya que nos ha tomado la delantera en conocer a Bonampak.

Su dilación se debió a que el avión *Bellanca* que hizo los primeros vuelos sufrió un accidente en Santa Clara y allí se quedó. Gamboa vino en un pequeño avión *Stinson* de cuatro plazas piloteado por el capitán Antonio Neria, del Departamento de Ferrocarriles de la SCOP. Este pequeño y frágil avión rojo, de un motor, es el que ha estado haciendo los vuelos de Santa Clara a El Cedro, recogiendo a personas y carga.

Antes del mediodía se intenta hacer un vuelo llevando a Franco L. Gómez, ayudante de Olvera, y algunos kilos de carga. Vamos al aeropuerto, despedimos a Franco, que en lugar de cantimplora lleva un gran bote lleno de agua. Su padre, un anciano campesino indígena, lo despide pensativo.

Despega el avioncito y regresamos al hotel a disfrutar de la alberca. En el camino observamos que el *Stinson* se eleva en círculos tratando de penetrar en la cortina de niebla y humo. No pudo pasar.

Cuando salimos de la alberca, ya está el piloto aquí en el hotel; come con nosotros.

Desde que llegó Gamboa, durante este día lo acompañamos a hacer las gestiones para que el gobierno del Estado contrate un avión de mayor capacidad que el *Stinson* y que sustituya al *Bellanca* que se ha destrozado la parte trasera del fuselaje al aterrizar en Santa Clara.

Los ayudantes del general Grajales nos informan que podemos contratar un avión que tiene su base en Tenosique y que en dos vuelos más nos trasladará al resto de los expedicionarios y la carga que está todavía en el aeropuerto, así como a los dos soldados radio operadores con su estación. Los soldados llevan ya dos días de esperar pacientemente, custodiando su emisora en el aeropuerto de Tuxtla.

Hoy llegó un expedicionario más de México, es Arturo Sotomayor, periodista redactor de *Novedades*, que saldrá también a Bonampak.

Tal vez mañana saldremos a la selva lacandona y a las legendarias ruinas.

Gamboa nos comunica algo no muy halagador: en lugar de ir a

lomo de mula de El Cedro a Bonampak, hay que ir a pie porque las mulas son insuficientes y todavía es mucha la carga que hay que transportar. También nos dice que en vez de cuatro horas haremos ocho caminando. Es justo decir que él ya hizo el viaje de ida y vuelta y que, a pesar de la dura y agotadora jornada, se encuentra feliz de haber conocido las bellas pinturas y la selva milenaria.

Fernando nos da también una buena noticia: sí tendremos agua; los ríos y arroyos tienen bastante; y cerca de las ruinas, a media hora de camino, nos podremos bañar en un limpio y refrescante río.

## Domingo 24 de abril

Aún no hemos salido de Tuxtla Gutiérrez, porque el avión que debería venir de Tenosique por nosotros, no ha llegado. Se le han enviado varios telegramas al piloto y no ha contestado. Tal vez se deba a que es domingo y no quiere trabajar. Nos hemos dado cuenta de que además del mal tiempo o falta de visibilidad, a los pilotos les gusta el descanso, y encuentran siempre motivos para no salir de un punto a otro.

Hemos hablado con agentes de una compañía comercial de aviación, y es posible que utilicemos sus servicios si no viene mañana temprano el avión de Tenosique.

El capitán Neria salió en su *mosquito Stinson* con Franco L. Gómez y la carga que se encontraba desde ayer en el pequeño avión.

Es desesperante la lentitud con que nos vamos trasladando de Tuxtla a Santa Clara y de ahí a El Cedro. Espero que mañana saldremos nosotros. Llevamos ya una semana de esperar en Tuxtla Gutiérrez, y los expedicionarios que se fueron antes que nosotros deben estar más desesperados al ver que no llegamos. Estamos aquí Arai, Olvera, Sánchez Flores, Sotomayor y yo. Fernando Gamboa, tan luego como se resuelva el problema de nuestro transporte, regresará a México.

Se nos va la mañana entre el hotel y el aeropuerto. Por la tarde visitamos otra vez el zoológico, para conocer a la temible *nauyaca*. Igual que hace ocho días, sólo está el letrero en su compartimento; el animal no está. ¡Ojalá que no tengamos oportunidad de conocerla en la selva!

Aquí vemos a la víbora de cascabel, al puma, al océlotl o tigrillo, al lagarto, al tapir, al jabalí y a otros animales pobladores de la selva lacandona.

Frente al zoológico hay un parque. En un tablado bailan los chianecos al son de las marimbas, y consumen cerveza y refrescos. Nos sentamos a descansar y a esperar el atardecer bajo los inmensos amates.

Durante esta semana se ha estado celebrando en Tuxtla la feria de San Marcos, con sus indispensables caballitos, rueda de la fortuna, loterías, puestos de comidas y curiosidades. Por la noche hay un baile popular en la ancha plaza enmarcada por el palacio de gobierno y el jardín con sus rojos flamboyanes. Cientos de gentes bailan al aire libre, al compás de las prodigiosas marimbas, instrumentos hechos con maderas preciosas y ricamente decorados con incrustaciones. Hay *toritos* de fuegos de artificio.

### Lunes 25 de abril

Hoy por la mañana fuimos al aeropuerto, ya equipados con nuestras botas altas, sarakoff, mochila, cantimplora, etcétera. Esperábamos salir en el avión *Cessna* contratado para hacer dos vuelos. Pesamos la carga que está aún aquí, y nos pesamos nosotros. La carga hace un total de 885 kilos y el peso de los expedicionarios es de 487 kilos.

El avión *Cessna* de dos motores salió de Tuxtla con 659 kilos de peso incluyendo algo de carga, la estación radioemisora y los dos soldados radiooperadores. Con gran dificultad tomó altura. Salió a las 11.25 de la mañana esperando regresar por nosotros que saldremos en un segundo vuelo. El piloto no conoce el campo de Santa Clara, va a ciegas, pues no cuenta ni con un buen mapa de la región.

A las dos regresó el avión con la carga y los dos soldados: no encontró a Santa Clara. En la espesura de la selva es sumamente difícil encontrar un pequeño campo de aterrizaje: las señas que se le dieron al piloto no le sirvieron porque hay muchas lagunas, ríos y arroyos, semejantes a los que están cerca de Santa Clara.

Esto es ya increíble. ¿Cuándo llegaremos al fin de nuestro viaje? Otro piloto que conoce la zona guiará al piloto del avión contratado con anterioridad.

Mañana a las seis de la mañana saldremos en dos aviones *Cessna*. ¿Será verdad? Hemos visto que después de las diez de la mañana es imposible localizar nuestra meta, por el humo, las nubes y los vapores que se forman en la atmósfera con el calor.

Hoy, día de San Marcos, es la fecha culminante de la feria que se celebra en honor de este santo en Tuxtla. Por la noche cenamos junto a la parroquia en un puesto atendido por hermosas juchitecas.

El cielo se llena de cohetes y luces de colores. Miles y miles de gentes de aquí, y otras venidas de fuera, circulan por las plazas y jardines.

Tomamos refrescos y contratamos un mariachi de Jalisco para que nos toque los sones más gustados por nosotros. Recorremos en manifestación de alegría las plazas inundadas de gente. Nos sigue el mariachi con su ruidosa y viril música. A nuestro paso se agrega gente del pueblo a la columna, hasta convertirla en verdadera manifestación de popular regocijo.

Cansados regresamos a nuestro aburrido y comfortable hotel.

### Martes 26 de abril

Nos elevamos a las 9.55 de la mañana, rumbo a Santa Clara. Hoy, por aviones no quedó, pues salen tres con el mismo rumbo: abordamos un avión *Avro* de dos motores pilotado por el capitán José Urquidi, el mejor piloto de la región y uno de los mejores de la república. En el *Avro* vamos Sotomayor, Arai, Olvera, Sánchez Flores, el cabo Fernando Salís Albores y yo. Llevamos la planta de luz y algo más de carga. En un *Cessna* pilotado por el aviador Hernán Ruiz, va el otro soldado de transmisiones, de nombre Othón Gordillo, y el resto de la carga que aún se encontraba en Tuxtla. El capitán Neria, en su *Stinson*, lleva a un inspector de la Secretaría de Comunicaciones, que va a hacer un informe sobre el *Bellanca* que sufrió el accidente en Santa Clara.

Nosotros llevamos en un costal un gran gato blanco, regalo que envía Fernando Gamboa para el lacandón Carranza y su mujer. El lacandón suplicó insistentemente a Gamboa que le enviara un *mitcho macho, grande*.

Al hacer altura vemos abajo la ciudad de Tuxtla Gutiérrez en medio de un enorme valle circundado por montañas, cada vez más altas a medida que se amplían los círculos de serranías que rodean a la población. Ahora me explico lo difícil que es volar sin buena visibilidad. Abajo serpentea la carretera a San Cristóbal de Las Casas. Vamos con dirección al este.

Volamos entre las montañas; abajo están las serranías intermina-



bles; hace ya rato que pasamos por encima de San Cristóbal.

Ahora empezamos a volar sobre la selva: vemos muchas lagunas color verde jade y azul turquesa. Las lagunas son los únicos puntos descubiertos en este inmenso mar de vegetación cerrada. Abajo está Santa Clara, antiguamente llamada Anaité: es una gran laguna verde jade apagado, bordeada por el amarillo nápoles de sus playas. Desde el aire vemos las *champas* abandonadas por los chicleros y la pista de aterrizaje junto a la laguna. El avión *Bellanca* que sufrió el accidente está abandonado, y tiene un ala y el motor dentro de la pista. Descendemos, casi tocamos tierra; y en seguida hacemos altura violentamente. No podemos aterrizar porque hay peligro de chocar contra el *Bellanca*. Enfilamos hacia Tenosique. Arai sufre un fuerte mareo.

Vemos el Usumacinta perdiéndose en la selva. Aterrizamos en Tenosique a las 11.35 de la mañana. El campo es malísimo, lleno de hoyos y pasto. El *Avro* da varios saltos al tocar tierra y pierde la llanta de la rueda trasera. Como mudos testimonios de peligro, hay en el campo varios aviones despedazados.

Salimos de Tenosique a El Cedro a las 12.30, en un pequeño avión *Traveller* de un motor, piloteado por el aviador José Calderón y su copiloto Antonio Capetillo. Este viejo avión es para transportar carga y animales: no tiene asientos, hay alguna que otra garrapata y está bastante sucio. Sentados sobre la carga y nuestras cosas personales, vamos casi amontonados. Como faltan algunos cristales a las ventanillas, entran verdaderos chiflones de aire que a mí me tocan en la espalda. Temo coger una pulmonía. Afortunadamente, no pasa nada.

La bella e inmensa selva, cruzada por el verde Usumacinta, está allá abajo. Este espectáculo vale todos los contratiempos y molestias que hemos sufrido y que sufriremos. Vemos las crestas y hondonadas como oleaje interminable de aborregada vegetación. A veces el Usumacinta aparece para volver a perderse en las intrincadas vueltas y revueltas de la montañosa selva lacandona. Volamos sobre dos países: México y Guatemala.

Vemos desde el aire el río de El Cedro y el pequeño campo de aterrizaje como un largo rectángulo que semeja una minúscula rasurada en la selva. Aterrizamos a las 13.25 en el estrecho campo en el que apenas caben las alas de nuestro avión. Nuestros amigos y los hospitalarios lacandones nos reciben. Obregón y Kayóm con sus mujeres; Carmita la bella, casi niña, que se parece increíblemente a nuestra amiga Chabela Villaseñor, es esposa de Obregón; la interesante y oriental Margarita Ná-

kin, soltera; Angelita, mujer de Kayóm, y otras mujeres pequeñas y con voces como de niño.

Los hombres tienen, en cambio, voces graves y profundas, como si hablaran en el interior de un cántaro.

Nos ayudan los hombres a transportar la carga del campo a las *champas* de El Cedro. Hacemos regalos a los lacandones o *caribes*, como ellos se llaman a sí mismos. Las *champas*, con grupos de dos o más familias, se llaman *caribales*.

Después de comer nos bañamos en el río de El Cedro y por la noche cenamos faisán, arroz blanco, café y tortillas calientes; una cena mejor que la del hotel *Bonampak*, de Tuxtla Gutiérrez.

## Miércoles 27 de abril

Despierto a las dos de la mañana y desde mi hamaca, a través del mosquitero, veo el cielo cuajado de estrellas. Las *champas* están formadas de palos verticales y de un armazón que sostiene los techos de palma; no tienen paredes o cubiertas laterales. Así es que puede uno ver desde su hamaca el cielo y el paisaje.

Como a las cuatro de la mañana se agregan, a los ruidos y silbidos que se escuchan toda la noche emitidos por las cigarras y otros insectos, los extraños rugidos de los saraguatos, monos negros del tamaño de un mandril. Se oyen como si se encontraran a gran distancia de nuestra *champa*.

El rugido de los saraguatos se asemeja al ruido que producen las ráfagas del viento entre los árboles o al rugido de los leones cuando es escuchado desde lejos. Se oyen cantos de pájaros que parecen sirenas de fábricas.

Desayunamos faisanes cazados por los lacandones, café negro y pan. Anoche, las mujeres de los lacandones asaron en las brasas que quedaron en el suelo, un tecolote, que más tarde se comieron.

Los lacandones son personas de una gran dignidad e independencia. No se les puede obligar a trabajar si uno no les es simpático.

Son propicios a la amistad. Piden regalos como: cuchillos, cartuchos para escopetas, con las que cazan; pólvora, peines colorados y collares de chaquira colorada para las mujeres. No gustan de otros colores. Trajimos algunos collares de cuentas doradas y las pequeñas mujercitas



se han irritado al ver que no eran de su color preferido. Casi nos los han tirado a la cara. En cambio, cuando les damos peines colorados y espejos, están muy contentas y nos posan para fotografías y dibujos, como el mejor modelo profesional.

Obregón Chan-kin es un hombre fuerte, de 30 a 35 años, de grandes y anchos pies y manos rudas; es más bien de temperamento alegre; es activo cuando se le pide ayuda para realizar algún trabajo material. Kayóm es lánguido, como de la edad de Obregón; es pensativo; sus rasgos reflejan una vida interior, misteriosa para nosotros; parece que sus ojos miran al través de los siglos.

Da tristeza al ver a estos hombres de rasgos tan interesantes y fino trato; son descendientes petrificados de una raza magnífica que llegó a crear una gran cultura. Desconocen a sus antepasados, pero a la vez parece que viven soñando en algo desconocido y misterioso. Son como fantasmas de la selva. Al principio, impresionan con sus largas túnicas que les llegan hasta los descalzos pies. Sus pulidos rostros parecen haber sido arrancados de las estelas mayas.

Cuando comienza el trato y la amistad con ellos, sonríen y sienten gran confianza; hablan de tú a tú; no se sienten inferiores a nadie. Todo lo que uno lleva lo quieren ver. Piden algunas cosas; si uno no se las ofrece, las piden prestadas para examinarlas y las devuelven más tarde. En nuestro campamento, nuestras cosas están regadas por aquí y por allá y, sin embargo, no toman nada que no se les ofrezca.

Hoy, temprano por la mañana, salió la mayor parte de los expedicionarios a Bonampak, llevando sus cosas personales y las cinco mulas cargadas de provisiones. Van acompañados por la cocinera y sus dos niños, y por Obregón con su mujer Carnita. Nos quedamos en la *champa* de El Cedro, Olvera, Sánchez Flores, los dos soldados radiooperadores y yo. Las mulas tendrán que hacer otro viaje, cuando menos, para movilizar la carga que aquí queda y la pequeña estación de radio.

Tenemos latería, frijoles y algunas otras cosas para comer. El maestro Sánchez Flores está cocinando unos buenos frijoles negros. Margarita nos posa para dibujos.

Frey y los arrieros vendrán con las mulas dentro de dos días y nos llevaremos lo que sea posible. Naturalmente nosotros iremos a pie. Hay que aprovechar el tiempo en trabajar y en bañarnos en el cristalino río de El Cedro.

Después de comer, Olvera y yo salimos a excursionar por los alrededores, pero no nos atrevemos a internarnos mucho en la selva, que a

medida que uno avanza se cierra más y más. Volvemos al campamento y yo pido a Margarita que me lave algo de ropa. Al principio se resiste, pero le prometo un pequeño espejo y lo hace con gusto. Aprovechamos la ocasión para hacer dibujos de ella y de María, mujer de edad que la acompaña. Escuchando el ruido del manso río y los rugidos de los saraguatos, esperamos el atardecer.

## Jueves 28 de abril

Amanece en El Cedro; hace frío, la atmósfera está cargada de humedad. Centenares de pájaros me despiertan con sus extraños cantos. Hace una hora que cesaron de rugir los saraguatos; hoy me pareció que hacían un ruido semejante al de las olas del mar al chocar contra las rocas. Rugen todos a compás y con el mismo ritmo e intermitencia de las olas. Durante el día no los he oído rugir; lo hacen sólo en la aurora y a la caída del sol.

Los expedicionarios que salieron antes que nosotros no nos dejaron azúcar ni piloncillo. Desayunamos con café negro solo y con los frijoles de ayer; también comemos unas grandes calabazas asadas.

Yo he dibujado toda la mañana a María y a Margarita. Cuando me posaban, María vio el libro de Morley *La civilización maya*, que traemos para consulta; lo tomó y con gran curiosidad lo observaron las dos mujeres. Lo que más les interesó fueron las fotos de tipos mayas modernos, porque reconocieron a gentes de su raza. Al ver las fotografías de ruinas y estelas, se quedaron pensativas y como soñando en su remoto y misterioso pasado.

Entre Sánchez Flores y el cabo radio operador hacen la comida, que nos sabe muy bien. Comemos arroz con cebolla, otra vez frijoles y unos pescaditos asados que sacamos del río sólo con meter una palangana.

Después de comer, dibujo otra vez a Margarita. Más tarde me manifiesta que tiene que irse a: *casa, caribal, Obregón*. Olvera y yo acompañamos a las dos mujeres. Durante hora y media caminamos hacia sus *champas*. Las ayudamos con sus bultos. Llevan además tres pequeños gatos y tres perros. Caminan con gran rapidez delante de nosotros, no obstante que de vez en cuando se les clavan espinas en los pies descalzos. Se sacan una a otra las espinas y siguen caminando.

Es triste ver a estas gentes, últimos ejemplares de una raza magnífica, perdiéndose en la espesura y en su remoto pasado. Otra vez me causan la impresión de fantasmas de la selva.

Es pesado y rudo caminar en la espesura: a veces hay que ir casi a rastras, por lo bajo y tupido de la vegetación. Si uno se incorpora, corre el riesgo de estrangularse o de cegarse con los bejucos, algunos muy delgados pero tan resistentes como el acero.

Como puede oscurecer y no llevamos nuestras lámparas de mano ni conocemos el camino, entregamos a las dos mujeres sus bultos; ahora irán sobrecargadas. No se detienen; se despiden diciendo: *veo tú, ruinas*.

Regresamos. En un descanso agotamos casi el agua de nuestras cantimploras. Estamos sudorosos y cansados; nuestras ropas están empapadas como si nos hubiera llovido. Contemplamos la infinita variedad de árboles, de bejucos, de lianas. Con el machete, corto un trozo de *bejuco de agua*; si se le coloca en forma vertical, comienza a destilar grandes gotas de cristalina y fresca agua. En caso necesario, puede beberse.

Cerca de un azul y manso río, encontramos, junto a un tronco derribado, unos grandes hongos petrificados y calizos; parecen conchas marinas.

Volvemos a la *champa* antes del atardecer. Desde que llegamos a El Cedro estamos incomunicados; la estación radiotransmisora y receptora recibe las llamadas de Tapachula, Tenosique y Tuxtla Gutiérrez, pero las estaciones de estas localidades no escuchan a nuestra pequeña estación X-B-29 B.

A pesar de estar aislados de la *civilización*, se siente uno aquí muy bien sin la pesadilla de la bomba atómica y de los discursos bélicos de los estadistas. Nuestros radiooperadores están felices, comen con nosotros en la misma mesa, una vieja y destartada mesa de cedro, abandonada por los chicleros. Entre todos preparamos la comida; los soldados nos ayudan en todo lo que pueden; van al río a lavar los platos y otros utensilios de cocina. Como disciplinados soldados que son, están prontos a servirnos, pues están a nuestras órdenes.

## Viernes 29 de abril

Los ruidos en la selva son infinitos: el canto de las cigarras, monótono y constante; el rugido de los saraguatos; los cantos y silbidos de

la inmensa variedad de pájaros. Pájaros a los que no he visto, pues la espesura sólo permite escuchar sus cantos. Se oye cantar a las palomas silvestres, al tecolote; hay pájaros que hacen un ruido como el disparo intermitente de una ametralladora; otros, como el de tres redondas piedras al caer en el agua estancada de una poza. Los hay que imitan el ladrido de un perro; otros hacen un crujido como el de una rama seca al quebrarse. Hay cantos como carcajada burlona; silbidos finos y dulces.

He visto sólo pájaros pequeños y tres faisanes negros o *cojolites* que comimos durante estos días. A un lado de la vereda que conduce al pequeño campo de aterrizaje, por casualidad, vi el día que llegamos un pájaro parecido a una aguililla, echado sobre la hojarasca; al principio pensé que estaba muerto; me acerqué un poco y voló, dejando al descubierto, sobre las hojas secas del suelo, dos huevecillos.

Tan luego como me retiré un poco, volvió a posarse sobre los huevos. He vuelto a ver al pájaro estos días, y siempre lo he encontrado allí; su color es tan parecido a las hojas secas que es difícil distinguirlo; sólo resaltan sus negros y redondos ojos en lo pardo de su cuerpo.

Hoy vinieron al mediodía dos mujeres con una niña como de diez a doce años. Dicen que vienen del *caribal* de Carranza, otro lacandón famoso en esta parte de la selva. Dicen: *Carranza, juntó Carlos, ruinas*. Entiendo que Carranza estará con Carlos Frey y los otros expedicionarios.

Una de las mujeres me expresa el motivo de su visita: se enteró por alguno de los expedicionarios que se nos adelantaron a Bonampak, de que trajimos el gato blanco para Carranza. También están enteradas de que el animal huyó al monte la primera noche a pesar de que la cocinera le untó manteca en la panza y en el hocico. Han venido con la esperanza de que el gato hubiera vuelto a la *champa*; pero el gato se ha perdido. Se muestran tristes y pensativas.

Una de las mujeres me posa; entienden sólo unas cuantas palabras de español, pero a base de señas logro que vuelvan a tomar la pose cuando se mueven. Me posa también la supuesta niña, pues cuando pregunto su nombre me dicen que se llama Juan. Esta confusión se debe a que hombres y mujeres llevan el pelo largo y visten igual túnica o algodón.

Aprendo unas palabras mayas: *pe-pen* (mariposa), *n' kap* (mano), *baatz* (saraguato), *i'kohor* (pelo), *igshigui* (oreja), *kan* (culebra), *chí-mó* (árbol), *balúm* (tigre), *ner* (maíz), *seg* (murciélagos), *há* (río).

Sánchez Flores y Olvera salieron a excursionar por la mañana hacia el caribal de Carranza. Como no vuelven al mediodía, y ni los soldados ni yo sabemos hacer las tortillas de harina que ha estado haciendo para



nosotros Sánchez Flores, nos conformamos con comer frijoles negros con cebolla cruda, un poco de yuca asada y café.

Estas mujeres que han venido a visitarnos no son bonitas como Carmita y Margarita; una se llama también Carmita como la *kika* (mujer) de Obregón; es la menos fea. Lupe se llama la otra; es fea, sucia, desgredada, y tiene una cicatriz en el pómulo derecho que parece causada por una quemadura; tiene la boca levemente desviada hacia la izquierda. Comen aquí, les hago algunos regalos, y se vuelven a su *caribal* antes del atardecer.

Como a las 3.30 de la tarde regresaron Sánchez Flores y Olvera sin haber dado con el *caribal* de Carranza. Vienen cansados y sudorosos.

No vino el piloto Neria como lo había prometido. Por lo tanto seguimos incomunicados y no podemos enviar cartas para la ciudad de México. Tampoco han venido Frey y los arrieros con las mulas. Aquí escasean las provisiones. Pensamos que si mañana no vienen, nos iremos a Bonampak siguiendo las veredas que conducen a los *caribales* para que de allí nos guíen los lacandones hasta las ruinas.

El principal problema lo constituye el transporte de nuestros materiales de trabajo, de los que no queremos separarnos, pues el solo hecho de caminar sin llevar nada encima, cansa y agota.

Nuestros compañeros que salieron a Bonampak antes que nosotros, no nos dejaron ni una escopeta; solamente tenemos tres machetes. La lámpara de gasolina *Coleman* que nos dejaron, se rompió la primera noche al reventarse el mecate de que pendía. Tenemos sólo un pequeño aparato de petróleo y nuestras lámparas de mano para alumbrarnos. A la luz de mi lámpara de mano escribo estas líneas.

Con una bomba de insecticida rociamos alrededor de nuestras hamacas para ahuyentar a los grandes alacranes que bajan de los podridos horcones de la *champa*. Esperemos otro día.

### Sábado 30 de abril

Todos estos días me he estado levantando a las cuatro o cinco de la mañana, dos o tres horas antes que mis compañeros, pues el canto de los pájaros no me permite dormir más; me siento bien físicamente y no tengo necesidad de descansar más tiempo. No duermo siesta; me paso todo el día dibujando, hasta que se acaba la luz.

Desde que salí de Tuxtla Gutiérrez, no me he afeitado; no lo he hecho por pereza y porque la barba protege contra los mosquitos, *jeje-nes*, *chaquistes*, hormigas y otros insectos. Los piquetes de estos pequeños animales producen ronchas y causan una comezón muy molesta. El repelente de insectos que hemos estado usando es más o menos eficaz, pero su efecto dura poco por lo mucho que sudamos, y hay que untarlo en la cara y en las manos cada dos o tres horas.

Seguimos sin comunicación con los otros expedicionarios. Esto se debe a que se alteró el plan original, en el cual se habían calculado diez personas a lo más; ahora somos veintiuno entre expedicionarios, arrieros, periodistas, el camarógrafo del *Noticiero Mexicano*, la cocinera con sus dos niños y los dos soldados radiooperadores. A esta caravana hay que agregar las provisiones, la planta de luz, la estación de radio y nuestras cosas personales, como ropa y equipos de trabajo.

Para movilizar toda la carga sólo contamos con cinco mulas. Sería necesario tener quince, pero tampoco esto resolvería el problema, porque se harían necesarios más arrieros. El error ha consistido en dejar crecer tanto la expedición. Aquí estamos separados de los otros compañeros, consumiendo parte de las provisiones, y ellos también estarán haciendo lo mismo. Debido a que algunos no se llevaron sus equipos completos de trabajo, suponemos estarán inactivos. .

A las ocho de la mañana se presentó en nuestra *champa* Carranza, quien dice llamarse Kayóm, como nuestro otro amigo lacandón. Los nombres castellanos como Obregón y Carranza, así como los de las mujeres, les han sido dados por los *chicleros* que han trabajado en estas zonas.

Carranza llegó sin hacer ruido; cuando menos pensábamos en tener visita, ya estaba a nuestro lado. Así llegan estas gentes, estos fantasmas de la selva. Pero son muy cordiales cuando establecen relaciones de amistad, cosa que sucede en unos minutos.

Carranza también pregunta por *micho*, y le explicamos que el gato huyó al monte y probablemente morirá de hambre. El nos dice: *micho no muere hambre, come ratones*.

Carranza me pregunta mi nombre, que le es difícil pronunciar. La erre fuerte la pronuncian como ere; así que me llama *Raúl*, con ere, como me llaman todos los lacandones; algunas de las mujeres me llaman *Laiúl*.

Carranza es un hombre como de veinticinco o treinta años; es más delgado y pequeño que Obregón; tiene un perfil completamente maya del Viejo Imperio. Nos posa con gusto para fotografías y dibujos, y nos

dice haber visto a Frey y a los otros expedicionarios. Le pregunto a señas por el doctor Lara Pardo: *viejito, pelo blanco*. Él dice haberlo visto y que se encuentra bien; hace ademán de temblar y dice: *viejito cae una vez, viejito cae otra vez; viejito no camina*.

Nos preocupa la suerte del doctor Lara Pardo, pues con sus setenta y cinco años auestas, es muy difícil caminar por esta selva; a cada paso encuentra uno troncos caídos sobre la vereda, bejucos y lianas como alambres de acero; hace un calor terrible; suda uno copiosamente y se rinde de fatiga.

Hacemos algunos regalos a Carranza: cuchillo, peine colorado, aceite para escopeta. Se despide diciendo: *vas casa*, y desaparece entre las matas. A su *caribal* se hacen tres horas de camino; así es que Carranza hizo estas tres horas para venir; estuvo una hora con nosotros y se ha regresado a su *champa* caminando otras tres horas. Pero él dice: *casa cerca*.

Nos entretenemos en ver en el microscopio que trae el maestro Sánchez Flores para sus estudios de las cristalizaciones que se forman en la superficie de los frescos de Bonampak. Como aquí no tenemos los frescos a nuestro alcance, observamos un minúsculo *jején*, uno de los insectos que nos han llenado de ronchas. Se ve del tamaño de una avispa y tiene un par de vejigas amarillas debajo de las alas.

Cerca de las cuatro de la tarde llegó el arriero Pedro Pech con las cinco mulas. Apareció del otro lado del río. Escuché voces y lo vi sentado en cuclillas junto a la ribera. Olvera desató el cayuco que estaba de este lado y cruzó el río para traer a Pedro Pech. Las mulas se quedaron del otro lado. En eso estábamos cuando Pedro Pech nos señaló el cielo; luego oímos el ruido del motor de un avión. Es el capitán Neria con su *mosquito rojo*. Corremos hacia el campo de aterrizaje y lo recibimos; trae correspondencia para algunos de los expedicionarios.

Pedro Pech nos informa que Frey no tardará en llegar, pues debe haber salido un poco después de él; trae correspondencia para México que entregará a Neria para que éste la deposite en Tenosique.

Nos informa el arriero que Franco sufre un ataque de paludismo y Sotomayor está enfermo del estómago; pero nos tranquiliza al decirnos que el doctor Lara Pardo está bien.

El capitán Neria aprovecha la espera para bañarse en el río. Como Frey tarda, se va Neria con su copiloto en el *Stinson*. Se encarrera el avión por el verde y estrecho campo lleno de chipotes de tierra y hierbas. Siempre tememos que pase algo desagradable al aterrizar o al elevarse el avioncito. Se eleva el aparato y respiramos: es el único medio fácil de

comunicarnos con el resto del mundo y de salir de aquí, pues a lomo de mula se hacen cinco días al punto civilizado más cercano; Tenosique. El avión de Neria desaparece en el cielo tenso y rosado del atardecer.

Entrada la tarde vamos a bañarnos al fresco río; hace calor y éste será nuestro último baño en algunos días, pues mañana saldremos para Bonampak.

Al estarme bañando, me sucede el primer incidente desagradable: siento un fuerte piquete en el dedo pulgar del pie derecho; salgo rápidamente y Olvera me ayuda a quitarme las alpargatas con que nos bañamos.

De la alpargata sale un negro alacrán, autor del aguijonazo que sentí. Lo extraño es que no me picara al calzarme la alpargata; debe haber quedado doblado entre los dedos. Olvera mata al alacrán y vuelvo a la *champa*; corto un diente de ajo y me lo aplico en la picadura; parece que cede el dolor.

Entrada la noche, oímos una voz que nos llama del otro lado del río; es la voz de Carlos Frey. Pedro el arriero desata el cayuco y va por él. Olvera le da luz con su lámpara de mano, desde este lado del río.

Frey tiene las ropas sucias y desgarradas, y crecida la barba; largo y flaco, parece un Cristo de madera. Está feliz en la selva entre los lacandones. Ha estado trabajando sin parar desde muchos días antes de que nosotros llegáramos, para facilitar nuestro transporte e instalación; va y viene de Bonampak a El Cedro, resolviendo los tremendos problemas que significan la enorme expedición y las toneladas de carga que ha sido necesario transportar.

Carlos nos cuenta cómo están nuestros compañeros en Bonampak y lo que decía Carranza al doctor Lara Pardo viéndolo temblar de nerviosidad cuando era transportado en la canoa. Decía Carranza, con la franqueza que caracteriza a estas gentes: *tú muy viejo, tú more, tú no llega ruinas*.

## El Cedro, domingo 1o de mayo

Desayunamos con café negro sin azúcar, y durazos en conserva. Nos preparamos para salir. Empacamos nuestras cosas personales y las provisiones que aquí quedan: maíz y frijoles. La planta de luz va en un gran cajón de madera. Me parece imposible que una pobre mula pueda



con esta caja: además hay que cargarla del lado contrario con otro bulto del mismo peso para que el animal guarde el equilibrio. Van también los cajones con botes de gasolina para la planta de luz y grandes costales conteniendo nuestras cosas personales.

Al acercarnos al río para abordar el cayuco, vemos el primer saraguato que se atreve a acercarse a nosotros; salta de árbol en árbol y desaparece en la espesura.

Es necesario hacer varios viajes con la carga y con nosotros.

El cayuco está a punto de zozobrar en cada viaje al atravesar el río. Nos embarcamos por turnos, junto con algo de carga, Olvera, Sánchez Flores, Frey y yo. Los dos soldados radiooperadores se quedan en El Cedro, pues no tiene objeto que sigan adelante ya que no se pudieron comunicar con ninguna población por medio de radiotelegrafía.

Las mulas que esperan amarradas al otro lado del río, comienzan a ser cargadas con los enormes bultos y cajones; esto nos lleva bastante tiempo.

Salimos como a las 11.30. Nos internamos en la espesura; caminamos sobre colchones de hojas secas y podridas. Percibo infinidad de aromas originados por plantas, hojas y tierra húmeda. En los elevados árboles se observan de vez en cuando grandes globos de barro y hojas secas: son nidos de *comején*, voraz insecto que ataca la madera y que a nosotros nos causa molestas picaduras.

En lo alto pasa volando un par de policromas y ruidosas guacamayas. Hay árboles que se abrazan a otros hasta estrangularlos, son los *matapalos* que crecen junto a otros árboles, trepan por ellos y se desarrollan en tal forma, que acaban por asfixiarlos hasta que finalmente los consumen al absorber toda su savia.

Con lo mal que desayunamos, sentimos hambre y como sólo llevamos a la mano unos paquetitos de galletas saladas, las terminamos y comemos el corazón del *guatepil*, pequeña y delgada palma. Frey nos hace saber que se come; en efecto, con los machetes derribamos algunas de estas palmitas, les pelamos la corteza y comemos el corazón que tiene un sabor a apio.

Después de caminar algunas horas comenzamos a sudar copiosamente y a fatigarnos. A veces hay que montarse sobre los troncos que obstruyen la vereda, vereda que no es sino un sendero marcado por arbustos derribados a machetazos, y por cortes en los troncos de los árboles más grandes; a esto se le llama *picado*, y es la única forma de no desviarse de la ruta, ya que la estrecha vereda que se forma con el paso

de chicleros y de mulas, pronto es cubierta por las grandes y pequeñas hojas que caen de ramones, caobas, *chechenes*, mameyes, *chicozapotes*, *manásh*, limoncillos y *matapalos*. Tropieza uno con raíces y bejucos y está a punto de caer a cada momento.

Como nuestras cantimploras están vacías, hacemos un alto para cortar un grueso y musgoso *bejuco de agua*; nos pegamos al bejuco y bebemos su savia que sabe a fresco barro. Seguimos caminando y más adelante nos sentamos en la podrida hojarasca para recoger las frutas del *manásh*; son unas pequeñas cerezas de agridulce sabor, que mitigan nuestra sed.

Caminamos en silencio; sólo se escucha el canto de los pájaros y el crujir de la hojarasca bajo nuestros pies. Olvera tropieza y cae pesadamente; se levanta y seguimos adelante; Olvera cae otra vez, se levanta y seguimos. La fatiga y el sudor aumentan. Hemos encontrado mameyes tirados en el suelo, pero están mordidos por los *saraguatos*. Les cortamos la parte mordisqueada y comemos su dulce carne; es la primera fruta fresca que comimos desde que salimos de 'Tuxtla.

Ahora soy yo el que tropieza con un bejuco atravesado al ras del suelo y caigo con estrépito; me levanto y seguimos. Cortamos más bejucos y bebemos su cristalino jugo.

Adelante, en una trabazón de bejucos, una mula se atora y tira la carga. Hay que alcanzarla para cargarla de nuevo. Olvera se cae otra vez.

Serán las cuatro de la tarde cuando llegamos a una pequeña *champa* abandonada. Llenamos nuestras cantimploras en un pequeño arroyo que pasa cerca, y bebemos hasta saciar nuestra sed. Descargamos las mulas y nos sentamos bajo los ramones, árboles altísimos cargados de parásitas gigantescas, parecidas a los magueyes. Grandes piñanonas trepan por los rugosos e irregulares troncos.

Pedro Pech, el arriero, nos señala entre las raíces de un *matapalo*, las huellas de las garras de un tigre. Dice Pedro: *el tigre durmió aquí anteanoche*. En este lugar dormiremos. Comienzan a cantar las cigarras con ruido metálico y ensordecedor.

Carlos Frey nos dice que cerca de aquí hay unas ruinas que iremos a ver después de descansar un poco. En un solo plato y con la mano, comemos unos camarones y salmón de las pocas latas que traemos; bebemos agua y nos vamos, Frey, Olvera y yo en busca de las ruinas. Sánchez Flores y Pedro Pech se quedan en la *champa*.

Encontramos montículos que parecen pirámides, pero no tenemos

la certeza de que lo sean; están tan cubiertos de raíces, que es imposible, sin excavar, saber la verdad.

Estoy fatigado y mis ropas están húmedas y pesadas por el sudor; parece que alguien me hubiera vertido un cántaro de agua de la cabeza a los pies. Esto no es un paseo por el Bosque de Chapultepec; es una verdadera prueba de voluntad y de resistencia física. A pesar del cansancio, hasta ahora me siento bien.

Después de mucho explorar inútilmente sin encontrar las ruinas, y como mostramos signos de fatiga, Frey dice que lo esperemos en un punto, junto a una de las supuestas pirámides, y se va solo a explorar. Olvera y yo limpiamos con nuestros machetes el suelo y nos sentamos a esperar. Empieza a atardecer. Arriba de nuestras cabezas, en lo alto de los gigantescos árboles, se ven pequeños claros de luz.

Al cabo de una media hora, aparece Frey por el lado contrario al que se fue; no ha encontrado nada. Seguimos buscando por montes y cañadas cubiertas por espesa bóveda vegetal. Encontramos montículos apesados por las raíces de los grandes y altísimos árboles. A través de las raíces aparecen, a trechos, grandes piedras cortadas que semejan estructuras arquitectónicas; son como grandes dentaduras de piedra que sonríen y ocultan su misterio.

Seguimos buscando; ya es de noche. A la luz de mi lámpara de mano, descubrimos una gran estela derribada y rota. Frey -introduce la mano a través de la abertura que se ve entre la estela y el suelo-, y nos dice: *No tiene relieves por ninguna de las caras; debe haber sido una estela estucada o pintada.* Puede también ser una piedra cortada para labrar una estela que no llegó a trabajarse.

Con mi lámpara de mano alumbro de abajo hacia arriba el tronco de un árbol que está junto a la estela. ¡Oh, sorpresa: en un corte hecho a machete, está pintado con lápiz el emblema de Franz Blom! Por aquí ha pasado el viejo explorador.

Volvemos a la *champa* por una cañada pedregosa; es el cauce de un arroyo seco. Nos perdemos. Después de subir y bajar montículos, salimos al mismo lugar. Caemos varias veces, pues el contraste de la blandura de la hojarasca con la dureza de los miles y miles de raíces entretrejidas, nos hacen perder el equilibrio.

Al fin damos con la senda casi invisible marcada por el *picado* que conduce a la *champa*. Llegamos agotados y sudorosos. Como sólo queda una lata de sardinas, la guardamos para mañana; no cenamos, bebemos agua y nos tendemos en las hamacas que están guindadas entre los árbo-

les. Arriba, en la espesa oscuridad, miles de verdes luciérnagas cruzan en todas direcciones. Esta es una de las noches más bellas de mi vida.

## Lunes 2 de mayo

Temprano, en la mañana, salimos otra vez hacia la estela rota. Subimos un alto montículo y encontramos semioculta por hojas, raíces y musgo, una amplia y alta escalinata. Estamos sobre una gran pirámide. Encontramos otra estela derribada; está labrada. Representa un personaje de perfil y de cuerpo entero; tiene glifos de numeración, pero los relieves están muy gastados por el tiempo y las lluvias. Nos informa Frey que él y Margáin han bautizado estas ruinas con el nombre de *Balúm-Uinic* (el hombre tigre).

En lo alto del edificio hay una ruinoso estancia con dos columnas cilíndricas en la entrada. La estancia tiene bóveda triangular y en los muros hay costras de aplanado pintado al fresco.

Hago un rápido dibujo de las ruinas, y regresamos. Nos perdemos una vez más y no encontramos el *picado*, o sean las huellas de los cortes de machete en la maleza, único medio de guiarse en la espesura. Nos encontramos frente a un *acahual*, formado por brotes, nuevos y espesos de vegetación. Frey consulta su brújula, pero es inútil: no damos con la invisible vereda. Manifiesto mi opinión en el sentido de que debemos regresar por el rumbo contrario, ya que si nos seguimos internando en el *acahual*, corremos el peligro de nunca más salir de aquí.

Por todos lados es igual la tupida vegetación y no hay ningún signo que pueda orientarnos. Vienen a nuestra imaginación las historias que hemos escuchado a los *monteros*, acerca de los hombres que se pierden en la selva para nunca más salir.

Después de una hora de intento por encontrar el *picado*, aparece la estrecha y borrosa senda, pero, ¿cuál es la dirección que debemos seguir? Damos gritos llamando a Pedro, que se quedó en la *champa*, pero no contesta. Seguimos gritando cada vez más fuerte, y al fin, Pedro contesta por el rumbo contrario al que seguíamos; su voz se oye lejos. . .

Caminamos hacia donde oímos la voz, y al cabo de algún tiempo aparece Pedro, que nos sale al encuentro. Nos conduce a la *champa*, a la que llegamos en sentido inverso al de nuestra salida.

Desayunamos con unas latas de sardinas; es lo único que nos que-



da para comer en el camino, pues en El Cedro dejamos la latería para traer las cosas indispensables para nuestro trabajo, como la de luz, la caja de colores y los grandes rollos de papel para el trabajo de Olvera; material fotográfico para Álvarez Bravo; gasolina para el motor de la planta y algunos costales de maíz que no podremos comer hasta que lleguemos a Bonampak, en donde Juanita, la cocinera nos hará sabrosas tortillas.

Como las mulas no pueden pasar cargadas el lodoso arroyo que está junto a la *champa*, nos vemos en la necesidad de pasar nosotros la carga, haciendo equilibrios sobre un tronco derribado. Pedro Pech, flaco y palúdico, saca fuerzas no sé de dónde y se echa a la espalda la pesada caja que contiene el motor; pasa por el cauce del arroyo hundiendo las piernas en el lodo.

Cargamos las mulas y partimos hacia el *caribal* de Obregón. Pregunto el nombre de un árbol que llama mi atención. Es *chechén*, dice Frey, quien le hace un corte con el machete. De la herida escurre un chorro de leche blanca. Pedro advierte: *No hay que tocarlo, porque causa hinchazón; una gota en el ojo, ciega sin remedio.*

Caminamos uno atrás de otro, precedidos por las mulas. Recuerdo ahora que cuando llegamos a El Cedro, siempre salíamos a bañarnos al río o a cualquier necesidad, acompañados de nuestros frascos de *elixir antiviperino*; hoy, con el cansancio y el sudor, ya no nos acordamos de la *navuyaca*; de día y de noche hemos salido a explorar las ruinas, sólo acompañados de nuestros machetes.

Seguimos caminando. Ahora pasamos sobre una alfombra de pequeñas flores color violeta, caídas de lo alto en la parda hojarasca. Escuchamos un ruido sordo y continuo, y más tarde, nos encontramos en la ribera del rumoroso y transparente río Lacanjá. Lo vamos bordeando para dejarlo más adelante.

Ahora encontramos otra vez el río de El Cedro, el que hay que atravesar haciendo equilibrios sobre el enorme tronco de un árbol derribado, que hace las veces de puente.

Abajo pasa rápida y profunda la corriente; hay que evitar el vértigo de las ruidosas aguas. Pasamos sin contratiempo, uno después de otro. Las mulas pasan por un *bajo* en que les llega el agua hasta los ijares.

Nos internamos otra vez en la espesura y al cabo de una media hora de caminar, encontramos de nuevo al Lacanjá. Aquí hay que pasarlo con el agua hasta las rodillas, pisando sobre rocas. El paso está inmediato a una pequeña caída de agua que lleva gran fuerza: así es que hay que hundir las piernas en el agua, precisamente en el lugar en

donde se despeña la corriente para precipitarse con estruendo. Olvera está a punto de ser arrastrado por la corriente; logra mantenerse en pie, pero se ha mojado de tal manera que su cámara fotográfica que lleva al cuello, queda inutilizada. Con grandes precauciones y esfuerzos, logramos pasar todos.

Una mula cae al brincar un tronco caído cerca de la orilla del río, y casi se rompe las patas; queda atrapada y sumergida con su pesada carga, entre el tronco y unas rocas. Carlos Frey se desnuda y, entre él y el arriero, la descargan para que pueda salir. Frey, con el agua hasta el cuello, jala con una sogá a la mula, que también se ha sumergido hasta las quijadas. La mula forcejea y trata de arrastrar a Frey hacia el salto de agua, pero éste se mantiene firme y logra dominarla, haciéndola salir por la parte baja.

Durante esta lucha hay un momento de extraña nota pintoresca, pues Carlos va coronado por su *sarakoff* que está adornado gallardamente con una roja pluma de guacamaya. Es impresionante ver la cabeza de Frey surgiendo del agua, adornada de esa manera, y la cabeza de la mula de azorados ojos, siguiéndole.

Carlos y Pedro Pech cargan de nuevo la mula, y partimos. Nuestros pies chapotean dentro de las botas mineras que se han llenado de agua. El cajón con la planta de luz se ha quedado en la otra ribera; ninguna mula hubiera sido capaz de pasar con ese peso. En la canoa que ha estado transportando carga y que ahora debe estar cerca de Bonampak, vendrán por la planta.

Seguimos caminando en fila india, por inclinadas pendientes; los pies se traban entre las raíces; Sánchez Flores cae varias veces. Caminamos y caminamos, cansados y hambrientos. Encontramos la pequeña palma del *guatepil* y comemos su corazón. Más adelante encontramos mameyes tirados en el suelo húmedo; están podridos. Con nuestros cuchillos, cortamos la parte engusanada y comemos el resto. Hay también una pequeña fruta parecida al mango, que los lacandones llaman *tus*.

Al mediodía vemos un claro en la selva; se ve el cielo abierto por primera vez. Nos impresiona fuertemente ver de improviso esta claridad; es una especie de valle calcinado, con grandes troncos de árboles quemados y caídos, en primer término; al fondo se ven las pequeñas *champas* de los lacandones. Hay plataneros y cañaverales circundando este valle de ceniza que será sembrado de maíz. Es el *caribal* de Obregón y de Chambor; aquí habitan los dos lacandones con sus familias.

Los enormes árboles han sido derribados quemándoles las raíces

para desmontar el campo; algunos aún están ardiendo. Una caoba altísima que arde en su base, se dobla lentamente y cae al suelo con estrépito.

Se oyen los ladridos de los perros y se ven las *champas* de los lacandones. Pronto salen ellos y nos reciben; nos ofrecen grandes plátanos y papayas. Casi se nos salen los ojos de alegría.

Chambor (José Pepe) está acostado en su hamaca: se levanta y nos saluda. Hay un niño en otra hamaca; la madre es hermana de Margarita, lo mismo que la otra esposa de Chambor, llamada Ná-bor; ésta es bonita y fina; tiene una niña como de dos años de edad. Aparece Margarita, que viene a saludarnos. Me doy cuenta de que las tres hermanas tienen la misma voz, aguda y fina, como de niño.

Ya Chambor y sus *kikas* tenían referencias de mí, y cuando llegaron mis compañeros, como yo me quedé atrás para tomar una foto, les preguntaron: *¿dónde Raú?*

Nos sentamos en el suelo a descansar y a comer las frutas que nos han regalado nuestros amigos lacandones. En unas gruesas varas sostenidas en los horcones de la *champa*, descubro algo raro e impresionante: es un pedazo de saraguato; se distingue el hocico, una pata trasera y otra delantera, cercenadas y sanguinolentas.

Un pequeño saraguato juguetea entre las varas de la *champa*; es hijo de la hembra muerta.

Obregón nos invita a su *champa* a comer jabalí. No me hago del rogar y como un trozo de carne hervida con plátanos verdes. Me la ofrecen en una jícara. Me sabe a carne de res, sólo que es más seca y dura.

Veo a nuestro arriero que aparece con una gruesa y jugosa caña. Pido una caña a Obregón, y éste me da un machete y dice con su profunda voz: *tú corta caña, allá*. Y me señala el cañaveral. Con el machete corto una caña y vuelvo a la *champa* a comerla, el dulce jugo me sabe a gloria después de la caminata y del cansancio.

Después de comer, vuelvo a la *champa* de Chambor, al que regalo un peine y le hago unos dibujos. En el suelo, sobre unos leños ardiendo, han puesto a asar al *saraguato*, que humea y despidе un olor, que me imagino, debe ser el de la carne humana puesta a asar. Siento un ligero mareo, pero sigo dibujando.

Nos sentamos a descansar bajo los árboles, en el comienzo de la selva, por donde debemos partir a Bonampak. Obregón está haciendo unas flechas con delgados tules; en un extremo les pone plumas cortadas, de perico. Las ata y sujeta bien, con pita (cuerda) encerada. En esta labor le ayudan dos de sus mujeres. El pedernal para las puntas lo irá a

buscar muy lejos, según dice.

Como a las cuatro de la tarde, decidimos partir rumbo a Bonampak. Pedro el arriero, hace rato que salió con las mulas. Obregón nos dice que no llegaremos de día y nos ofrece su *champa* para que nos quedemos a pasar la noche. Ahora hay nuevos senderos o picados, y es fácil perderse. Como insistimos en salir, Obregón dice a Margarita y a la vieja María, que nos guíen. Salimos a toda prisa, uno atrás de otro, formando una fila en la estrecha y accidentada senda. Nos internamos otra vez en la selva.

A la vieja María se le clava una espina en un pie; me pide mi navaja y con la punta se la saca. A pesar de que le sangra el pie, se incorpora y sigue caminando.

Como no traemos nuestras lámparas de mano, pues van en las maletas que llevan las mulas, nos apresuramos. Jadeantes subimos y bajamos declives; nuestros pies resbalan y se traban en los delgados bejucos ocultos bajo la hojarasca. Tropezamos a cada paso con troncos, ramas y raíces. Las pequeñas mujercitas se quedan atrás.

Llegamos a Bonampak todavía con luz. El camino que se hace en tres horas, lo hemos hecho en hora y cuarto.

A la entrada del campamento está una gran estela rota; la parte inferior sigue en pie; otra parte está tirada en el suelo.

Nos reciben nuestros compañeros. Cuatro personas del primer grupo se han enfermado: Sotomayor, los niños de la cocinera y Franco, padecen desarreglos intestinales. Aquí también escasean los alimentos.

Al platicar sobre lo que se ha comido, yo digo que comí jabalí en el *caribal* de Obregón; comieron también Olvera y Frey. Carlos ríe y dice que no era jabalí lo que comimos, sino saraguato. Ya me pareció rara la carne y la forma de los huesos. Debí pensar que los trozos de saraguato que se asaban en las brasas, eran restos de lo que yo estaba comiendo. Fue una broma de Frey y de Obregón. No me quejo, pues con el hambre que tenía, la carne me supo bien.

Cenamos lentejas cocidas y café con leche evaporada y jazucurada!; esto me sabe magnífico, pues hacía días que no probábamos la leche ni el azúcar.

Subimos a las ruinas a ver unas estelas rotas que están tiradas abajo del edificio principal. Se hace de noche.

Entre el material que trajimos nosotros en las mulas, hay unos focos de flash para Manuel Álvarez Bravo; éste y algunos otros compañeros, suben a tomar fotos de los frescos. Yo estoy muy fatigado; no los



veré hasta mañana. Las pesadas botas mineras cansan mucho; siento las piernas deshechas.

Me acuesto en mi hamaca, pero no puedo dormir: veo raíces, inmensos troncos de *matapalo* en forma de espoleta, bejucos, arroyos, ríos. Más tarde, me duermo vencido por el cansancio.

### Martes 3 de mayo

Muy temprano me despierto con los rugidos de los saraguatos y el canto de los *cojolites*, faisanes negros más grandes y gordos que un pavo. Desayunamos. Como los víveres aquí también son pocos, y algunos de los expedicionarios no tienen ya que hacer, pues han terminado su trabajo, y otros están enfermos, salen de regreso, para El Cedro, Margáin y el doctor Lara Pardo, a lomo de mula; a pie, Sotomayor y el doctor Puig. Margáin, que es el más enfermo, salió primero con objeto de llegar pronto a El Cedro y tomar el avión que, suponemos, vendrá hoy. Van acompañados por dos arrieros.

Morales, el camarógrafo del *Noticiero Mexicano*, salió con Frey y Franco por la planta de luz que dejamos ayer en la ribera del Lacanjá. Irán en la canoa por el mismo río, cuyo punto más cercano se encuentra a una hora de camino de Bonampak.

Escuchamos un ruido entre la maleza. Las *kikas* dicen que son jabalíes. Es una manada que pasa corriendo entre las matas. Pedro, el arriero, coge la escopeta y sale tras los animales. Más tarde regresa sin haberles dado alcance. Monta en una mula y sale de nuevo en persecución de los jabalíes.

Álvarez Bravo y yo vamos a ver la gran estela que está a la entrada de Bonampak. Ayer en la tarde, con lo cansado que me sentía, no tuve calma para verla con detenimiento. Es una estela enorme, partida en dos. La base quedó en pie, mientras que la parte superior está caída de tal modo, que el personaje, el guerrero representado de perfil, quedó de cabeza. La estela es de piedra caliza, casi blanda, y mide como dos y medio metros de ancho por cuatro de alto.

Visitamos las ruinas, que se encuentran cubiertas de maleza. Hay que subir bastante y con dificultad. En una plataforma hay otras estelas rotas y una lápida esgrafiada, maravillosamente trabajadas y en perfecto estado de conservación en lo que se refiere a los relieves. No cabe duda

de que los mayas habían llegado a un gran desarrollo artístico y poseían un gran dominio de la técnica escultórica, pues estas estelas son obras maestras que no muestran el más leve rasgo de primitivismo. Todo lo contrario, son trabajos de clásica madurez estética.

En el templo número 1, vemos también los dinteles, bastante bien conservados; arriba, en el canto superior de las tres puertas que conducen a otras tantas estancias o aposentos de techo triangular. Estos bajorrelieves también son magníficos y conservan huellas de que originalmente fueron policromados.

Los frescos del interior de las estancias, a pesar de que se les aplicó petróleo blanco, son casi invisibles; hay que adivinarlos y están muy deteriorados. Sin embargo, las figuras mejor conservadas, son de una gran belleza de forma y de color. Estas pinturas son la muestra más madura del arte pictórico prehispánico. Lo demás que conocemos, en Teotihuacán, Monte Albán y otros lugares, sin dejar de ser muy bello, es arte primitivo. Aquí, por primera vez, podemos ver un arte realista, aunque estilizado; antropomórfico y de una gran fluidez y dinamismo en las actitudes de las figuras. Hago algunos dibujos.

Cuando estamos terminando de comer, regresa Pedro Pecho ¡Viene con el rostro lleno de espanto y más amarillo que de costumbre! Nos dice que al perseguir a los jabalíes, por casualidad llegó al río Lacanjá. Allí vio un remo flotando en el agua, y con desesperación comenzó a buscar a nuestros compañeros. Adelante, en la corriente, encontró la canoa volteada y atorada en unas piedras que sobresalen del río.

El sombrero de Franco flotaba junto a la canoa. Espantado vino a informarnos diciendo: *¡Esos compañeros no están vivos; la canoa está volteada y no se ven por ningún lugar!*

Julio Prieto, Olvera, Sánchez Flores, Arai y Pedro Pech salen en busca de nuestros compañeros. Álvarez Bravo y yo quedamos de guardia en Bonampak. No queremos pensar en que pueda haber pasado algo trágico.

Más tarde yo acompaño a la vieja María y a Margarita, que van a lavar los platos y vasos en que comemos. Les ayudo a cargar con los botes y trastos. Vamos hacia una poza en que lavarán estos objetos y yo podré bañarme. Abrigo también la esperanza de encontrar por ese rumbo a alguno de nuestros compañeros perdidos.

Caminamos como una hora hasta llegar a la poza de agua estancada. En una piedra que sobresale del agua, en la oscura y maloliente poza está parada una gran rana. Es tanto el calor que siento, que sin esperar

más, me desnudo, y me baño usando como palangana una cacerola que pedí a las mujeres. Estas lavan los trastos en otra poza cercana. Me ven con curiosidad, pero sin malicia.

¡Qué fresca está el agua! Quisiera quedarme bastante tiempo, pero se hace tarde y amenaza tormenta. En lo alto de los árboles truena el invisible cielo. Mientras me visto, las mujeres se quitan el algodón y se bañan rápidamente. Es interesante el contraste que ofrecen sus cuerpos: la vieja, encorvada, encogida y flaca; Margarita, bella y joven. No se preocupan por mi presencia. Se visten rápidamente y volvemos cargando los botes llenos de platos y vasos.

No fue necesario que me bañara, pues cae un aguacero torrencial. Las caobas y *ramones* crujen con el viento y el agua. Empieza a oscurecer. Llegamos al campamento mojados de la cabeza a los pies. Pregunto a Manuel por nuestros compañeros. No han vuelto. Ya es de noche. Hacemos muchas conjeturas. Continúa la lluvia.

Más tarde vemos en la espesa oscuridad una débil luz de lámpara de mano. Damos voces y nos contesta Julio. Se acercan nuestros compañeros, llegan mojados y jadeantes. En sus rostros se refleja el dolor y el espanto. Nos dan la mala nueva: Franco y Carlos Frey yacen en el fondo del río, junto a un rápido, como a cuatro metros de profundidad. Enmudecemos. No es posible creerlo.

Trataron de sacarlos desde la canoa, pero fue inútil. Se hizo de noche, y con la lluvia, todos sus esfuerzos resultaron infructuosos. Luis Morales, el camarógrafo del *Noticiero Mexicano*, no fue encontrado. Tenemos la esperanza de que esté vivo.

Esperemos a que amanezca. Las hamacas, que cuelgan de los árboles se han mojado con la lluvia. Nos acostamos en ellas, envueltos en cobijas. La pequeña y destartada *champa*, en donde están las provisiones y nuestros materiales de trabajo, hace agua por todos lados.

Algunos compañeros que tienen hamacas protegidas por impermeables pueden dormir un poco. Yo, no obstante que pongo mi manga de hule sobre el mosquitero y me envuelvo en mi cobija para que no pase la humedad de la hamaca, no duermo ni un minuto. En la ondulada superficie de la manga se forman pequeños charcos, y de vez en cuando caen gruesas y frías gotas de agua dentro de la hamaca. Con todo y que me puse ropa seca y estoy vestido y con zapatos, no logro calentarme.

La humedad de la hamaca y el horror, me hacen temblar. Pienso en la tragedia y veo en mi imaginación los rostros de mis compañeros muertos.

## Miércoles 4 de mayo

Al amanecer, oscuro todavía, el relincho del *macho* que tenemos aquí para acarrear agua, rompe el negro silencio. Parece un entrecortado lamento. Pedro sale para El Cedro, montado en el *macho*; lleva una carta para nuestros compañeros, en la que les pedimos se comuniquen con las autoridades del gobierno de Chiapas y pidan auxilio.

Las *kikas*, acompañadas por Sánchez Flores, salen para el *caribal* de Obregón. Necesitamos la ayuda de los hombres disponibles para rescatar los cadáveres de Carlos y de Franco que yacen abrazados en el fondo del limpio y transparente río. Nuestros rostros están demacrados por el insomnio y la pena.

Como a las nueve de la mañana, estábamos desayunando, cuando escuchamos un disparo. Julio contesta disparando su pistola. Más tarde, aparece Obregón con un gran faisán en una mano y su escopeta en la otra. El faisán es para nosotros: está herido de las patas. Llegan Chambor (José Pepe) y Sánchez Flores. Luego aparecen las mujeres de José Pepe y de Obregón con los niños en los brazos. Los hombres vienen a ayudarnos a rescatar los cadáveres de nuestros compañeros. Los lacandones preguntan una y otra vez por Carlos. No quieren creer que se haya ahogado.

Nos calzamos nuestras botas y nos ceñimos los cinturones con las cantimploras. Llevamos reatas para sujetar la canoa en la que hay que ir hasta medio río, en donde ayer estaban los cadáveres, junto a una pequeña caída de agua. Salimos Julio Prieto, Álvarez Bravo, Olvera, Arai y yo, precedidos por los lacandones Obregón y José Pepe. Las mujeres, y Sánchez Flores que está muy fatigado, se quedan en las ruinas.

La selva está ahora húmeda; el suelo y la hojarasca, muy resbalosos. Los malditos bejucos forman verdaderas trampas debajo de la hojarasca. Tropezamos, caemos, sufrimos tremendas sacudidas.

Aquí, en la selva, las distancias son enormes. Caminamos como dos horas en la espesura, en la que penetran a veces los rayos del sol. Encontramos un cartucho; debe ser de algún disparo que hizo ayer Pedro al perseguir a los jabalíes.

Seguimos caminando. Adelante vamos Olvera y yo. Julio, Álvarez Bravo y Arai, se quedan atrás. Nos gritan a cada rato porque nos pierden de vista. En la selva, si uno se queda diez o quince metros atrás de sus compañeros, corre el riesgo de perderse porque la espesura obstruye la vista y no es posible ver a los que van delante. Frecuentemente se pierde la casi invisible vereda, sólo marcada por los *picados*.



Al cabo de algún tiempo de caminar, aparece frente a nosotros un fantasma: es Luis Morales, a quien dábamos por muerto; está pálido y sucio; tiene las ropas desgarradas. Nos mira con ojos extraviados. Olvera y yo, que vamos delante, corremos a abrazarlo y damos voces de alegría a las que acuden Julio, Álvarez Bravo y Arai. Esta emoción mitiga un poco nuestra pena por nuestros compañeros muertos.

Luis Morales nos dice que ayer, al ir navegando contra la corriente por el río Lacanjá, en busca de la planta de luz, la canoa zozobró en un rápido y fueron arrastrados al fondo del ancho río. Después de muchos esfuerzos, Luis se pudo asir a una roca y salió. No vio a sus compañeros ni supo qué pasó. Trató de encontrar el campamento, inútilmente. Se acogió en el hueco de un enorme árbol y allí resistió la tormenta y pasó la noche.

Mojado y hambriento, sin saber si podría encontrarnos o si se perdería en la selva para siempre, dice que, si hubiera tenido consigo su cuchillo, se habría dado muerte.

Después de informar a Luis que Frey y Franco se ahogaron, partimos apresuradamente hacia el río con el temor de que los cadáveres hayan sido arrastrados por la corriente que ha crecido con la tormenta de anoche. Al fin, escuchamos el ruido del río, al que llegamos después de atravesar un arroyo casi seco.

Aquí el Lacanjá es impresionante por los ruidosos tumbos y los sumideros como embudos que forman sus aguas. La canoa está oculta en un hueco cubierto de maleza, junto al río; aquí la dejaron ayer Julio y los otros compañeros que trataron de sacar los cuerpos de Frey y de Franco.

Atamos la cuerda a la canoa para que no sea arrastrada por la fuerte corriente. Julio se desnuda. Él y José Pepe abordan la canoa. Obregón y yo, sujetamos la cuerda desde la ribera. La cuerda, no obstante ser muy larga, no ajusta para que la canoa llegue hasta medio río, en donde deben estar los cadáveres. Hay que seguir a la canoa desde la ribera llena de bejucos y espinas. Obregón corta con su machete la maleza, con objeto de que yo le dé más cuerda a la canoa, siguiéndola desde la parte más angosta del río.

La rápida corriente arrastra a la canoa hasta la peligrosa garganta. Maniobra José Pepe y logran acercarse a unas rocas, ya sin el sostén de la cuerda que yo solté porque no les permitía acercarse al sitio en donde deben de estar los cadáveres. Julio dice que está cansado y sale de la canoa a las rocas. Olvera se desnuda y saltando de roca en roca, llega al sitio en que está la canoa y sustituye a Julio en la maniobra de rescate.

Abriéndonos paso entre la maleza de la orilla, llegamos Obregón y yo hasta las rocas inmediatas a la garganta del río, en donde salta el agua con estruendo; así estamos cerca de nuestros compañeros y podremos auxiliarlos. José Pepe y Olvera maniobran en la canoa con el único remo que quedó después del accidente. Buscan en el río sin encontrar los cadáveres. Logran acercarse a la otra ribera, y nos gritan que allí están todavía. El agua los ha movido, pero las rocas del fondo han evitado que sean arrastrados hacia el chorro.

Obregón corta con su machete una larga y gruesa vara con un ángulo en la punta. Desde las rocas se la da a José Pepe, que la utiliza para jalar y elevar hacia la superficie el cuerpo de Carlos. Lo sujeta luego por la camisa y Olvera rema hacia la ribera en donde yo espero.

El cuerpo de Carlos viene flotando boca abajo, casi sumergido; sólo se ve su cráneo con el pelo pajizo y la tensa camisa que pende de la mano de José Pepe. Llegan a la ribera en donde yo estoy. Olvera ata, con la cuerda de la canoa, el cadáver. Doy voces a Obregón, que acude a mi llamado, y entre él y yo izamos el cuerpo de Carlos, arrastrándolo por la fangosa e inclinada orilla. Sobre el lodo y la hojarasca, Frey queda boca abajo, con el cuerpo semiarqueado. No quiero ver su cara; es éste un espectáculo desagradable y doloroso.

Olvera y José Pepe, acompañados esta vez por Arai, vuelven en la canoa por el cadáver de Franco; hacen la misma operación y logran sacarlo. Esta vez Olvera saca a Franco, quien tiene aún su morral sujeto a una muñeca y su cuchillo al cinto. Llegan a la orilla, y Obregón y yo lo sacamos con la cuerda.

Nuestros amigos lacandones cortan hojas de palma para ocultar los cuerpos, pues no podremos transportarlos a El Cedro hasta que vengan los arrieros con las mulas.

Cuando rescatábamos los cadáveres voló un avión plateado, bastante alto; evolucionó varias veces sobre el río. ¿Nos habrán visto? No lo creo; pero ya estará el mundo enterado por nuestros mensajes y por el SOS constante de la radiotransmisora de El Cedro.

Comunicamos a Obregón nuestro temor de que los cadáveres sean devorados por los animales, pero él nos dice que por aquí no hay animales grandes. Después de sacar la canoa del río y de ocultar, con las hojas de palma, los cuerpos de nuestros compañeros muertos, emprendemos el regreso al campamento. Caminamos cabizbajos y en silencio. Sólo se oyen los tristes cantos de pájaros desconocidos y el ruido que hacen nuestras botas en la hojarasca.

Ya para llegar al campamento, nos salen al encuentro Sánchez Flores y las mujeres, que se encaminan hacia el ojo de agua. El buen Sánchez Flores, al ver a Luis Morales, a quien daba por muerto, se conmueve y derrama algunas lágrimas, presa de la emoción; hace un torpe ademán de saludo y sigue adelante; lleva en una mano el bote para traer agua. Nosotros también seguimos nuestro camino, en sentido contrario, y arribamos, cerca de las cuatro de la tarde, a la estela rota que está a la entrada de Bonampak.

Dos de nuestros arrieros, que han vuelto de El Cedro, con tres mulas, nos dicen que allá están todavía los otros compañeros que se nos adelantaron en el regreso, y los dos soldados radiooperadores. No ha venido el piloto Neria y están casi sin provisiones.

Julio pregunta a los arrieros cuánto les adeudaba Frey por su trabajo, pero ellos, que se han enterado de la tragedia, contestan que no se les debe nada. Así son estos abnegados trabajadores, que han llegado a identificarse con nosotros hasta el grado de sentirse compañeros nuestros. Protestamos por su actitud desinteresada y les decimos que más tarde hablaremos para liquidarles sus salarios.

Cansados y hambrientos, nos sentamos bajo la *champa* a comer el *cojolite* que nos ha preparado Juana la cocinera. Las *kikas* preguntan una y otra vez por Carlos Frey y nos vemos obligados a repetir varias veces que: *Carlos murió río*, para que comprendan la tragedia. Margarita palidece; sentía cariño por Frey. Todos los lacandones lo consideraban como uno de los suyos, y le tenían gran estimación.

Cuando terminábamos de comer, llegaron al campamento Pedro Pech y el corpulento doctor Puig, montados en sendas mulas. Pedro, que llevó nuestro recado, ha vuelto acompañado del doctor para que éste certifique la defunción de los dos compañeros. A su paso hacía Bonampak, Pedro condujo al doctor al sitio en donde se encuentran los cadáveres.

Nosotros habíamos pensado esperar a que las autoridades oficiales enviaran a algún representante a enterarse del acontecimiento, pero, como esto puede tardar dos o tres días más, el doctor Puig opina que hay que dar sepultura a nuestros compañeros, cuyos cuerpos ya empiezan a entrar en estado de descomposición.

Ya de noche, a la luz de la lámpara de gasolina, comenzamos a empacar nuestras cosas para salir mañana temprano para El Cedro. La pequeña niña de la cocinera nos muestra una cabecita de barro que recogió entre el hacinamiento de latas vacías, papeles y maletas. Es una

pequeña esculturita hecha por Franco, con barro de un arroyo cercano a Bonampak. Es el último trabajo de ese hombrecito tímido y sensitivo que se llamó Franco Lázaro Gómez.

Cenamos y nos acostamos. Junto a mi hamaca están guindadas las hamacas de Pedro Pech y otro de los arrieros. Estos charlan; cuentan historias de ahogados y comentan el trágico acontecimiento de ayer. Llueve toda la noche; el agua que se encharca sobre la manga de hule tendida sobre el mosquitero, se cuele de vez en cuando al interior de mi hamaca. Las altísimas caobas comienzan a crujir, y caen grandes ramas podridas. El ruido que hacen al estrellarse contra el suelo, cerca de nuestras hamacas, no nos deja dormir.

En la profunda oscuridad, sin ver dónde caen las gruesas ramas, pienso en que pueden caer sobre nosotros y aplastarnos. Sin embargo, ya muy tarde, logro conciliar el sueño.

## Jueves 5 de mayo

A las cuatro y media de la mañana nos levantamos. Sánchez Flores enciende la lámpara de gasolina. Desguindamos las hamacas y las envolvemos. Los arrieros empiezan a cargar las mulas. Nos desayunamos. Después del desayuno, salen Julio y el doctor Puig a lomo de mula, acompañados por dos arrieros y por José Pepe (estos últimos van a pie) hacia el lugar, junto al río, en donde se encuentran los cadáveres de Frey y Franco. Van a darles sepultura. Nos encontraremos más tarde en el *caribal* de Obregón, camino para El Cedro.

Las tres mulas que se han quedado aquí, terminan de ser cargadas por Pedro y Sánchez Flores, quien todo lo sabe hacer. Observamos que las pobres bestias tienen en el pescuezo unos orificios como de balazo, por los que escurren hilillos de sangre; han sido chupadas por los vampiros, que abundan en las ruinas.

Aquí se queda aún bastante carga, entre provisiones y cosas personales. Salimos de Bonampak a las siete y media de la mañana. Dejamos atrás la gran estela rota y nos internamos en la espesura. Los rayos del sol penetran en algunos sitios formando manchas luminosas en la mojada hojarasca.

Precedidos por las mulas y el arriero Pedro Pech, caminamos uno tras de otro, Álvarez Bravo, yo, Juanita la cocinera y su niño de seis o siete años de edad, Sánchez Flores, cargando sobre sus espaldas a la pequeña niña de



la cocinera, Arai, Olvera y Luis Morales. Apoyándonos en nuestros bastones hechos de ramas cortadas a machete, cruzamos varios arroyos que antes estaban secos, y que ahora traen agua. Al subir una pendiente húmeda y resbalosa, pierdo pisada y caigo desde una altura de tres metros al cauce de un arroyo. Arai me ayuda a subir dándome el extremo de su vara.

Como a medio camino al *caribal* de Obregón, nos salen al encuentro Margarita y la vieja María que vienen cargadas con grandes pencas de plátanos y una papaya. Me extraña verlas aquí, pues no supe cuándo salieron de Bonampak acompañadas de Obregón. Debe de haber sido ayer por la tarde. Como estas gentes no se despiden y parten sin hacer el menor ruido, no se da uno cuenta de cuándo lo abandonan. En la misma forma se aparecen junto a nosotros, vestidas con sus largos cotones que acentúan su imagen de fantasmas de la selva.

Comemos algunos de los plátanos que nos han traído, y continuamos nuestra marcha acompañados por las *kikas*, rumbo al *caribal*. A las nueve y media, escuchamos los ladridos de los perros, que han notado nuestra presencia. Paulatinamente aparece la claridad del cielo, causándonos gran alegría. Hacía días que no lo veíamos. La claridad casi nos ciega.

Aquí estamos en el *caribal* de Obregón y de Chambor. Nos ofrecen plátanos, papayas y cañas. Descansamos un poco. Yo hago algunos dibujos. Obregón está tostando en las brasas unas varas para flechas; María y otra mujer del *caribal* comienzan a raspar sobre un madero una larga y verde hoja de palma para extraer la pita con que Obregón ata las plumas de sus flechas.

A las doce llegaron nuestros compañeros, después de haber desempeñado su dolorosa misión: los cadáveres se encontraban ya putrefactos; al voltearlos boca arriba, tenían la cara deshecha. Entre los arrieros y José Pepe cavaron las fosas, y sepultaron a Franco y a Carlos Frey allí mismo, en la ribera del río.

Con trozos de madera, cortados a un cajón de provisiones, se habían improvisado dos cruces con sus nombres pintados a lápiz, que fueron colocadas sobre las fosas.

Partimos todos para El Cedro formando gran caravana. Julio Prieto y el doctor Puig ceden sus mulas a Juanita la cocinera con sus dos niños, y a Luis Morales, que se encuentra muy agotado. Los demás vamos a pie.

Caminamos por la selva horas y más horas. Presentimos la cercanía del Lacanjá, y en nuestros rostros se refleja inconfesado temor, al pensar que tenemos que cruzarlo. De vez en cuando tropezamos y caemos, hiriéndonos con los trozos agudos de arbustos cortados para abrir el camino.

Oímos el rumor del Lacanjá, y, poco después, llegamos al temido río.

Ha crecido con las lluvias de las últimas noches. Hay que pasar ahora con el agua hasta la cintura, cerca del chorro que arrastra con gran fuerza hacia la parte profunda de la corriente.

Algunos compañeros se desnudan de la cintura para abajo; otros pasamos con botas y todo, apoyándonos en fuertes varas que usamos a guisa de bastones. Pasamos todos; luego nos quitamos las botas para sacarles el agua, y hacemos alegres comentarios: hemos pasado un peligro, pero aún nos falta cruzar el río de El Cedro.

Caminamos de nuevo uno tras de otro; los más agotados se turnan montando la mula en que Morales ha hecho gran parte del camino. Olvera y Arai cabalgan alternando con Luis Morales.

A veces, cuando aparece un claro en la espesura, por el que se ve el cielo, pensamos que ya está cerca un lugar abierto. Esto es ilusión; en la selva, cuando uno cree encontrarse cerca de colinas, poblados o caseríos, basándose en la luz que se cuele por algún claro, hay el peligro de sentir la fascinación de la claridad e ir hacia ella. Pero se pueden caminar kilómetros y todo es terriblemente igual; la selva no tiene fin.

Arribamos al río de El Cedro. Es más estrecho que el Lacanjá, pero es rápido y profundo. Tenemos que volver a hacer equilibrios sobre el tronco que lo atraviesa a guisa de puente. Nuestras botas están gruesas de lodo, y resbalan con facilidad. Con precauciones, pasamos todos caminando sobre el tronco. Las mulas pasan por un bajo en donde les llega el agua hasta los ijares.

Hay que seguir caminando. Ahora vamos adelante Julio Prieto y yo. Atrás nos siguen los otros compañeros, que de vez en cuando nos gritan para que esperemos un momento.

Llegamos al pequeño arroyo junto a la *champita* en que pasamos la primera noche, camino a Bonampak. Cerca de aquí están las ruinas de *Balúm-Uinic* que nos fueron mostradas por el infortunado Frey. Seguimos adelante, y llegamos al estrecho y empinado cañón. Aunque es de día, nos envuelve una suave y verde penumbra, pues la bóveda formada por los altos y tupidos árboles no permite pasar la luz del sol. Subimos uno tras de otro el pesado declive, entre las paredes inclinadas y en fuga del cañón. Resbalamos y caemos en el lodo a cada paso. Jadeantes de fatiga, tardamos media hora en subir.

El olor de la podredumbre de raíces y hojas comienza a causar náuseas. El lodo, la humedad, el color oscuro y musgoso de los chicozapotes, ceibas, caobas y *matapalos*, causan mareo. Arriba, muy alto, se oye el roncar del motor de un avión. Desde aquí es imposible verlo por la espe-

sa trabazón que oculta el cielo. Tenemos la esperanza de que este avión haya sido enviado para trasladarnos a Tuxtla, si es que han captado en la capital de Chiapas el llamado de auxilio que los radiooperadores han estado transmitiendo desde El Cedro.

Caminamos interminable, desesperadamente, y llegamos, después de nueve horas y media de fatigas, cansados y deshechos, al río de El Cedro, al lugar en que pasa cerca de las *champas* del campamento. Nos tiramos en la hierba. Aquí está el pequeño cayuco en que hay que atravesar el río, que viene ahora hinchado y turbio por las lluvias.

Vemos a Sotomayor en la otra orilla; vino al oír nuestras voces. A gritos, entablamos conversación con él. Nos dice que aquí están todavía los otros expedicionarios, y que ha venido Gamboa al enterarse de los acontecimientos.

En muchos viajes atravesamos el río en el frágil cayuco.

Aquí hay que comer, según nos dice Sotomayor. Me entrega una carta de mi esposa; me alegra saber que están bien, ella y mi hija.

Comemos como desesperados, tomando con la mano directamente de las latas, sardinas y duraznos en conserva. Sotomayor nos informa que los otros compañeros, inclusive Gamboa, están en Tenosique comprando víveres y contratando gente para buscar a Morales, al que suponen perdido aún. Desde mañana saldremos en aviones pequeños a Tenosique para volar desde allí a Tuxtla en aviones más grandes.

Guindamos las hamacas en las destartadas *champas*, y nos tendemos a descansar. Nuestras botas y pantalones están todavía mojados. Se hace de noche. Aquí nos sentimos más cerca del hogar y del confort.

El doctor Puig se calienta poniendo los pies descalzos cerca de los leños que arden en el suelo, bajo la *champa*. Aquí está Nabar, otro lacandón, con sus mujeres y sus niños. Kayóm y Carranza también han venido. Los hijos de la cocinera juegan junto a la lámpara de gasolina.

Sotomayor nos informa que la estación de radio de Tenosique captó el SOS transmitido desde aquí. Desde Tenosique dieron aviso por radio a la Secretaría de Comunicaciones, y así se enteró Gamboa de la tragedia.

El mensaje ciego de nuestra estación que captó la radio de Tenosique, hizo que el piloto José Calderón, conocido nuestro, saliera inmediatamente para El Cedro, y de este modo llegó aquí ayer a las 12.30 de la mañana. Inmediatamente salieron nuestros amigos a pedir auxilio y a comunicar a la prensa los acontecimientos. Antes de dirigirse a Tenosique, volaron por la zona de Bonampak y sobre el río Lacanjá: fue el

avión plateado que vimos ayer cuando hacíamos esfuerzos para sacar los cadáveres del río.

Durante la cena nos platica Sotomayor que hoy vinieron tres aviones durante la mañana: uno, enviado por el gobernador de Chiapas para obtener informes y proporcionarnos ayuda; en otro vinieron Gamboa y Víctor Reyes, que salieron de México a Minatitlán, Veracruz, y de ahí a El Cedro, en un avión de la Secretaría de Comunicaciones. Después volvieron a Tenosique a contratar *monteros* para que nos ayudaran en la búsqueda de Luis Morales y en el traslado de los cadáveres. Vino Neria, quien trajo la correspondencia.

Un avión *Avro*, de Tuxtla, llegó también, pero no pudo aterrizar por lo pequeño del campo; suponemos fue el capitán Urquidi.

Los mensajes de nuestra pequeña estación de radio fueron captados por Tuxtla, Tenosique, Tapachula y Campeche; también por México, en retransmisión de Tenosique. Ha sido una verdadera fortuna que no salieran de aquí los soldados radiooperadores. Tan rápidamente se ha difundido la noticia y con tal prontitud vino Fernando Gamboa, que hoy mismo leímos los periódicos de la mañana. En *Novedades* se publica un reportaje de Sotomayor.

## Viernes 6 de mayo

Descalzo, pues mis botas se están secando cerca de la lumbre, dibujo a Carranza que reposa sentado en una hamaca. Juanita la cocinera comienza a preparar el desayuno. Tomamos jugo de piña enlatado y huevos revueltos; son provisiones que nos han traído de Tenosique. Pedro Pech barre la *champa* con una hoja de palma. De repente, siente un fuerte dolor en la mano: un gran alacrán negro, que estaba en la hoja de palma con que barría, le ha picado. Pedro no le da importancia, sólo deja de barrer. Le digo que se aplique en la picadura ajo cortado. Juanita se lo da y Pedro, sin ningún comentario, se lo frota en la pequeña herida.

Nicho, uno de nuestros arrieros, improvisa un molinillo, cortando con el machete una varita rematada por varios tronconcitos en la punta, en forma de estrella. Así se fabrican aquí los molinillos para batir el chocolate. Juanita nos lo prepara con agua y nos sirve grandes tazas del caliente y espumante alimento.



Cuando terminábamos de desayunar llegó Obregón acompañado de una de sus mujeres y de una joven. Nos traen una gallina, plátanos, papayas; traen también unas flechas que le encargó Margáin, a cambio de cartuchos. Dice que se pasó toda la noche trabajando para terminar las flechas. Afirma: *Obregón no dice mentira, aquí están flecha.*

El arco está hecho de vara de zapote, cortado a machete; fue pulido, raspándolo con pedernal. Arco y flechas son de un perfecto acabado.

Alguien ofrece dinero a Obregón a cambio de flechas y él replica: *no quiere dinero, dinero no sirve; dame dos hamacas.* En efecto, aquí el dinero no tiene ningún valor. Todo lo que hemos obtenido de los lacandones o *caribes*, como ellos se llaman a sí mismos, ha sido a cambio de los regalos que les hemos dado, y por la amistad que se ha establecido entre ellos y nosotros.

A las diez de la mañana llegó un avión rojo con representantes de las autoridades de Tuxtla. Cerca de las once llegó el capitán Calderón con siete *monteros* para la búsqueda de Luis Morales al que se suponía todavía perdido. Más tarde, llega Víctor Reyes en un avión *Stinson* pilotado por el capitán Del Pech. Hay verdadera aglomeración en la *champa* de El Cedro.

Entre expedicionarios, lacandones, nuestros amigos de México, los monteros, los soldados representantes de las autoridades y los pilotos, somos cerca de cincuenta personas.

Llega más tarde Fernando Gamboa en el avión del capitán Neria. Hay un ir y venir de gente, de la *champa* al campo de aterrizaje, por la vereda, entre los tupidos breñales. Gamboa viene a enterarse personalmente del accidente, y nos dice que trae la autorización de la embajada norteamericana para que Frey sea enterrado en la población más cercana, por si es reclamado el cadáver por la familia. Es demasiado tarde para cumplir estas instrucciones, pues Frey reposa junto a Franco, lejos de aquí, en la ribera del Lacanjá.

Nos preparamos para salir a Tuxtla en el primer vuelo, Arai, Sánchez Flores, Álvarez Bravo, el doctor Puig y yo. Regalo a Kayóm mi cobija y a Obregón mi navaja.

Hay cuatro aviones en el campo, y se hace necesario acomodarlos para que podamos salir en el avión *Bellanca*, del piloto Manuel Mayor. Subimos al aparato, y mientras el piloto maniobra para colocarlo en el extremo del pequeño campo, con objeto de que haya suficiente espacio para elevarnos, con el deseo ayudamos al feliz arranque.

Ruge el motor, se encarrera el avión, y con angustia, vemos pasar metros y más metros de campo, antes de elevarnos. Al fin, se levanta, nos vemos unos a otros, y sonreímos, haciendo con las manos ademán de despedirnos.

A las 12.30 nos elevamos. Abajo quedan el campo de El Cedro y nuestros amigos.

Vamos sentados en el piso del pequeño avión, amontonados con nuestros equipajes. La inmensa selva se extiende interminable bajo nosotros. El río de El Cedro desaparece.

Ahora volamos sobre la laguna de Santa Clara y sobre la serie de lagunas más pequeñas, de tranquila belleza; parecen irregulares espejos de pulido jade. Las gargantas y hondonadas, las montañas y cañones, todo lo cubre la espesa e impenetrable vegetación de azules y grises tonalidades.

Adelante, como a la media hora de vuelo, el piloto nos señala hacia abajo: clavado entre la maraña de la selva, está un trimotor destrozado.

Se hace menos espesa la vegetación, y más altas las montañas. Se siente frío. Abajo está el poblado de Ocosingo. Enfilamos hacia las serranías de San Cristóbal de Las Casas; vemos las pequeñas chozas de los indios chamulas y las columnillas de humo de sus hogares. Nos sentimos ya cerca de la civilización.

Nuestro avión vuela ahora a gran altura. Abajo, los caminos en las montañas, se ven del grueso de una hilaza. Después de volar una hora, nos encontramos envueltos en espesa niebla; pasamos entre los elevados pilones azules de las serranías de San Cristóbal de Las Casas.

Al frente, a gran distancia, veo una azul montaña que semeja el perfil de un rostro trágico y yacente; por mi pensamiento pasan las imágenes de Carlos Frey y de Franco Lázaro Gómez, que se han quedado allá, en la inmensa selva, junto al río Lacanjá.

Los rayos del sol atraviesan la niebla, y aparece la claridad del valle de Tuxtla.



## Raúl Anguiano: el arte en Bonampak



Bonampak es un centro ceremonial. Según opinión del arqueólogo Carlos R. Margáin, fue construido entre los siglos VII y VIII de nuestra era. El doctor Sylvanus G. Morley, en su libro *La civilización maya*, dice que durante el período medio del Viejo Imperio, se establecieron por lo menos catorce centros ceremoniales. Entre ellos cita los de: Quiriguá, Zandales, Lacanjá y Quexil, y nos da la fecha de 692 d. C., como dato cronológico común a estos centros.

Se refiere también a Bonampak como uno de los sitios arqueológicos de la región del río Lacanjá. Indudablemente pertenece a la misma fecha de los centros ceremoniales anteriormente citados. Aunque el gran período del Viejo Imperio Maya comienza en el año 731 d. C., unos años después de la fecha que Morley señaló para el grupo de centros entre los que se encuentra Bonampak, todas las características estéticas de la arquitectura, la escultura y la pintura de este centro, corresponden ya al gran período, a la edad de oro del Viejo Imperio Maya.

Como en todas las grandes culturas del antiguo México, en Bonampak se llegó a una perfecta armonía entre la arquitectura, la pintura y la escultura, y si es necesario recalcar la importancia de la pintura en este caso, por las razones que expondré más adelante, debo decir desde ahora que, a mi juicio, la arquitectura y la escultura de Bonampak no son inferiores a la pintura. Todo lo contrario: creo que los relieves de las estelas y los dinteles, así como la composición arquitectónica, pueden considerarse entre las más bellas obras del arte maya.

Para apreciar la belleza de la arquitectura, es preciso hacer uso de la imaginación, ya que toda la enorme pirámide está cubierta materialmente de intrincada maleza y de grandes árboles que crecen encima de las plataformas, de las escalinatas y de los techos de los nueve templos que quedan en pie, y que forman parte de una misma composición arquitectónica. Desde abajo, sólo es posible ver un ángulo del templo que se encuentra al mismo nivel del que está decorado por los famosos frescos.

Según los cálculos del arquitecto Alberto T. Arai, la altura total del monumental centro ceremonial es de 46.45 metros.

El conjunto de plataformas, escalinatas y templos construidos sobre un cerro, a diferentes niveles, es asimétrico y de una gran armonía y belleza formal. Los planos y dibujos hechos por el arquitecto Arai, nos lo presentan como una de las más bellas construcciones de la cultura maya.

Los frescos de Bonampak constituyen un tesoro inestimable porque son el ejemplo más importante de la pintura prehispánica conocida en nuestros días. Ni los frescos de Teotihuacán, ni los de Monte Albán, ni los de Chichén Itzá, pueden igualarse en grado de perfección y desarrollo, a los de Bonampak. Los pintores de Bonampak habían llegado a una madurez técnica y formal de la que carecían los artistas que realizaron las pinturas precolombinas conocidas hasta ahora.

Debo decir que los frescos están muy destruidos, con grandes desconchaduras del aplanado, el cual se sigue desprendiendo del muro. Cubiertos por una capa blanquecina de travertina, compuesta por carbonatos de calcio, son casi invisibles. Aun refrescándolos con un baño de petróleo blanco (que ha contribuido a su destrucción al disminuir la cohesión del aplanado) es necesario adivinar las formas de las figuras. Solamente se pueden observar fragmentos bien conservados, cabezas, perfiles, torsos y algunas figuras casi completas, como la bellísima de *El Prisionero Herido*.

El color casi ha desaparecido, y sólo queda un tinte destefuido que nos hace pensar en la riqueza que originalmente tuvieron las diferentes gamas y los matices.

Las copias que hizo Agustín Villagra son admirables por la paciencia que fue necesaria para realizarlas, por la imaginación empleada para interpretar lo casi invisible y por la maestría con que reconstruyó los frescos en la forma y color que deben de haber tenido cuando fueron pintados.

Es posible que estas pinturas se conserven por muchos años, si se reconstruyen por técnicos expertos. En la práctica hemos visto que el maestro Andrés Sánchez Flores lavó unos trozos de aplanado con una solución preparada por él, y de esa manera se hicieron perfectamente visibles los pigmentos, al escurrir la pátina de travertina en forma de líquido lechoso.

Lavando así los frescos, aplicándoles algún fijativo y, tal vez, inyectándoles cemento para que el aplanado no se siga desprendiendo, se podrá salvar esta riqueza artística e histórica.

El templo número 1, que es el que está decorado, tiene tres cámaras con una puerta cada una. La pintura al fresco empieza casi desde el piso, arriba de una pequeña plataforma que rodea los aposentos. Continúa sin romperse en los ángulos de los muros y de las bóvedas de sección triangular. Sigue al exterior del templo, sin suspenderse o dividirse en los cantos de las puertas.

Los muros exteriores conservan restos de aplanado pintado al fresco. Originalmente esto debe haber sido una verdadera orgía de formas y colores, desde los muros exteriores de los templos hasta los ángulos más recónditos de las bóvedas.

Se ha comparado a estos murales con las obras de Velázquez o del Tiziano. Se les ha llamado *La Capilla Sixtina de América*. Nada más falso y superficial.

Si hemos de hacer alguna comparación, encontraremos ejemplos más valederos en el arte persa, en Japón o en Pompeya.

Las pinturas mayas de Bonampak, hechas seis siglos antes de que el Giotto pintara sus maravillosos murales, no tienen ninguna semejanza con el arte moderno de Miguel Ángel, del Tiziano o de Velázquez. Son bidimensionales; tanto el volumen como la perspectiva están sugeridos sabiamente por la línea y el color.

La graciosa actitud de algunas figuras, el suave y rítmico movimiento de las manos, guardan estrecha semejanza con los dibujos y miniaturas persas.

La manera típicamente oriental como están sentados algunos personajes, nos hace recordar las estampas de China y el Japón. La figura recostada del prisionero, una de las más bellas de estos frescos, se parece a la bacante dormida de un fresco de Pompeya, por la manera que empleó el pintor para resolver el escorzo del cuerpo humano. Pero, hechas estas comparaciones, cabe afirmar que el arte de los antiguos mayas, si bien guarda semejanza con el arte de otros pueblos, es original en grado sumo.

El estilo representativo de las figuras humanas, tanto en la pintura como en la escultura, es de un realismo sintético.

Hay un marcado contraste entre la observación de la realidad y la recreación estilizada de la misma.

Mientras en los cuerpos y atavíos impera una caprichosa estilización, encontramos que las cabezas, muchas veces, parecen retratos fieles de personajes reales y vivientes. Para comprobar esta afirmación, referiré una experiencia: Kayóm, uno de los lacandones más famosos, descendiente de los antiguos mayas, me posó para unos dibujos. Después de estudiar su rostro desde diferentes ángulos, hice un apunte de su perfil.

Grande fue mi sorpresa al descubrir, en la abstracción de las líneas, el parecido fisonómico del rostro de Kayóm con la figura del guerrero tallada en la gran estela de Bonampak.

El sentido del humor no estaba descartado en el arte de los mayas, pues así como se ven, tanto en las pinturas como en las esculturas, rostros de fino carácter realista, se observan también caras grotescas o francamente ridículas, de personajes que, generalmente, pertenecen a los prisioneros.

En el aposento número 1 del templo de las pinturas, hay una escena representando una fiesta ceremonial. Se destaca entre varias figuras un perso-



naje (rey o sacerdote) ataviado con gran penacho de plumas verdes, pectoral, orejeras, brazaletes y lujosas vestiduras.

El perfil de esta figura se asemeja a las pintadas en las estampas japonesas, por los ojos diagonales y los finos detalles de observación. De la boca entreabierta sobresalen largos y agudos dientes, dándole extraño aspecto. Un esclavo que está a la derecha del señor, con finas y hábiles manos, le pone un brazaletes. Otro esclavo se acerca portando un recipiente que contiene perfume o pintura para completar su atavío.

El fondo de esta escena es rojo Venecia, los penachos de los nobles y sacerdotes son verdes, y las carnes de los personajes han sido pintadas en sienas y rojos indios apagados.

En un friso inferior al de la escena descrita, están los danzantes que portan máscaras de cangrejos, iguanas y lagartos; los acompañan músicos que tocan largas trompetas.

En otra parte de la decoración están los sonajeros y el músico que toca el tambor con ambas manos. Todos lucen altos tocados o penachos blancos. Estos penachos han sido perfilados con negro, y se ha dejado sin pintar el blanco aplanado de cal para dar más brillantez a los adornos.

No obstante el fuerte contraste entre el blanco de los tocados, los rojos y sienas de las carnes de los músicos y el verde esmeralda del fondo, se ha conseguido una perfecta armonía de color, por la sabia distribución de las superficies pintadas y por la matización de los pigmentos.

Todas estas figuras están representadas de perfil y en actitudes estáticas. En otro muro de este mismo aposento, nobles personajes, ricamente ataviados, conversan y discuten. En una plataforma está parado un esclavo o esclava que lleva en brazos a un runo, seguramente el príncipe, hijo del rey.

En el aposento número 2, la escena de la batalla resalta por su fuerza expresiva y por la riqueza de colorido que aún puede percibirse. En contraste con las figuras del aposento número 1, estáticas en la mayoría de los casos, aquí en la pintura de la batalla campea gran dinamismo en la composición. Los guerreros han sido pintados en infinidad de actitudes que acusan un gran dominio del dibujo.

Los combatientes, armados con lanzas, cuchillos y escudos, se traban en violenta pero armónica lucha. No obstante la diversidad de actitudes y movimientos, la clásica belleza de la composición jamás se rompe. Sobre el fondo azul turquesa desteñido, se destacan los rojos y sienas de las carnes de los guerreros, y los verdes y amarillos de los penachos, armas y escudos. Debe de haber sido otro pintor o maestro el que ejecutó o dirigió la decoración de este aposento.

En esta misma estancia está pintada una de las más bellas composiciones: los guerreros, armados de lanzas y ataviados con tocados en forma de animales como: tigres, lagartos y pájaros fantásticos, hacen entrega de los prisioneros al príncipe o señor. En el extremo derecho de esta pintura hay un personaje gordo semidesnudo que nos hace recordar otra vez el arte persa por la gran sensibilidad en el dibujo de los contornos. Los prisioneros, sentados a la manera oriental en tres escalones sugeridos por planos bidimensionales, tienen expresiones de llanto y de súplica. Piden clemencia a sus vencedores.

Se destaca la figura del prisionero herido y como adormecido, que está sentado en un escalón y tiene apoyada la cabeza y un brazo en el escalón superior, junto a los pies del señor de los vencedores. Este apoya su lanza junto a la cabeza del prisionero, y parece que le hunde el cabo de la misma en un ojo, como erróneamente se ha afirmado; pero si se observa con cuidado la escena, se verá que, a pesar de que no hay perspectiva, por los planos sugeridos, el jefe de los vencedores está más al fondo que el prisionero. De cualquier manera, es de gran efecto y sugerencia el haber pintado la lanza apoyada inmediatamente atrás de la nariz aguileña del prisionero.

Al pie del prisionero herido, que reposa y abre la boca para respirar en su aparente profundo sueño, hay una cabeza mutilada de otro prisionero. Esta cabeza de fino perfil, está adornada con grandes hojas verdes que la envuelven y que le sirven de almohada.

Otra figura interesante es la de un prisionero, sentado a los pies del vencedor y en actitud suplicante. Habla con las manos, maravillosamente dibujadas, que se mueven para expresar sus sentimientos. El rostro de perfil con el ceño fruncido, el ojo azorado y el pelo en desorden, acentúa la expresión de súplica y angustia de este desnudo e inerme prisionero.

Cuando llegamos a Bonampak, fuimos recibidos por una grata sorpresa: a la entrada del claro donde debió de existir una gran plaza, está una estela rota; la parte inferior sigue en pie, mientras que la parte superior está caída de tal modo, que el personaje, el guerrero representado de perfil, quedó de cabeza.

La estela es de piedra caliza, casi blanca, y mide como dos y medio metros de ancho por cuatro de altura. El rostro del guerrero, de solemne expresión, de ojo diagonal y profunda e intensa mirada, está enmarcado con soberbio penacho y lujosa vestimenta. El elegante personaje sujeta con la mano derecha una lanza llena de adornos. La mano izquierda se apoya con delicadeza en su cintura. El fino y a la vez enérgico dibujo de



las manos, del rostro y de los adornos, hace de esta estela una de las más bellas obras del arte maya.

A pesar de que la piedra está rota, los relieves se hallan en perfecto estado de conservación.

La lápida esgrafiada que se encuentra en una terraza o plataforma, al mismo nivel que el templo de las pinturas, demuestra la madurez técnica y formal a que habían llegado los mayas, pues allí no hay ninguna señal de torpeza o primitivismo. Es una síntesis del dominio técnico y de la voluntad de forma de aquel pueblo.

La pureza lineal de las figuras, sentadas a la manera oriental; el dibujo de los rostros, dibujados de perfil; el bello movimiento de las manos, superan en gracia y fuerza expresiva a las mejores muestras del arte persa.

Otra estela rota que también se encuentra en esa misma plataforma, es otra maravilla. En el penacho de la figura (sacerdote o guerrero) hay una pequeña figurita masculina reclinada, con cabeza de zopilote. El penacho del personaje está enmarcado por glifos bellamente labrados. La contemplación de esta figurita, vale los esfuerzos del penoso viaje que hicimos a Bonampak. Es de una finura de estilo y de una gracia insuperables.

Vimos varios dinteles, pero los mejores son los tres que se encuentran en las puertas del templo de los frescos. Monolíticos y con los relieves en perfecto estado de conservación, representan escenas de captura y muerte de prisioneros.

El rítmico movimiento de las figuras y la clásica serenidad de la composición, no obstante que expresa motivos bélicos, los unen armoniosamente con las pinturas del interior del templo y con el friso de estuco en altorrelieve del exterior. Estos dinteles conservan huellas de que originalmente fueron policromados. En los huecos de los bajorrelieves se puede ver un tinte rojo, casi imperceptible.

Los restos de altorrelieves en los frisos de algunos templos; los bellos dinteles y estelas; los frescos del interior y exterior de los edificios y la grandiosidad de la arquitectura, nos hacen pensar con nostalgia en la armónica unidad a que llegaron las artes plásticas en el Viejo Imperio Maya.







## Testimonios gráficos del viaje a la Selva Lacandona

*Graphical Testimonies of the Trip  
to the Lacandon Jungle*

Como parte de la lucha emprendida por Carlos Frey en la ciudad de México, en la cual contó con el apoyo de amigos y destacados artistas e intelectuales -entre ellos Diego Rivera-, el director del Instituto Nacional de Bellas Artes, Carlos Chávez decidió apoyar la expedición mexicana a Bonampak. Fernando Gamboa, jefe del Departamento de Artes Plásticas y Director del Museo Nacional de Artes Plásticas, fue el encargado de organizarla. En sus oficinas tuvieron lugar las reuniones previas al viaje.

*As part of the struggle undertaken by Carlos Frey in Mexico City, which was supported by friends and out-standing artists and intellectuals -among them Diego Rivera-, the director of the National Institute of Fine Arts, Carlos Chavez decided to support the Mexican expedition to Bonampak. Fernando Gamboa, head of the Department of Plastic Arts and Director of the National Museum of Plastic Arts, was responsible for the organization. In was in his offices that the meetings before the trip took place.*



Andrés Sánchez Flores, Raúl Anguiano, Fernando Gamboa, Manuel Álvarez Bravo, Julio Prieto, Alberto T. Arai, José Puig y Luis Lara Pardo





Carlos Margáin, Luis Lara Pardo, Julio Prieto, Manuel Álvarez Bravo,  
José Puig, Fernando Gamboa, Andrés Sánchez Flores y Alberto T. Arai

Los expedicionarios, en Palacio de  
Gobierno de Chiapas,  
antes de partir a la Selva Lacandona.  
De izquierda a derecha, Alberto T. Arai,  
Jorge Olvera, Manuel Álvarez Bravo,  
Andrés Sánchez Flores, Luis Lara Pardo,  
el gobernador Francisco Grajales,  
Fernando Gamboa, Julio Prieto, Carlos Margáin,  
José Puig y Raúl Anguiano.

*The members of the expedition, in Palace o  
Government of Chiapas,  
before leaving for the Lacandon Jungle.  
From left to right, Alberto T. Arai,  
Jorge Olvera, Manuel Álvarez Bravo,  
Andrés Sánchez Flores, Luis Lara Pardo,  
the governor Francisco Grajales,  
Fernando Gamboa, Julio Prieto, Carlos Margáin,  
José Puig and Raúl Anguiano.*





Frente al avión Avro en Tuxtla Gutiérrez, Raúl Anguiano, el piloto José Urquidí, Jorge Olvera, los militares encargados de las transmisiones de radio, encabezados por el cabo Fernando Solís Albores, Andrés Sánchez Flores y Fernando Gamboa.

*In front of the Avro plane in Tuxtla Gutierrez, Raúl Anguiano, the pilot José Urquidí, Jorge Olvera, the military men in charge of the radio transmissions, headed by the first officer Fernando Solís Albores, Andrés Sánchez Flores and Fernando Gamboa.*







A la izquierda, Andrés Sánchez Flores, Carlos Frey, Kin Obregón, Arturo Sotomayor, Ná-Kin y Jorge Olvera. De espaldas, Carmita, esposa de Obregón.

*On the left, Andrés Sánchez Flores, Carlos Frey, Kin Obregón, Arturo Sotomayor, Ná-Kin and Jorge Olvera. Of backs, Carmita, wife of Obregón.*

Abajo, Carlos Margáin, Julio Prieto, Fernando Gamboa, el piloto Hernán Ruiz, José Puig, Luis Lara Pardo, Julio Prieto y Andrés Sánchez Flores.

*Below, Carlos Margáin, Julio Prieto, Fernando Gamboa, the pilot Hernán Ruiz, José Puig, Luis Lara Pardo, Julio Prieto and Andrés Sánchez Flores.*



Carlos Frey encabeza a los exploradores  
a la entrada del templo de los murales en  
Bonampak.

*Carlos Frey leads the explorers to the entrance  
of the temple of the murals in Bonampak.*



Jorge Olvera y Raúl Anguiano  
en el río Lacanjá.

*Jorge Olvera and Raúl Anguiano  
in the Lacanjá River.*





Lázaro Franco Gómez,  
marcha al final, sobre un  
tronco, en el río Lacanja

Arriba, los expedicionarios en la selva.  
Abajo, Carlos Frey, Manuel Álvarez Bravo,  
Carlos Margáin y Jorge Olvera, acompaña-  
dos por el lacandón Kayóm Carranza.

*Lázaro Franco Gómez, walks  
last, on a trunk, in the  
Lacanjá River.*

*Above, the members of the expedition in the  
jungle. Below, Carlos Frey, Manuel Álvarez  
Bravo, Carlos Margáin and Jorge Olvera, ac-  
companied by the Lacandon Kayóm Carranza.*





Jorge Gamboa, sobre la pista del campo aéreo de El Cedro.

*Jorge Gamboa, on the track of the airfield of The Cedro*

Carlos Frey, rescata a una mula sobre el río Lacanjá, auxiliado por un chiclero.

*Carlos Frey, rescues a mule on the Lacanjá River, aided by a chiclero.*



Carmita Chan Bor, acaricia el mentón de José Puig.

*Carmita Chan Bor, caresses José Puig's chin.*

Arriba, los aviones sobre la pista del campo chiclero. Abajo, el periodista Arturo Sotomayor, frente al templo de los murales.

*Above, the planes on the track of the chicle field. Below, the journalist Arturo Sotomayor in front of the temple of the murals.*



El grabador Franco Lázaro Gómez y Alberto T. Arai, miden un de las puertas del templo.

*The engraver Franco Lazaro Gomez and Alberto T. Arai, measure one of the doors of the temple.*

Arriba, el campamento en la selva. Abajo, el periodista Luis Lara Pardo, del periódico Excelsior, redacta sus crónicas del viaje. Con él, el lacandón Kayóm Carranza.

*Above, the camp in the jungle. Below, the journalist Luis Lara Pardo, of the newspaper Excelsior, writes his chronicles of the trip. With him, the Lacandon Kayóm Carranza.*





Carlos Frey y Carlos Margáin, acompañados por el lacandón José Pepe Chan Bor.

*Carlos Frey and Carlos Margáin accompanied by the Lacandon Jose Pepe Chan Bor.*

Arriba, derecha, el químico Andrés Sánchez Flores. Abajo, en El Cedro, Kin Obregón, Manuel Álvarez Bravo, Julio Prieto, José Puig, Kayom Carranza y Andrés Sánchez Flores.

*Above to the right, the chemist Andrés Sánchez Flores. Below, in The Cedro, Kin Obregón, Manuel Álvarez Bravo, Julio Prieto, José Puig, Kayóm Carranza and Andrés Sánchez Flores.*





En el campamento de El Cedro, Julio Prieto, Luis Morales y Carlos Margáin y algunas mujeres lacandonas.

*In the The Cedro's camp, Julio Prieto, Luis Morales and Carlos Margáin and some Lacandon women.*

Carlos Frey en el campamento de Bonampak.

*Carlos Frey in Bonampak's camp.*









Página anterior, Carlos Frey, Kin Obregón y su esposa Carmita,  
con Raúl Anguiano.

109

*Previous page, Carlos Frey, Kin Obregón and his wife Carmita,  
with Raúl Anguiano.*



El fotógrafo Manuel Álvarez Bravo frente  
al templo de los murales.

*The photographer Manuel Alvarez Bravo in front  
of the temple of the murals.*

Carlos Frey y Andrés Sánchez Flores  
navegan por el Lacanjá.

*Carlos Frey and Andrés Sánchez Flores  
sail along the Lacanjá.*







Página anterior, Carlos Frey y el grabador chiapaneco Franco Lázaro Gómez, quienes perecieron durante la expedición.

113

*Previous page, Carlos Frey and the Chiapaneco engraver Franco Lázaro Gómez, who died during the expedition.*



Carlos Margáin, describe a los periodistas Arturo Sotomayor y Luis Lara Pardo , el significado de las inscripciones de la estela 7 de las ruinas de Lacanja, que fue saqueada en los años 60s. Con ellos, el lacandón Francisco Pancho Villa Chan Bor.

*Carlos Margáin, describes to the journalists Arturo Sotomayor and Luis Lara Pardo, the meaning of the inscriptions of the stela 7 of Lacanja's ruins, which was plundered in the 60s. With them, the Lacandon Francisco Pancho Villa Chan Bor.*

Carlos Margáin y Julio Prieto contemplan los templos de Bonampak.

*Carlos Margain and Julio Prieto contemplate Bonampak's temples.*





Jorge Olvera da instrucciones a los radioperadores de la expedición.

*Jorge Olvera gives instructions to the radio operators of the expedition.*

Alberto T. Arai, acompañado por una joven lacandona.

*Alberto T. Arai accompanied by a young Lacandon woman.*





Arturo Sotomayor, José Puig, Kin Obregón, Carlos Frey, Andrés Sánchez Flores y otros miembros de la expedición, en el campamento de El Cedro.

*Arturo Sotomayor, José Puig, Kin Obregón, Carlos Frey, Andrés Sánchez Flores and other members of the expedition, at The Cedro's camp.*

Margarita Ná-Kin y un joven lacandón, con Luis Lara Pardo.

*Margarita Ná-Kin and a young Lacandon, with Luis Lara Pardo.*



Manuel Álvarez Bravo desciende del avión en la ciudad de México.

*Manuel Álvarez Bravo descends from the plane in Mexico City.*

Arriba, el camarógrafo de EMA, Luis Morales es recibido por su madre, doña Refugio, a su llegada al aeropuerto. Abajo, Fernando Gamboa expresa sus comentarios ante los periodistas.

*Above, the cameraman of EMA, Luis Morales is greeted by his mother, Refugio, at his arrival to the airport. Below, Fernando Gamboa comments to the journalists.*



Anguiano, siguiendo su costumbre de documentar en lo posible todas sus experiencias, hizo una fotografía y ligeros apuntes de lo que posteriormente se convertiría en su obra icónica, y de la cual realizó 2 versiones: la original, se halla en el Banco de México, que muestra la exuberancia de sus bosques y otra, en el Museo de Arte Moderno que pintó en 1963 y presenta una selva devastada por la deforestación.

*Anguiano, following his habit of documenting in possible all his experiences, took a picture and light notes of what later would turn into his iconic work, and of which he made 2 versions: the original one, located in the Bank of Mexico, which shows the exuberance of the forests and another one, located in the Museum of Modern Art that he made in 1963 and shows a jungle devastated by deforestation.*



**Así nació *La espina*, una de sus obras maestras**

*This is the way *The Thorn* was born, one of his masterpieces*



## La espina *The Thorn*

Arriba, la primera versión del cuadro más representativo de Raúl Anguiano. A la derecha, detalle del segundo cuadro que pintó.

*Above, the first version of the Raúl Anguiano's most representative painting. To the right, detail of the second painting that he made.*







Brigita Anguiano y Kin Obregón, en su casa de Lacanjá-Chansayab.

*Brigita Anguiano and Kin Obregón, in their house in Lacanjá-Chansayab.*

Retrato de Margarita Ná-Kin de perfil.  
Óleo sobre tela. Colección particular.

*Portrait of Margarita Ná-Kin's profile.  
Oil on canvas. Private collection.*







Raúl Anguiano pinta en Los Ángeles College, de California, el mural referente a Bonampak.

*Raúl Anguiano paints in Los Angeles College, California, regarding the mural of Bonampak.*





Arriba, con Kin Obregón y su esposa Carmita, Hugo Patiño, Carlos Frey Solís, Brigita Anguiano, Norma Inés Rivera y Glenda Hecksher. A la derecha, detalle del mural *Alumbramiento en la selva*. Óleo sobre tela. Colección particular.

*Above, with Kin Obregón and his wife Carmita, Hugo Patiño, Carlos Frey Solís, Brigita Anguiano, Norma Inés Rivera and Glenda Hecksher. To the right, detail of the mural *Birth in the Jungle*. Oil on canvas. Private collection.*







Brigita Anguiano, con Carmita Chan Nabor, su hija Victoria Chan Bor, Carlos Frey Solís y Glenda Hecksher.

*Brigita Anguiano, with Carmita Chan Nabor, her daughter Victoria Chan Bor, Carlos Frey Solís and Glenda Hecksher.*



Carmita. Óleo sobre tela.  
Colección particular.

*Carmita. Oil on canvas.  
Private collection.*



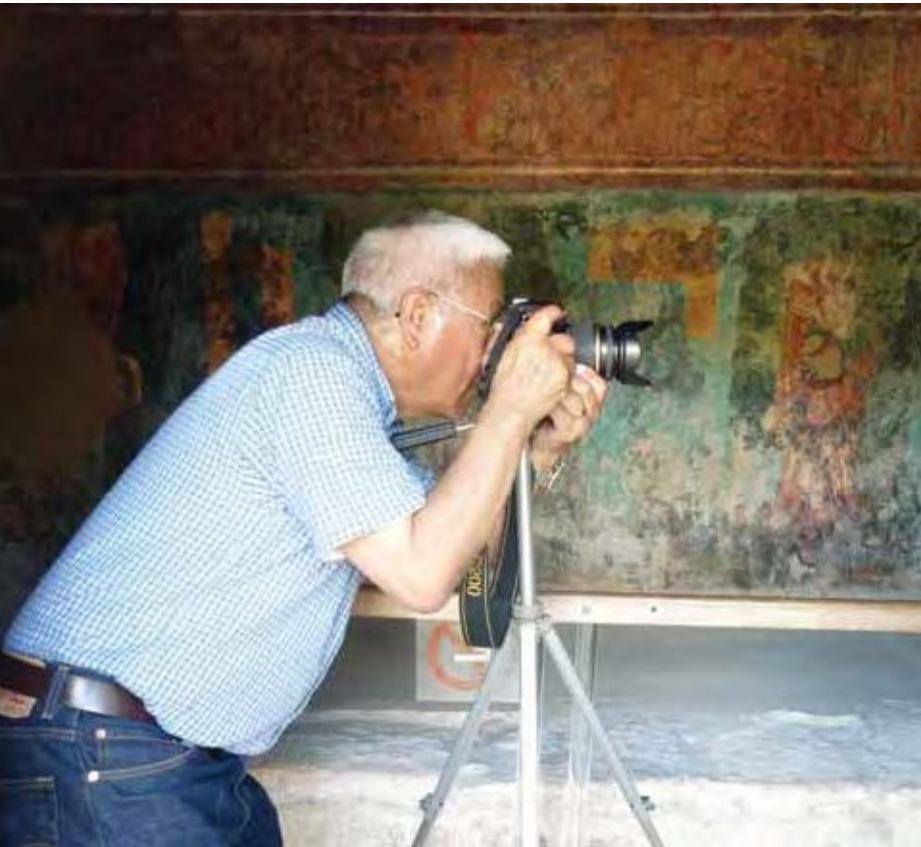


Arriba, Brigita Anguiano y Daniel Chan Kin, nieto de José Pepe Chan Bor, guía de turistas en Bonampak. A la derecha detalle del retrato de Margarita Ná-Kin. Abajo, detalle de lacandona secándose al fuego. Óleo sobre tela, colección particular.

*Above, Brigita Anguiano and Daniel Chan Kin, grandson of Jose Pepe Chan Bor, tourist guide in Bonampak. To the right detail of Margarita Ná-Kin's portrait. Below, detail of Lacandon woman drying off in the fire. Oil on canvas, private collection.*







Antonio Caballero fotografía los murales de Bonampak.

*Antonio Caballero photographs Bonampak's murals.*

Arriba, el templo de los murales. Abajo, Brigita Anguiano en uno de los cuartos que albergan las pinturas mayas.

*Above, the temple of the murals. Below, Brigita Anguiano in one of the rooms that shelter the Mayan paintings.*







Arriba, la Gran Plaza de Bonampak. Abajo, imagen de la selva, desde lo alto del templo.

*Above, Bonampak's Great Plaza. Below, image of the jungle, from the top of the temple.*

El Matapalo. Óleo sobre tela.  
Colección particular.

*The Matapalo. Oil on canvas.  
Private collection.*





A la izquierda, arriba, Carlos Frey Solís y Elías Chan Bor Yuc. En medio, Hugo Patiño y Glenda Hecksher. Abajo, Norma Inés Rivera.

*Left side, above, Carlos Frey Solís and Elías Chan Bor Yuc. In the middle, Hugo Patiño and Glenda Hecksher. Below, Norma Inés Rivera.*



A la derecha, arriba, Alberto Carbot, en la sala de los murales. Enmedio, Carlos Frey Solís, fotografiado por Antonio Caballero. Abajo, Alberto Carbot y Brigita Anguiano, sobre la antigua pista de aterrizaje de Bonampak.

*Right side, above Alberto Carbot, in the room of the murals. In the middle, Carlos Frey Solís photographed by Antonio Caballero. Below, Alberto Carbot and Brigita Anguiano, on Bonampak's landing strip.*







Arriba a la izquierda, Alberto Carbot y Alejandro Tovalín Ahumada. En medio, Glenda Hecksher ante los murales y abajo Alberto Carbot y Carlos Frey Solís, con la brújula Taylor de muñeca, del descubridor de Bonampak.

*Above, left side, Alberto Carbot and Alejandro Tovalín Ahumada. In the middle, Glenda Hecksher before the murals and below Alberto Carbot and Carlos Frey Solís, with the Taylor wrist compass, of the discoverer of Bonampak.*

Último día de estancia en Bonampak. Glenda Hecksher, Hugo Patiño, Carlos Frey Solís, Alberto Carbot, Brigita Anguiano, Norma Inés Rivera y Antonio Caballero.

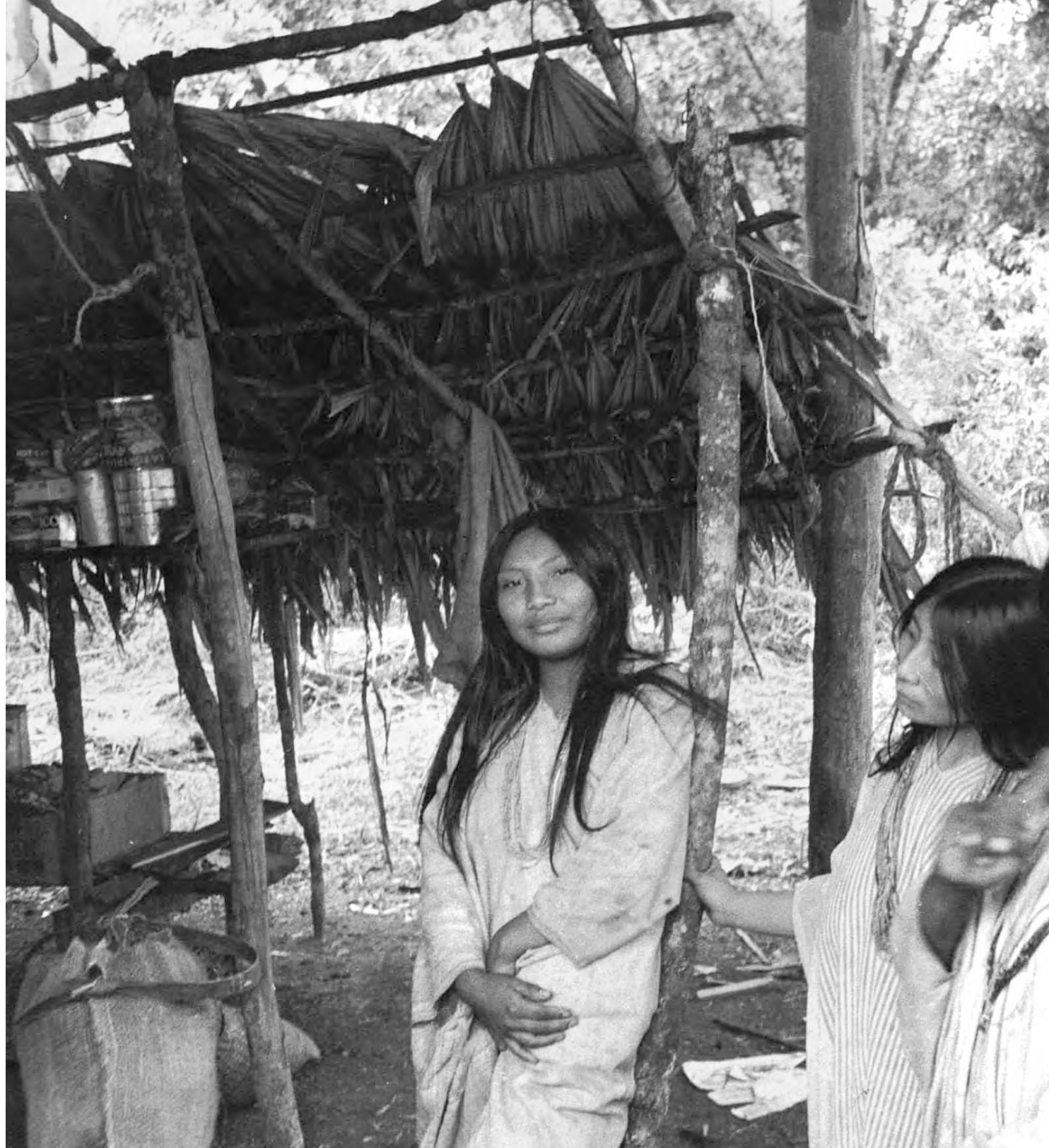
*Last day in Bonampak. Glenda Hecksher, Hugo Patiño, Carlos Frey Solís, Alberto Carbot, Brigita Anguiano, Norma Inés Rivera and Antonio Caballero.*

## Margarita Ná-Kin, la bella lacandona de la selva

*Margarita Ná-Kin, the  
Beautiful Lacandon  
of the Jungle*

Ná-Kin o Margarita, la tan conocida lacandona, modelo de buena parte de la obra del pintor, quien -se enteró años después-, había emigrado hacia territorio guatemalteco. Ella fue amante de Carlos Frey y su vínculo singular con el resto de la tribu.

*Ná-Kin or Margarita, the famous Lacandon, model of good part of the work of the painter, who -he found out several years later-, emigrated to Guatemalan territory. She was the lover of Carlos Frey and his unique bond with the rest of the tribe.*





Ná-Kin, recostada  
en la hamaca de la  
champa de su hermano  
Kin Obregón.

*Ná-Kin leaned on the  
hammock of the champa of  
his brother Kin Obregón.*



Kin Obregón, su  
esposa Carmita y su  
hermana Ná-Kin.

*Kin Obregón,  
his wife Carmita and  
his sister Ná-Kin.*







Margarita, ante una Ceiba,  
posa para Raúl Anguiano.

*Margarita, before a Ceiba,  
poses for Raúl Anguiano.*

La inolvidable sonrisa de Ná-Kin.

*Ná-Kin's unforgettable smile.*

**Journal of an Expedition  
to Bonampak.**  
*Memoirs of an Expedition  
to the Lacandona Jungle. 1949*

---

**Raúl Anguiano**



## Roberto Domínguez Castellanos: The Deep Chiapanecan Roots of Anguiano

The University of Sciences and Arts of Chiapas (UNICACH) presents to the general society a special commemorative collection due to the celebration of the thirtieth anniversary of the Institute of Sciences and Arts of Chiapas, by the decree announced by the late Governor of the State of Chiapas, Don Juan Sabines Gutierrez, in August 1981, it received the status of institution of higher education.

The editorial line is supported by the importance of publishing undated editions or reeditions of work belonging to renowned writers, artists, poets, and researchers of Chiapas and Mexico, for the nature of their productions focusing on the well-being of science and arts.

In this opportunity, it is an honor for the University of Sciences and Arts of Chiapas to participate in the publication of the magnificent work *Journal of an expedition to Bonampak. Memoirs of an expedition to the Lacandona Jungle, 1949*, written by the master Raul Anguiano, a man from Jalisco with deep roots in Chiapas, prodigious plastic artist, narrator with a polished prose and a great creative capability; an exhaustive and thorough man, with a remarkable memory of what he observed and a splendid ability to capture up to the smallest detail of the landscapes he discovered on his surroundings.

He proves the latter with his detailed narrative *Journal of an expedition to Bonampak*, published for the first time in 1959 sponsored by the Institute of Aesthetic Investigations of the National Autonomous University of Mexico-UNAM, which presents a thorough and beautiful written narration of that legendary trip to the heart of Bonampak, after the discovery made by the American Carlos Frey, Archeologist by nature, of the majestic Maya's vestiges whose murals are the pride of the prehipanic civilization.

From that experience *La Espina* was born, the most meaningful work of the master Anguiano, about his trip to the Lacandona jungle, until today the most emblematic work recognized worldwide for its beauty, color and masterful simplicity in his strokes. In the opinion of the critics, they affirm that Anguiano portrayed like no other the mys-

tery and the strange beauty of the Lacandona woman, and the mystical strength and aesthetic of the Lacandon man.

The importance of the expedition sponsored by the National Institute of Fine Arts-INBA, the first done by mexicans in which Raul Anguiano was part, is not only based on the scientific and aesthetic goals obtained but it gives particular importance to the true challenge taken by a group of brave and visionary characters like Fernando Gamboa, Julio Prieto, Carlos Margáin, Luis Morales, Pedro Alvarado, Alberto T. Arai, Andres Sanchez, Jose Puig Guri, Manuel Alvarez Bravo, Luis Lara Pardo, Arturo Soto Mayor, Andres Sanchez Flores, Jorge Olvera, Franco Lazaro Gomez, and Carlos Frey, the most enthusiastic promoter of the expedition.

The publication of this piece, also translated in English, shows the tenacity of Brigita Liepens, loyal partner of Raul Anguiano, to preserve for the future generations of Mexico and the world he memoir of this important episode in the contemporary history, also showing a modern vision, a retelling of the mythic place, that is a result of a recent visit done this time by Brigita herself, the journalist Alberto Carbot, Carlos Frey son, the photojournalist Antonio Caballero and other characters with similars interests to those that motivated the first explorers.

This master piece is enriched with recent images by Caballero, quotes by Alberto Carbot and sketches, pictures and drawings, mostly unedited, by Anguiano himself, put together during the 1959 expedition, recently found by his wife, an extraordinary promoter of his legacy.

The material incorporated to this master piece gives a new view of what is Bonampak today, and relives the nostalgia of the journey of that group of pioneers.

Without a doubt, Raul Anguiano opened a new door, by starting with what was learned from the Lacandones, other ethnic groups of Chiapas and Southeast of Mexico will be studied, those that make up this great Nation in which we live in.

For the University of Sciences and Arts of Chiapas this represents an honor to sponsor the publication of the *Journal of an expedition to Bonampak, 1949*, which will offer the new generations a better knowledge of our past, foundation of one of the strengths of Mexico, and pride of the legacy of our predecessors.

*For the Culture of my Race*

**Roberto Dominguez Castellanos**  
Dean of UNICAH



*Mango 3-1949*



## Brigita Anguiano: Returning to Bonampak

The first time I encountered Raul Anguiano was twenty years after the first historic expedition to Bonampak, organized by the National Institute of Fine Arts, INBA, in 1949, in which he was part, as the person in charge of making the graphic memoirs of the expedition, the mayas, lacandonas, and their habitat.

Beside his work, Anguiano made a detailed diary of each experience and moment lived by the members of the expedition. The diary was published by the National Autonomous University of Mexico-UNAM in 1959, and it has been considered as the most authentic description of the events, even tragic, as the death of two of its members: Carlos Frey and Franco Lazaro Gomez, who lost their lives in the Lacanja River.

The experience of the everyday living with the maya culture and their descendents left such an impression in Anguiano, that beside of his comission, he also documented many ideas and drawings in small notebooks and also took many pictures.

From this material, upon his arrival to his studio in Mexico City he made master pieces among which *La Espina* is widely known.

The topic of the life of the lacandonas occupied a long period in his artistic life. Inclusive they remained represented in four murals that it painted in the last years of his existence.

Throughout my relationship with Anguiano, there were many thoughts and coincidences to share.

For him, May third, meant the tragic death of his two partners of the expedition, and for me the most beautiful experience: the birth of Lynda, my daughter. From that point on, that day made me start feeling as part of Bonampak.

Although sixty two years had to go by from the beginning of the expedition and five of the death of Anguiano, to have other coincidences, to fullfil a dream that was never possible while Anguino was alive. They are paradox of destiny.

In 2011, I got my hands on fragments of the movie filmed by Luis Morales, cameraman of the expedition. The idea of Alberto Carbot, a great Chiapaneco interested in making a retelling of the experiences of the lancandonas and their impressions who are still alive after sixty two

years of the expedition, also excited me. After that I met Carlos Frey Solis, son of the person who discovered Bonampak, and the widow, who were painted in so many occasions in his notebook.

Finally, an interesting proposal that would take me close to Bonampak.

However, there was one last and decisive coincidence. I found the latter in the interest that had been recently risen by various universities, museums and cultural centers in California, United States, for the marvellous Maya Culture and its people, that has been a bit forgotten.

My trip to Bonampak would become a reality. I would meet Carmita personally, one of the models who posed for the master, for one of the most famous oils of a Lacandona, acquired by the National Museum of Beijing, which was apparently destroyed by the Cultural Revolution. She is more than ninety years old. When I gave her a picture of the painting, she received it lovingly.

I also met the legendary Kin Obregon, a man that is more than 100 years old, and the rest of his family, who were very warm and expressive during our visit.

The reediting of the Memoirs of an Expedition to the Lacandona Jungle, was made possible thanks to the invaluable support of the University of Sciences and Arts of Chiapas, and its dean Roberto Dominguez Castellanos, a warm and receptive man, who is interested in preserving the cultural legacy of his community and maintaining it alive for the future generations of university students of Mexico and abroad.

I consider that this trip represents, a wish come true, and at the same time, homage to the memory of those explorers that risked their lives in the search of their historic past. I only regret that Anguiano could not be here by my side.

**Brigita Anguiano**





## Alberto Carbot: Anguiano's Bonampak

As Interjet's plane takes off and in a matter of seconds soars over Mexico City, with destination to Tuxla Gutiérrez, Chiapas -the same way that 62 years ago a group of expeditioners did under similar circumstances-, I glance at Brigita Anguiano.

I sense her cheerful, but restless, anxious to arrive and undertake almost immediately the journey to Bonampak, the Sistine Chapel of America, as it was once called by the Chiapanecan poet Enoch Cancino Casahonda.

On board of the modern Airbus A320, on flight number 2609, travel besides us sculptress Glenda Hecksher, producer Hugo Patiño, photojournalist Antonio Caballero and journalist Norma Inés Rivera. In Tuxla Gutiérrez, we will be joined by Carlos Frey son, and Rafael Robles the driver of the vehicle in which we will travel for the space of one week.

It is an adventure that takes place today, after past, countless lively conversations with Raúl Anguiano at first, and then with Brigita, after the death of who in addition of being a master of the brush, in an almost innate way also showed an exceptional mastery of the chronicle.

His exact retelling of the painful itinerary that took place with Carlos Fret and other outstanding Mexicans in 1949 was astounding and became the source of inspiration for his work. Many of them derive from that experience, specially his iconic work *La Espina*.

Reading *Memoirs of an Expedition to Bonampak. Diary of a journey, 1949*, about that tragic adventure to the heart of the jungle, finally convinced me that the timing was ideal. Today, with more travel facilities, paved roads, security and greater logistical support for those who-even for a few hours, by air or land-, wish to immerse themselves into those millenary cities, the idea of venturing into this new experience is irresistible.

Nevertheless, we still suffer the sorrow with which fate or misfortune tarnished this first expeditionary Mexican crusade, May 3rd 1949, when, during an eventful journey across the Lacanjá River the lives of Carlos Frey, and the young Chiapaneco artist Franco Lázaro Gómez were lost. They travelled with cameraman Luis Morales, who survived the tragedy in Bonampak, the place were once the most priced aesthetic manifestations of humanity -as accurately reviewed by Anguiano-, shook hands as equals.

This chapter was registered accurately and with deep emotion, in his narration.

During our journey to the Maya sanctuary, on an intermittent way I read it aloud, with the generous and manifest interest of the group.

### The Memory of Carlos Frey

Upon arrival at Tuxla Gutiérrez, Roberto Castellanos Dominguez, dean of the University of Sciences and Arts of Chiapas (UNICACH) and Herminio Chanona, head of the State Council for Science and Technology of Chiapas (CECYTECH), made room in their work agenda to talk and join with solidarity, from each of their respective areas, the project of reliving the expedition to Bonampak based on Anguiano's story, in an already materialized edition on this pages, that privileges the text over the images and searches to motivate the imagination of the readers.

The personality of Carlos Frey, an American in love with Mexico, discoverer of the impressive Maya ruins, which harbor the spectacular murals, is fascinating and surrounded by a halo of mystery.

Ramon Valdiosera, in his book *Bonampak, a novelized real-life story*, describes him as "an investigator eager to acquire reputation as a discoverer and archeologist".

In my conversations with this famous international tailor, journalist and archaeology passionate, he states that, while he was leading his program *Mexico es así*, he had the opportunity to personally meet Frey in Donato Guerra's streets, in Mexico City and to help him announce his findings before INBA civil officials.

"He also let me know his concern for the plunder of the archaeological vestiges of the zone, that many foreigners were doing by air or land through the border with Guatemala", he says.

With photographic memory he recalls that it was in March, 1949 when he saw him for the first time, and he was impressed by his "Gary Cooperish" appearance. Frey had the look of a falcon and was smoking nervously. He was wearing jeans. He was thin, tall and gangly: of a straight nose, brown skin and blond rather unkempt hair that matched his worn jacket, and a shirt that had gone shiny from the use.

"It was around 5 o'clock in the evening when I saw him arrive, without knowing who he was, without perceiving that this man was going to unleash a whole universe of emotions around me, in the field where he was going to be on, in the whole country -and the most incredible thing-, in the whole world", he outlined then.

Dwayne Shreve, author of *The Discovery of the Lost City, Carlos Frey's*

*History in Mexico*, describes him as an American dreamer from Chicago, Illinois, who loved our country and decided to establish himself here. "Different evidences suggest that he was the first one in finding and reporting the existence of Bonampak's ruins. However, he was not the one who saw the now famous mural paintings for the first time, so the credit of the finding was given to someone else. What today looks like a storm in a glass of water, at the time, that is to say, between 1946 and 1949, was great news", he explains.

The description that Anguiano provides, allows the forging of an idea of his nature:

*Frey's clothes are dirty and torn, and he is unshaven; long and thin, he looks like a wooden Christ. He is happy in the jungle among the Lacandon people. He has been working ceaselessly since several days before we arrived, to facilitate our moving and transportation; he goes and comes from Bonampak to El Cedro solving the tremendous problems represented by the enormous expedition and the tons of cargo that have been necessary to transport.*

His adventurous spirit and interest in discovering the great mysteries that still gravitate around the Maya civilization, led him to immerse himself in the most impregnable of the Lacandon Jungle to become a sort of Indiana Jones of the first half of the last century.

In many opportunities during the expedition, Carlos Frey gave proof of his resilience and skill. Anguiano writes:

*One mule falls when it jumps over a fallen trunk near the riverbank, and almost breaks its legs; it is trapped in the water with its heavy load, between the tree trunk and some rocks. Carlos Frey takes off his clothes, and he and the mule driver unload the mule so that it can get out of the water. Frey, with the water up to his neck, uses a rope to pull on the mule, which is in water up to its flanks. The mule balks and tries to drag Frey toward the waterfall, but he holds firm and is able to control it, forcing it out through the shallow water.*

Self taught archaeologist, it was his great instinct and intuition that led him to the discovery of the marvelous traces he disputed to the documentarian sponsored by the United Fruit Company, Giles Greville Heakey, and that today are the object of interest of visitors and experts from all over the world.

His son Carlos Frey Solís, member of the group, seems shocked for the opportunity of recreating the trip his father organized, in which the first expedition was made by an interdisciplinary Mexican group and in which he perished.

With nostalgia he recalls that the exhumation of the remains of the ex-



plorer tool play on May 2nd, 1989, and subsequently part of his ashes were scattered over the jungle of Bonampak.

"If he had not died in the Lacanjá, he would certainly be happy to join us, even though he survived a very different situation from the one we experience today, because of the precarious supply conditions and the lack of communication road of the time.

"The transition towards Bonampak was made through gaps made with machetes, among vines, fir and very rough weeds. Sometimes they were able to use light aircrafts that landed on improvised landing strips, such as the one from El Cedro, a chicle latex collectors camp, but the journey on foot could take several days" he assures.

We are captivated by the colorful narrations about his father, his skillfulness and passion to describe them and the anecdotes that Brigita followed closely; interweaving the passages that Raúl Anguiano detailed her in their intimacy, about his experience in Bonampak.

The emotion overwhelms him to tears several times, as he considers that he would have liked to follow the steps of a man whose greatest attribute was his "strength to realize multiple incursion in the jungle, that allowed him to discover the area of Bonampak and other 11 Maya temples that are located in the nearby vicinity", in which he left record of his presence and that today are once again covered by the vegetation that strongly embraces its stone structures.

During the journey -and more meticulously during the talk that took place when we return in the UNICACH auditorium-, he describes with deep emotion his tough days of orphanage with his mother Caralampia Solís, indigenous Tzeltal, with whom the explorer married in July, 1945, and his little brother German, with whom Frey hardly lived with, because when he died he was only a few months old.

Republishing the book of Master Raúl Anguiano "is a very wise decision. He is universally known as a great plastic artist, but his role as a writer remains unknown. I had the opportunity of reading the original text published by the UNAM, in which he details facts that many ignore even now and which would have to be given better diffusion", he considers.

The experience of living and sharing the same fate, forged a deep friendship among all the group members and increased the admiration and respect for those men that in 1949, would leave to the same destination, to share the glory and tragedy of the expedition to Bonampak.

### The Lacandon Jungle Marked the Life of Anguiano

With Nostalgia, the prestigious Mexican sculptress Glenda Heckster, friend of the Anguiano family for many years, says that "the Lacandon jungle marked master Raúl, significantly, to such an extent, that he really assumed himself as a Chiapaneco and a Lacandon".

Then she referred to her close relationship with the remarkable painter, "based on common interest, which led us to share experiences and ideas, that lightened up my mind almost continuously for almost 2 decades", and she recalls that several years before he died, she used to pick him up at least once a week in order to make ceramic handicrafts in the workshop of a mutual friend.

Heckster says that it was a privilege for her to have coexisted with Anguiano "a man of many anecdotes.

"I learnt to know him very well. There were many the traits that shaped his personality, but what ruled it was his intelligence and will, the same which he took advantage of to give greater meaning to his vigorous life", she says.

The sculptress remembers as well that the artist always fed and renewed his ideals and lived with originality, as defined by Petrarca: *Originality consists not only in what we do, but also in how we do it and what we think while we do it.*

Some time ago, through a sculpture, she decided to pay homage to her beloved friend in which he is perceived with great vitality and force. She chose an epigraph of William Shakespeare, in his work Twelfth Night, which accurately illustrates the personality of Anguiano:

*His soul was bigger than the ocean, and his spirit stronger than the embrace of the sea.*

"The master- she says-, coined a word that defined him: *viejoven* (oldyoung) the youngest old man". And using a Lacandon metaphor, she points out that she always saw him as a Ceiba, the sacred Maya tree. So much so, that when the Anguiano Museum was inaugurated in Guadalajara, she sculpt him using this vigorous tree.

As she sips a cup of coffee at the modest restaurant of the Maya zone, where we have stopped on the way, she also says that visiting Bonampak was a longing postponed for many years.

"The visit has allowed me to personally address these Lacandon holders of beautiful features and I believe that all artists should visit places like this, to really understand and appreciate our roots, what we

are and where we come from", she says.

Of expressive blue eyes and blonde hair, from the hand of Hugo Patiño, she extracts from her notebook, the lines of a poem he wrote, dedicated to his memory.

*Majestic tree of almost a century of life...*

*Your roots fixed in a soil crowned with pyramids, nourished you with chocolate, chili and maize of five colors.*

*You watered of the eternal and mighty Mexican rivers of imagination, ingenuity and creativity.*

*Nailed in the exuberance of colossal heads and smiling sweet little faces the green Lacandon intoxicated you and the Maya constellations illuminated you; nevertheless, you also received breezes and universal shades.*

*Strong trunk, support of generations, where vital sap fluttered... dynamic energy of youth, talent and friendship.*

*Your bark: feminine element, always present, always important... covered with the love and the passion of the Baltic Sea.*

*Immense tree, leafy tree, every branch: a worry...*

*Every leaf: a creative thought...*

*You were flooded by rains of curiosity, eroticism, intelligence and social worry.*

*In you, they nested quetzals, royal turkeys and hummingbirds.*

*You were covered by a dome of bluish ether that, radiated by the Sun, you revealed the mysteries of the color and made the rainbow yours.*

*What great shadow of yours, dear master.*

*With it you covered friends, disciples, and scholars.*

### **The Thorn in the Foot of the Elder María**

Journalist Norma Inés Rivera, also a member of the group, considers that Raúl Anguiano in addition of being an extraordinary artist was also a methodic man, which memory and talent perpetuated and invaluable testimony of the expedition.

"Thanks to his detailed and attractive story -she says-, it was possible to relive the experiences of those who 63 years ago participated in this adventure".

She seems favorably impressed because the chronicle -that begins on Sunday, April 17th of 1949-, was an exact logbook complemented by drawings and sketches that served as the base of the great exhibit he presented 2 years later in the Hall of Mexican Plastic Arts.

She finds significant the fact that during one of the exploratory walks, an incident, of apparently little notoriety for the other members of the expedition gave origin to *La Espina (The Thorn)* his most representative work, painted in 1951.

"In his text, the master recalls that as they were walking, the old woman María got a thorn on her foot, which is why she asked for his knife in order to take it out.

"Anguiano, following his habit of documenting as far as possible all his experiences, took a picture and some notes of what would later become his iconic work, and of which he made 2 versions: the original, which can be found in the Bank of Mexico, that shows the exuberance of the forests and another one, which can be found in the Museum of Modern Art which he painted in 1963 and that by suggestion of Fernando Gamboa, shows a forest devastated by deforestation, a fact that cause him great sorrow, that he made known and that lasted in his soul until the very day of his death.

Anguiano writes:

*Around four in the afternoon, we decide to set out for Bonampak. Pedro the mule driver started out with the mules a while ago. Obregón tells us that we shall not arrive by daylight and he offers us his champa to stay and spend the night. There are new paths or picados now, and it is easy to get lost. Since we insist on leaving, Obregón tells Margarita and the elder María to guide us. We start off in a hurry, one behind another; forming a line on the narrow, uneven path. Once again we enter the jungle.*

*The elder María steps on a thorn; she asks me for my pocket knife and takes out the thorn with the tip. Although her foot is bleeding, she stands up and continues walking.*

*Since we do not have our flashlights, which are in the suitcases loaded on the mules, we hurry. Breathless, we go up and down slopes; our feet slip and are ensnared in the slender vines hidden underneath the dead leaves. We stumble at every step on tree trunks, branches and roots. The small women fall behind.*

Overpowered by the splendor of these places, explored by the expeditionaries in 1949, Rivera says that the material sketched by Anguiano during his trip to Bonampak "was so important and extensive, that it marked a new phase on his work and perhaps is the most representative of a work that was always characterized by its deep Mexicanity and specially his tenderness to the inhabitants of that region of the Chiapanecan jungle.



### The Most Significant Oil Painting of His Trip to Bonampak. The Mystery of Ná-Kin

“Everybody knows *The Thorn* more than me” said Raúl Anguiano jokingly as we chatted, many years ago in his studio in Mexico City. The painting is almost 4 square meters.

The young woman in the painting was not Ná-Kin or Margarita, the well-known Lacandon model of many of the painters work, who he learnt several years later-, had migrated to Guatemalan territory.

Ná-Kin was the lover of Carlos Frey and his unique bond with the rest of the tribe.

About what had happened with the young Lacandon woman, sister of the famous Kin Obregón, the 103-year-old who still lives there, in Lacanjá Chansayab, taken care of by Carmita his wife, with whom we had the opportunity to live with, several legends were woven.

One of them was that she had moved “because she liked men a lot”, as some Lacandon had mistakenly told Anguiano, when he inquired about her whereabouts. The most ridiculous story was that, after giving birth to a son of Frey, after he had died, she had committed suicide.

This concern about her whereabouts would be shared by me later with Aurelia Álvarez Urbajtel, daughter of the remarkable photographer Manuel Álvarez Bravo –out-standing member of the Mexican expedition-, a woman fascinated as well by the subject, and that like me, has incessantly inquired about her destination.

The most certain reports state that Ná-Kin immigrated to Guatemala, because of the abuse and irascible character of his brother. In fact, even after the severe ravages provoked 7 years ago by hurricane *Stan* in this country, she returned briefly to her place of origin and a few weeks later, accompanied by one of his sons, she went to Tenosique, Tabasco, were allegedly, the woman of about 79 years, resides today.

“The thorn, that embedded itself on old María’s foot, finally had the face of another Lacandon of the place. The woman could be perhaps young Ko, who that accompanied María that afternoon. I went with there with Jorge Olvera and the archeologist Carlos Margáin. I made some quick notes and we take some a documentary photograph. That’s where this painting was born”, Anguiano explained to me.

In a confidential manner, he said that the oriental feminine features, as well as the long straight hair, so present throughout his pictorial work, are memories of young *Chala*, a worker in Don José’s fabric, his

father, whom Anguiano used as a model on countless occasions during his beginnings. “This also explains my interest in the Lacandon in Chiapas,” he reiterated.

After what would be his second and last trip to Bonampak, in 1963, accompanied by his son Pablo and the painter Luis Nizhisawa, he could see the destroyed mountains from the plane on which they flew to Ocosingo. Since then I never saw the Chiapanecan jungle again”, he would tell me with consternation.

### Incredible Journey to the Past

Brigita, as did her husband, outlines a journal during the trip, that during the night we compare to Anguiano’s story, to relive the distant images registered 62 years before, and that during this occasion were recreated by the remarkable photographer Antonio Caballero, who with unique skills captured the current world of Bonampak’s Lacandon.

One of the most memorable moments of his career –he says to me-, was being in front of the murals “whose perfection shows the degree of progress of the Maya civilization, far more than any other European culture of the time and I understood why Bonampak is considered the Sistine Chapel of America.

“What technique did the Maya used so that the paintings could endure the test of time, the humidity, cold, heat, dust, but above all the thousands of tourists, that have visited the place for over 60 years?”, Caballero wonders.

“Being able to photograph the murals is an incredible journey to the past; a very different experience from other work trips I’ve made in my long years of professional work.

“From time to time I have relived the expeditionary quest and I imagined the work of the master Manuel Álvarez Bravo and his difficult circumstances to capture the frescoes, making use of the exiguous technical resources which Mexican photographers had then, in conditions of almost absolute darkness inside the rooms where the paintings are located.

“We arrived very comfortably, while they had to walk through the jungle, suffer hunger and fatigue, and camp in inhospitable places where they were exposed not only to the inclement weather, but also to the mosquitoes, the snakes, the jaguars and even the monkeys, that sometimes become aggressive”, he says.

Caballero points out that it was the tragic death of Carlos Frey and the Chiapanecan engraver which broke all the expectations of the

expedition, which was going to last one month, and that concluded a few days later on May 6th, 1949, and which would have probably made room for new discoveries, given the fact that there are still many parts covered by the undergrowth.

He describes Carlos Frey as an explorer and archaeologist at heart, who loved the Chiapanecan jungle from the first time he knew about it and also confesses his admiration for Brigita and her tenacious effort to have the memoirs of Anguiano republished and that the Maya culture that the master contributed to making known through his paintings reaches international levels

### A Jungle to Explore

On one side of the airfield, a few meters away from Bonampak's Great Plaza-where once a few planes with tourists landed, and which today is even used by helicopters coming from Tuxtla Gutiérrez, San Cristóbal or Villahermosa, Tabasco -because the normal place of arrival is in Palenque-, I perceive the fast walking pace of Brigita, who really excited, crosses the threshold of an ancient citadel, for almost a millennium remained sheltered by dense and impregnable vegetation.

Over the lands covered in green grass, where we walk across today, those Mexican explorers set up their precarious camps.

On this opportunity, under a blue sky distinctive of this region of Chiapas, as we hear the daily howling of the howler monkeys who swing freely through the trees, I also remember my recent encounter with Enrique Franco Torrijos, who in February on 1950, at the age of 17, together with other young people like him -a few months after the tragic event-, managed to emulate, not without contingencies, the trip of the expeditionaries.

And I identify myself as well in his story *Odyssey in Bonampak*, because like him, I also dreamt of having a jungle to explore when I was a little kid. But I'm even more touched by his description, when as they arrive to the hut of the Lacandon Carranza -9 months after the tragic journey of the expeditionaries-, he still had the opportunity to see Frey's dusty green trench coat, still hanging on a wooden post, waiting in vain the return of who used to be his owner.

But also, as I take Briguita's arm, I think about the somber vicissitudes faced by Fernando Gamboa, vice president of the INBA, engraver Julio Prieto, architect Carlos Margáin, cameraman Luis Morales -until

now the only survivor of the original group-, engineer Pedro Alvarado, architect Alberto T. Arai, chemist Andrés Sánchez, doctor José Puig Guri and the outstanding photographer Manuel Álvarez Bravo.

Likewise, I also ponder the contingencies that were avoided the journalists Luis Lara Pardo and Arturo Sotomayor, the master Andrés Sanchez Flores and the Chiapanecos Jorge Olvera, the director of the School of Tuxtla Gutiérrez's Plastic Arts -very present in the memory of his daughter Carmelita, with whom I have maintained a frank friendship-, and the engraver Franco Lázaro Gómez, headed by Carlos Frey, with whose son I have established a respectful and brotherly relationship.

I admit that Bonampak has been kept revitalized by the vehement work of Alejandro Tovalín Ahumada, the director of the Archaeological Project, of the National Institute of Anthropology (INAH) with whom I have personally spent several hours of informal learning.

During the tour, only mentioning his name has opened many doors for us, not only in this area, but also in Yaxchilán or Palenque, where the group has had the opportunity to stay.

Through the wood of the cottages, the chirping of the crickets and the night birds, the roar of the jaguars or the permanent howl of alert of the monkeys, has appeared as an unusual serenade to those who never had opportunity to know places like Bonampak, once virgins and that immediately after its discovery occupied the front pages of newspapers around world and awoke up the lust for adventure of many explorers.

### The Eternal Smile of Carmita

That data remains, as a friendly reminder, the eternal smile of Carmita Chan Nabor, one of the sisters of Kin Obregón, and who, together with Margarita Ná-Kin, competed for the attention of the explorers.

Today, of approximately 76 years-old, she is a woman that despite her difficulties getting up off the bed where she spends most of her time, she still has the spirits to straighten up with the help of her crutches and the arm of one of her daughters, to meet the wife of who masterfully sketched, painted and embodied in his paintings in Mexico City.

Like travelling back in time, as Brigita shows her and gives her as a present one of the pictures of the oil painting where she appears next to her sister positioned under the enormous shadow of a Ceiba, she smiles



again, excited, as if she was once again in front of those expeditionaries she met when she was just a very young Lacandon.

In spite of the fact that inexorably more than 60 years have gone by and she misses some dental pieces, Carmita still holds that childish and apparently imperishable happy smile, that during the talk sometimes turns into open laughter, that explode out of the sudden like fireworks.

Resident of San Javier, a town near Bonampak, she articulates many phrases in Spanish, even though she prefers setting the conversation comfortably in Maya-Lacandon, with the help of his daughter and granddaughters.

Expressive, she recalls the tragic day when they received, grieving, the death of Carlos Frey and Franco Lázaro Gómez *Lancha voltearse y los dos morir* ("Boat turn and the two die") she said. *Tu papá buena gente, gringo alto. Él casarse con mi hermana Margarita y regalarme un collar.* ("Your dad good people, American big. He marry my sister Margarita and give me necklace").

Then, after discovering herself in the pictures of a book, Carmita exclaims exhilarated:

*¡Ese es mío!* ("That is mine! It is me"). And afterwards, throughout the encounter she gives herself the time to correct. *No es Margarita. Ese es mío* ("Not Margarita. That is mine"). She repeats. However, when she turns the page over and discovers Margarita, she says:

*¡Ándale, ella Margarita!* ("That's right, she Margarita!") and she laughs again like before.

### A Horrifying Story

During 7 days in the jungle area, we had the opportunity to explore and assess -sheltered in the comforts that today provide the advance registered in more than half a century and the ecotouristic centers situated in Lacanjá Chansayab, in the proximity of Bonampak-, the courage of the Mexican explorers.

When I go through the notebook of the discoverer of Bonampak, rescued from among his belongings after passing away in the Lacanjá River and I admire his military *Taylor* wrist compass, with a leather strap, or I behold the carvings of Franco Lázaro Gómez and wake up the most emotional memories of Victoria, his only sister -the elderly one that resides in his natal Chiapa de Corzo, who has outlined me his days of infancy and youth next to the humble and brilliant artist-, I relive the horrifying tale of Anguiano on that unfortunate day:

*Carlos' body and bring it towards the surface. He holds the body by the shirt*

*and Olvera rows towards the edge where I am waiting. Carlos' body is floating face down almost submerged; only his head with his straw-colored hair is visible, and the taut shirt that hangs from José Pepe's hand. They reach the side where I am standing.*

*Olvera ties the rope from the canoe around the body. I shout to Obregón, who answers my call, and between the two of us we lift Carlos's body; dragging it over the steep muddy bank. On the mud and fallen leaves, Frey lies face down, with his back slightly arched. I do not want to see his face; this is an unpleasant and painful sight.*

*Olvera and José Pepe, accompanied this time by Arai, return in the canoe for Franco's body; they carry out the same operation and are able to get him out of the water. This time, Olvera pulls out Franco, who still has his bag attached to his wrist and his knife on his belt. They reach the edge, and Obregón and I pull out the body with the rope.*

*Our Lacandon friends cut palm leaves to hide the corpses, since we shall not be able to carry them to El Cedro until the mule drivers arrive with the mules.*

### A Rest for the Soul

On the way back to Mexico City, in the moments that I become engrossed, I evoke the anecdotes of the journey, and through the window distinguish the immensity of space and the vastness of the green areas that the airplane covers with great speed, I scrutinize Briguita's face again.

This time I perceive it serene, peaceful and also thoughtful. She squints her eyes and I do not make the slightest attempt to interrupt her thoughts. Certainly she might have been able to put and end to the underlying restlessness in her to visit Bonampak, the mythical place that she would have liked to visit hand in hand with whom was her companion for almost 40 years.

And then I remember the words of the young Enrique Franco Torrijos, at the end of his journey and that because of the depth of the sense would Carlos Frey surely make his, the Raúl Anguiano or any of those who took part in that unfortunate but exceptional Mexican expedition:

*Jungle of mine... you had the virtue of sheltering me and making my heart vibrate... I will keep everything deep inside, as an evergreen memory, as a picture for my mind, as a dream for my insomnia, as a rest for my soul.*

Alberto Carbot

# Journal of an Expedition

**Sunday, April 17, 1949**

The airplane's twin engines were revved up at 8:20 in the morning, and at 8:30 we took off from the Mexico City airport. I experienced an extraordinary sensation when I felt that I was ascending with great force and speed. This sensation was known to me, but in dreams.

It is pleasant to see and feel that such a heavy apparatus stays steady at a great height, dominating valleys, mountains, highways and rivers.

I saw the best scenery upon arriving in Oaxaca, when the airplane banked before landing: the earth looked like an immense wrinkled wall to me. Mountains, valleys, more mountains lying on an almost vertical and endless plane, above my head.

At 10:00 we landed in Oaxaca; I recognized its plazas with their laurel-trees, and the beautiful cathedral from the sky.

I felt a sharp pain in my ears while descending. I can hear almost nothing. We take off once again and then have a stopover in Ixtepec.

Once more I feel the pain in my ears while descending.

At 12:15 we arrived at Tuxtla Gutiérrez. I no longer felt any discomfort at all.

Here in Tuxtla it is bearably hot. We have a big lunch and in the afternoon we visit the archaeological museum, which has beautiful Maya and Olmec sculptures. We also visit the zoo. I sketch the animals and the landscape of large ceiba trees and fig trees that surround the zoo. This park is located outside the town.

A warm sunset among the fig trees. Hundreds of women from the town, dark and plain, accompanied by their children, watch the animals.

**Monday, April 18**

We should have left for Bonampak today, but the airplane meant to take us there has not arrived. We might leave tomorrow or the next day. The advantage of this is that we will be able to visit new places near Tuxtla.

This afternoon we went to Chiapa de Corzo, a more interesting town than Tuxtla Gutiérrez, with a marked colonial character.

The main point of interest in Chiapa de Corzo is its monumental



fountain from the 16th century, built entirely of pale red brick. According to an inscription on one of the fountain's arches, its shape was inspired by the imperial crown of the queen of Spain, Isabel, la Católica. It is an unusual and interesting architecture, with clear Moorish influence.

We visit the town's parish church, of severe and simple architecture. Great spans of the main altar are covered with solid silver, in repoussé work of great gusto, and of certain colonial origin. In the convent patio, we see a slender white heron that stretches incredibly until it seems to be more ophidian than fowl.

We walk the town's irregular streets with their houses painted ochre, blue, burnt sienna and emerald green. Groups of women rest complacently at the edges of the street, forming magnificent plastic compositions. We see the reel sun sink behind the distant and blue mountains, on the other side of the Mezcalapa River.

In the evening we drink the tasty beverage called *tascalate*.

It is as good to the taste as it is pleasant to the sight; because of its red or pink clay color it seems to have been pulled out of a Maya fresco. We are told it is prepared with ground corn tortillas, cacao, cinnamon, sugar and ground achiote seed which gives it such a pleasant color.

## Tuesday, April 19

This morning the single engine *Bellanca* aircraft arrived and will take us to Santa Clara, where a smaller airplane will pick us up to go to El Cedro. At this final location it has been necessary to improvise a landing strip so that we can get within a distance of six to seven hours by mule from Bonampak.

Julio Prieto and Fernando Gamboa flew out with some provisions, but had to return shortly to Tuxtla because the airplane, which cannot fly at very high altitudes, could not pass between the high mountain peaks, due to a curtain of smoke caused by fires in the mountains. Tomorrow flights will begin transporting groups of three travelers and part of the provisions on each trip.

Some of us took advantage of this free day to go by automobile to San Cristóbal de Las Casas. We left Tuxtla in hot weather and in less than two hours found ourselves in another climate and in the midst of a totally different setting. San Cristóbal de Las Casas is located at over two

thousand meters above sea level, and has a rather cold climate. It was necessary to wear coats when we arrived, after driving up interminable slopes through the mountains. At the high peaks we saw slashes of different colors: yellow ochre, burnt sienna, Vandyke brown. Vegetation of cedars and pines.

It is cold and rainy as we arrive to San Cristóbal. We are not able to admire the beautiful town as we would have wanted to. We take pictures from the car and I make some quick sketches of the Chamula, Indians different from those I have met before. They use hats of diverse shapes and names; black or white wool shirts, tied at the waist with leather strips.

Their shoes or sandals are of a pre-Hispanic style: they look like those worn by the personages carved on the Maya stelae. How can they walk with these sandals, with soles measuring six centimeters thick? Sandals with a kind of half reed, also thick and rigid, that covers their leg from the heel to mid-calf. They do not bend their feet when walking. I think they can walk like this only because of their athletic legs, whose muscles have been developed by climbing mountains. They are very interesting people with great sculptural strength. Some resemble Maya or Egyptian monoliths.

We bought some things in San Cristóbal. The shapes of the Indian hats attract our attention. Each region has its hats of a particular character, but in general they remind us of hats worn by the Chinese: they are very Oriental. The hats come from Zinacantán, Tenejapa and Huistán.

## Wednesday, April 20

Today there was a new attempt to transport some of the members of the expedition: they have gone to Santa Clara. Gamboa, Julio Prieto, the archaeologist Carlos Margáin and the cameraman from the *Noticiero Mexicano*. They have taken only personal items and their working equipment.

The pilot returned near midday and made no more flights due to the lack of visibility caused by the smoke from the fires in the San Cristóbal mountains. Some of the members of the expedition who expected to go on the second flight have had to return to the hotel and will go, apparently, tomorrow.

The pilot brought a message from Prieto urgently asking us for one

or two jugs of purified water. It seems that we will suffer from water shortages; this is serious given that the number of people on the expedition has been growing. Jorge Olvera, who will copy the frescoes, stated last night that he will need a helper; yesterday the cameraman from the news arrived; the radio station that we are managing to be provided by the garrison commander Colonel of the square, will be accompanied by two military operators; a cook is needed; and with the workers who will help us with the heavy work, all these people added to the expedition bring the total number of persons to nineteen. If there is no water; if as we know, there are only five mules for transporting people and cargo, we will have serious problems to solve. Anyway, those of us who are still here have spent the day waiting.

I swam in the hotel pool at seven in the morning, before breakfast; and then, after lunch, I took a sun bath and swam once more. One must do something to keep from getting bored. Manuel Álvarez Bravo, Dr. Puig, Sánchez Flores and I chat and tell stories. We will have to wait for tomorrow, when two or three flights will be made, if the smoke from the fires allows it.

### Thursday, April 21

The two military radio operators arrived today from Tapachula with the radio transmitter and receiver that we shall take to Bonampak.

Captain Del Pech, the pilot of the *Bellanca* craft, made two flights today. Early in the morning, Álvarez Bravo, Dr. Puig and Dr. Lara Pardo flew out, with their work equipment and a jug of water; they are also taking their canteens full.

The plan was for the second flight to take the radio station and the soldiers who operate it; Sánchez Flores would go with them. But when the pilot returned, close to eleven in the morning, he brought us a message from Gamboa urgently requesting food. So the second flight left loaded with the largest amount of provisions it could transport.

We expected the airplane would arrive at midday with Gamboa. It did not. What could have happened? Perhaps there was bad weather and it returned to Santa Clara. We will know tomorrow.

We spent the day making some purchases, including one of outstanding importance: an "anti-viperous elixir" made in Tabasco. We have been told it is the only one that counteracts the mortal effect of a bite from the

*nauyaca* snake. They have told us terrible things about this snake, which has been a topic of our conversation for the last days: they say it kills in a fulminating manner, like a bolt of lightning. But we were also told that the *elixir* is very efficient. We bought some bottles, just in case.

Tomorrow we will see who leaves for Bonampak and if our pilot returns, accompanied by Fernando Gamboa.

### Friday, April 22

Here we are still in Tuxtla: the architect Arai, Professor Sánchez Flores, Jorge Olvera and I. The airplane did not return from Santa Clara and we have not been able to learn the reason for this irregularity. It is a true nightmare, we are isolated from the expedition, which must be now in Bonampak, and we know they lack water. We do not know if they have received the provisions we sent on the second flight yesterday, which has been the last.

In the afternoon we went to the Dirección de Caminos ("Highway Department") and tried to communicate with Tenosique by radio, but it was impossible to establish the connection.

We have spoken with the engineer Alvarado Lang, a brother of our friend, the engraver, of the same surname. Alvarado has studied plaster fragments with pigments from the Bonampak frescoes; these pieces of plaster were given to him by Jorge Olvera when he returned from his first trip to the ruins.

Sánchez Flores, a technician in frescoes, agrees with Alvarado's opinion that having used petroleum on previous expeditions to clean the frescoes and make them visible is causing their destruction.

We are truly anxious to reach the ruins.

Time is going by and we might not be able to do our studies with the desired thoroughness. We can only hope.

### Saturday, April 23

At last our uncertainty has been dissipated: this morning I received Gamboa's telegram, sent from Tenosique. Due to the carelessness of the hotel's administration, the telegram was not delivered to me earlier; although



it arrived last night. Shortly after I had been given the telegram, Gamboa arrived; we were having breakfast when he appeared, smiling, since he beat us visiting Bonampak.

His delay was due to the fact that the *Bellanca* plane that made the first flights had an accident in Santa Clara and stayed there. Gamboa came in a small four-seat *Stinson* flown by Captain Antonio Neria of the SCOP Railway Department. This small and fragile single-engine red airplane is the one that has been making the flights from Santa Clara to El Cedro, picking people and cargo up.

Before noon there is an attempt to fly out Franco L. Gomez, Olvera's helper, and a few kilograms of cargo. We go to the airport, we send off Franco, who takes, instead of a canteen, a bule ("gourd") full of water. His father, an old Indian peasant, is thoughtful when he tells him good-bye.

The small plane takes off and we return to the hotel to enjoy the swimming pool. From the road, we see the *Stinson* circling, trying to penetrate the curtain of fog and smoke. It could not get through.

When we get out of the pool, the pilot is already here in the hotel; he eats lunch with us. Ever since Gamboa arrived, we have gone with him to make arrangements for the State government to lease a larger-capacity plane than the *Stinson* to replace the *Bellanca*, whose rear fuselage was destroyed upon landing in Santa Clara.

General Grajales aides inform us that we can lease a plane based in Tenosique, and that in two more flights more it will transport the remaining members of the expedition and the cargo that is still at the airport, as well as the two military radio operators with their equipment. The soldiers have already been waiting patiently here for two days; taking care of their transmitter at the Tuxtla airport.

Today one more member of the expedition arrived from Mexico City. He is Arturo Sotomayor; a journalist and editor from *Novedades*, who will also go to Bonampak.

Perhaps tomorrow we will leave for the Lacandon jungle and the legendary ruins.

Gamboa tells us something that is not very flattering: instead of riding a mule from El Cedro to Bonampak, we will have to walk, because there are not enough mules and there is still quite an amount of cargo to transport. He also informs us that because of that instead of the four hour trip we will have to walk for eight hours, it's fair to say that he has already made the trip there and back on foot, and that in spite of the hard and exhausting journey, he is happy to have seen the beautiful paintings and the millenary jungle.

Fernando also gives us good news: we will have water; the rivers and streams have plenty; and near the ruins -a half hour's hike away- we will be able to bathe in a clean and refreshing river.

## Sunday, April 24

We have not left Tuxtla Gutiérrez yet, because the airplane that should have come for us from Tenosique has not arrived. Several telegrams have been sent to the pilot and he has not replied. Perhaps because it is Sunday and he does not want to work.

We have realized that in addition to bad weather and poor visibility, pilots like to rest, and they always find reasons for not flying out from one point to another.

We have spoken with agents from a commercial aviation company, and it's possible that we might use their services if the airplane from Tenosique does not arrive early tomorrow.

Captain Neria flew out in his *Stinson mosquito* with Franco L. Gomez and the cargo that had been in the small plane since yesterday.

It's frustrating how slowly we are moving from Tuxtla to Santa Clara and from there to El Cedro. I hope we leave tomorrow. We have waited a week already in Tuxtla Gutiérrez, and the members of the expedition who left before us must be even more desperate with our failure to arrive. Those of us here are Arai, Olvera, Sánchez Flores, Sotomayor and I. Fernando Gamboa, as soon as the problem of our transportation is solved, will return to Mexico City.

The morning is spent between the hotel and the airport. In the afternoon, once again we visit the zoo, to meet the terrible *nauyaca*. Just as eight days ago, only the sign is on the cage: the snake is gone. We hope we do not have the opportunity to meet it in the jungle!

Here we see the rattlesnake, puma, ocelot, alligator, tapir, wild boar and other animals that live in the Lacandon jungle.

There is a park in front of the zoo. The Chiapanecos dance on a wooden platform to the music of the marimbas, and drink beer and soft drinks. We sit down to rest and wait for the red sunset underneath the immense amate trees.

This week Tuxtla has been celebrating the Feast of San Marcos, with its indispensable carousel, Ferris wheel, bingo games, food stands and

curios. In the evening there is a town dance in the wide plaza framed by the municipal building and the garden with its red flamboyant trees. Hundreds of people dance in the open air to the beat of the prodigious marimbas, instruments made of precious woods and richly decorated with inlays. There are *toritos*, fireworks.

### Monday, April 25

This morning we went to the airport, already equipped with our boots, sarakoff, backpacks, canteens, etcetera. We hoped to be able to fly in the *Cessna* aircraft hired to make two flights. We weighed the cargo that is still here, and we weighed ourselves. The cargo totals 885 kilograms, and the weight of the members of the expedition is 487 kilograms..

The twin-engine *Cessna* took off from Tuxtla with 659 kilograms of weight, including some cargo, the radio equipment and the two military operators. It gained altitude with great difficulty. It left at 11:25 in the morning, hoping to return for the rest of us, who will go on the second flight. The pilot is not familiar with the Santa Clara airfield: he is flying blind since he does not even have a good map of the region.

At two o'clock, the airplane came back with the cargo and the two soldiers: they did not find Santa Clara. In the thickness of the jungle it is extremely difficult to find a small landing strip; the indications given to the pilot were useless for him because there are many lagoons, rivers and streams similar to those near Santa Clara.

This has become unbelievable. When will we reach the end of our journey? Another pilot who is familiar with the area will guide the pilot of the already leased airplane.

Tomorrow at six in the morning we shall take off in two *Cessnas*. Could it be true? We have seen that after ten in the morning it is impossible to locate our destination because of the smoke, the clouds and the mist that forms in the atmosphere with the heat.

Today, San Marcos Feast Day is the culminating date of the carnival celebrated in honor of this saint in Tuxtla. In the evening, we eat next to the parish church, at a stand tended by beautiful Juchitec women.

The sky is filled with rockets and colored lights. Thousands and thousands of local people, and others from out of town, circulate through the plazas and gardens.

We drink soft drinks and hire a mariachi group from Jalisco to play the melodies we like the most. With evident happiness, we parade through the plazas flooded with people. The mariachi players follow us with their noisy and virile music. As we pass by, townspeople join the group and turn it into a true manifestation of popular rejoicing.

Tired, we return to our boring and comfortable hotel.

### Tuesday, April 26

We took off at 9:55 in the morning for Santa Clara. Today, there was no lack of airplanes, given that three are flying to the same destination. We boarded a twin-engine *Avro* flown by Captain José Urquidi, the best pilot of the region and one of the best in Mexico. In the *Avro* are Sotomayor, Arai, Olvera, Sánchez Flores, Corporal Fernando Soils Albores and I. We are taking the generator and some cargo. In a *Cessna* piloted by Hernán Ruiz, goes the other radio operator, Othón Gordillo, and the rest of the cargo that was still in Tuxtla. Captain Neria, in his *Stinson*, is taking an inspector from the Ministry of Communications, who is going to write a report on the *Bellanca* that had the accident in Santa Clara.

We carry a large white cat in a gunny sack -a gift sent by Fernando Gamboa for the Lacandon Carranza, and his wife. He insistently begged Gamboa to send him a *micho macho, grande* ("male cat, big").

Once up, we see the city of Tuxtla Gutiérrez below us, in the middle of an enormous valleys surrounded by mountains, which become increasingly higher as the circles of ridges around the town grow wider. Now I understand the difficulty of flying without good visibility. Snaking below is the San Cristóbal de Las Casas highway. We are going east.

We fly between the mountains; below us are the interminable ridges; quite a while ago we flew over San Cristóbal.

Now we begin to fly over the jungle: we see many lagoons of jade green and turquoise blue. The lagoons are the only uncovered spots in this immense ocean of dense vegetation. Below is Santa Clara, once called Annaite: it is a large lagoon of a dull jade green, bordered by the Naples yellow of its beaches. From the air we see the champa huts abandoned by the chicleros ("chicle latex collectors") and the landing strip next to the lagoon. The *Bellanca* airplane that had the accident is abandoned, and its wing and engine invade the landing strip. We descend, we almost touch



down; and right away we ascend violently. We cannot land because there is a danger of crashing against the *Bellanca*. We head towards Tenosique. Arai becomes very dizzy.

We see the Usumacinta River disappearing into the jungle. We land at Tenosique at 11:35 in the morning. The airfield is terrible, full of holes and grass. The *Avro* lurches several times on landing and loses the tire from the back wheel. As mute witnesses of danger, several salvaged airplanes are on the field.

We leave from Tenosique to El Cedro at 12:30 in a small single-engine *Traveller*, piloted by José Calderon and his copilot, Antonio Capetillo. This old airplane is for transporting cargo and animals: it has no seats, there are a few ticks and it is quite dirty. Sitting on the cargo and our personal items, we are almost one on top of each other. Since the glass is missing from some of the windows, very strong currents of air come in, hitting me on the back. I fear I might catch pneumonia. Fortunately, no such thing happens.

The beautiful and immense jungle, crossed by the green Usumacinta River, is down below us. This sight is worth all the setbacks and troubles we have suffered and will suffer. We see the crests and hollows like interminable waves of massed vegetation. Sometimes the Usumacinta appears, only to become lost in the intricate turns of the mountainous Lacandon jungle. We fly over two countries: Mexico and Guatemala.

From the air we see the El Cedro River and the small landing field—an elongated rectangle resembling a tiny shaven area in the jungle. We land at 1:25 on the narrow strip, barely wide enough for our plane's wings. Our friends and the hospitable Lacandon people welcome us. Obregón and Kayóm with their wives: beautiful Carmita, hardly more than a girl, who looks incredibly like our friend, Chabela Villaseñor, is Obregón's wife; the interesting and Oriental Margarita Ná-kin, single; Angelita, Kayóm's wife, and other small women with voices like children. The men, on the other hand, have strong and deep voices, as if they were talking inside an urn.

The men help us carry the cargo from the landing strip to the El Cedro *champas*. We present gifts to the Lacandon people, or *Caribes*, as they call themselves. The *champas* with groups of two or more families are called *caribales*.

After eating we swim in the El Cedro River, and for dinner we have pheasant, white rice, coffee and hot tortillas—a better dinner than that of the Bonampak Hotel in Tuxtla Gutiérrez.

## Wednesday, April 27

I wake up at two in the morning and from my hammock, through the mosquito net, I see the sky thick with stars. The *champas* are formed of vertical poles and a frame that supports the palm roofs; they have no walls or side coverings. So one can see the sky and landscape from his hammock.

Around four in the morning, in addition to the noises and whistles made all night by the cicadas and other insects, is the strange roaring of the howler monkeys—black monkeys the size of a mandrill. They sound as if they were at a great distance from our *champa*. The roaring of the howler monkeys is similar to the noise produced by gusts of wind among the trees, or to the roar of lions when heard from far away. One hears bird calls that sound like factory whistles.

For breakfast, we have pheasants hunted by the Lacandon, black coffee and bread. Last night, the Lacandon wives used the hot coals left on the ground to roast an owl, which they ate later.

The Lacandon are persons of great dignity and independence. They cannot be forced to work by anyone they do not like. They are prompt to friendship. They ask for gifts such as knives, shotgun shells for hunting, gunpowder, red combs and strings of red beads for the women. They do not like other colors. We brought some strings of gold-colored beads and the little women became irritated on seeing that they were not their favorite color. They almost threw them in our faces! On the other hand, when we give them red combs and mirrors, they are very happy and pose for our photographs and sketches, like the best professional models.

Obregón Chan-kin is a strong man, between 30 and 35 years old, with large wide feet and rough hands; he has quite a cheerful temperament; he is active when asked for help in doing physical work. Kayóm is languid, about Obregón's age; he is thoughtful; his features reflect an inner life, mysterious for us; his eyes seem to look across the centuries.

It is sad to see these men with such interesting features and fine manners; they are petrified descendants of a magnificent race that succeeded in creating a great culture. They are unaware of their ancestors, but at the same time seem to be dreaming about something unknown and mysterious. They are like phantoms of the jungle. At the beginning, they are impressive with their long tunics that hang down to their bare feet. Their polished faces seem to have been taken from Maya stelae.

When one starts to talk with them and be friendly; they smile and

act very confident; they speak as equals; they feel inferior to no one. They want to see everything one has. They ask for certain things; if one does not offer them, they ask to borrow them to have them examined, and return them later. In our camp, our things are scattered here and there and yet they take nothing if it has not been offered to them.

Today, early in the morning, most of the expedition left for Bonampak, taking their personal belongings and the five nudes loaded with provisions. They are accompanied by the cook and her two children and by Obregón with his wife, Carmita. Olvera, Sánchez Flores, the two military operators and I stay at the El Cedro *champa*. The mules will have to make one more trip, at least, to mobilize the remaining cargo and the small radio transmitter.

We have canned food, beans and some other things to eat. Sánchez Flores is cooking some good black beans. Margarita poses for us to sketch.

Frey and the mule drivers will arrive with the mules within two days and we will take whatever we can. Naturally we will go on foot. We must take advantage of the time to work and bathe in the crystalline El Cedro River.

After eating, Olvera and I go out to explore, but we do not dare to go very deep into the jungle, which becomes more and more dense the farther one advances. We return to the camp and I ask Margarita to wash a few clothes for me. At first she is hesitant, but I promise her a small mirror and she accepts with pleasure. We take advantage of the occasion to make sketches of her and María, an older woman who accompanies her. Listening to the sound of the gentle river and the roaring of the howler monkeys, we wait for the sunset.

### Thursday, April 28

Dawn breaks at El Cedro; it is cold, the atmosphere is heavy with humidity. Hundreds of birds awaken me with strange calls. An hour ago the howler monkeys stopped roaring; today it seemed to me that they were making a noise similar to ocean waves crashing against the rocks. They roar in unison and with the same rhythm and intervals as waves. I have not heard them roar during the day, only at dawn and sundown.

The members of the expedition who left ahead of us did not leave

us sugar or even molasses. For breakfast, we have black coffee and yesterday's beans; we also eat some large roasted pumpkins.

I have sketched María and Margarita all morning. While they were posing, María saw Motley's book, *The Ancient Maya*, which we brought as a reference; she picked it up and both women looked at it with great curiosity. They were most interested in the photos of modern Maya individuals, because they recognized them as people of their own race. Upon seeing the photographs of ruins and stelae, they became thoughtful as if dreaming about their remote and mysterious past.

Sánchez Flores and the corporal who is the radio operator make lunch between the two of them, and it tastes really good. We eat rice with onions, beans again and some small roasted fish we simply scooped from the river.

After lunch, I sketch Margarita again. Later she tells me that she must go: to *casa*, *caribal Obregón* ("house, Obregón place"). Olvera and I accompany the two women. We walk towards their *champas* for an hour and a half. We help them with their bundles. They are also taking along three small cats and three dogs. They walk very quickly ahead of us, in spite of occasionally getting thorns in their bare feet. They pull the thorns out of each other's feet and continue walking.

It is sad to see these people, the last members of a magnificent race, disappearing in the dense growth and in their remote past. Again they give me the impression of jungle phantoms.

Walking through the jungle is oppressive and difficult: sometimes one must almost crawl, because of the low and thick vegetation. If one stands up, he runs the risk of being strangled or blinded by the lianas, some of which are very slender but as resistant as steel.

Since it may start getting dark and we neither have our flashlights nor are familiar with the path, we give the two women their bundles back; now they will be overloaded. They do not hesitate; they say goodbye: *veo tú, ruinas* ("I see you, ruins").

We return. At one rest stop we drink almost all the water in our canteens. We are sweaty and tired; our clothes are drenched as if it had rained on us. We contemplate the infinite variety of trees, lianas, vines. With a machete, I cut a piece of *bejuco de agua* ("water vine"); if held straight up, large drops of crystalline and cool water begin to form. If necessary, it can be drunk.

Near a blue and gentle river, we find, next to a fallen log, some large petrified and calcareous mushrooms; they look like seashells.



We return to the *champa* before dark. Ever since arriving at El Cedro we have been out of touch: the radio equipment receives calls from Tapa-chula, Tenosique and Tuxtla Gutiérrez, but the stations at these locations do not hear our small X-B-29 B station.

In spite of being isolated from *civilization*, one feels very good here without the nightmare of the atomic bomb and the statesmen's bellicose speeches. Our radio operators are happy; they eat with us at the same table, an old and dilapidated cedar table abandoned by the *chicleros*. Among all of us, we prepare dinner; the soldiers help us with everything they can; they go to the river to wash the dishes and other kitchen utensils. Like the disciplined soldiers they are, they are ready to serve us since they are at our orders.

### Friday, April 29

The noises in the jungle are infinite: the hum of the cicadas, monotonous and constant; the roaring of the howler monkeys; the calls and whistles of the immense variety of birds. Birds I have not seen, since the density permits only hearing their calls. One hears the wild doves sing, the owl; there are birds that make a noise like the intermittent firing of a machine gun; others, like the sound of three round stones falling in the stagnant water of a well. There are some that imitate a dog's bark; others groan like a dry branch breaking. There are bird songs like a mocking laugh; fine and sweet whistles.

I have seen only small birds and three black pheasants or *cojolites* that we ate during these days. The day we arrived, I happened to see a bird similar to a little eagle, lying on fallen leaves to the side of the trail that goes to the small landing strip; at first I thought it was dead; I came a little closer and it flew away, leaving two small eggs uncovered on the dry leaves on the ground. As soon as I moved away, it returned to sit on the eggs.

I have gone back to see the bird again during these days, and have always found it there; its color is so similar to the dry leaves that it is difficult to distinguish; only its black round eyes stand out from its drab body.

Today at noon two women arrived with a girl between ten and twelve years old. They say they come from the caribal of Carranza, another famous Lacandon in this part of the jungle. They say, *Carranza, junto Carlos,*

*ruinas* ("Carranza, Carlos joined, ruins"). I understand that Carranza will be with Carlos Frey and the other members of the expedition.

One of the women tells me the reason for her visit: she learned from one of the other members of the expedition who went ahead of us to Bonampak, that we had brought the white cat for Carranza. They also know that it escaped into the wild the first night, although the cook had rubbed its belly and face with lard. They have come in hopes that the cat will have returned to the *champa*; but it is lost. They look sad and thoughtful.

One of the women poses for me; they understand only a few words in Spanish, but by gesturing I am able to get them to pose again after they move. The child I assumed to be a girl also poses for me, but when I ask her name, they tell me that it is Juan. This confusion is due to the fact that men and women use long hair and wear the same tunics.

I am learning some Mayan words: *pe-pen* (butterfly), *n kap* (hand), *baatz* (howler monkey), *i kohor* (hair), *ígshugui* (ear), *kan* (snake), *chí-mó* (tree), *balúm* (tiger), *ner* (corn), *seg* (bat), *há* (river).

Sánchez Flores and Olvera left on a hike this morning towards the Carranza caribal. Since they are not back by midday, and neither the soldiers nor I know how to make the flour tortillas Sánchez Flores has been making for us, we settle for eating black beans with raw onions, some roasted cassava and coffee.

These women who have come to visit us are not pretty like Carmita and Margarita; one is also called Carmita like Obregón's *kika* ("wife"); she is less ugly. The other is called Lupe; she is ugly; dirty; disheveled and has a scar on her right cheekbone that seems to have been caused by a burn; her mouth is slightly twisted towards the left. They eat here, I give them some presents, and they return to their *caribal* before dark.

Around 3:30 in the afternoon, Sánchez Flores and Olvera returned without having found Carranza's caribal. They arrive tired and sweaty.

The pilot, Neri, did not come as he had promised. Therefore we are still incommunicated and cannot send letters to Mexico City. Frey and the mule drivers have not come either. Provisions are scarce here. We think that if they do not come tomorrow, we will go to Bonampak following the trails that lead to the *caribales*, and have the Lacandon guide us from there to the ruins. The main problem is transporting our materials for work, which we do not want to leave behind, however simply walking without carrying anything is tiring and exhausting.

Our companions who left earlier for Bonampak did not even leave us even a shotgun; we have only three machetes. The *Coleman* lantern they

left us broke the first night when the cord on which it was hanging snapped. We have only a small oil lamp and our flashlights for lighting. I am writing these lines with the light of my own flashlight.

We spray insecticide around our hammocks to discourage the large scorpions that come down off the rotten supports of the champa. We shall wait another day.

### Saturday, April 30

Every day I have been getting up at four or five in the morning, two or three hours before my companions, because the bird calls do not let me sleep longer. Physically I feel well and do not need more rest. I do not take naps; I spend the entire day sketching, until the light is gone.

I have not shaved since leaving Tuxtla Gutierrez, not out of slovenliness but because a beard protects against mosquitoes, gnats, chaquistes, ants and other insects. The bites from these small creatures cause welts and a very annoying itch. The insect repellent we have been using is more or less efficient, but its effect is short-lasting due to our heavy perspiration, and it must be rubbed on the face and hands every two or three hours.

We continue to be isolated from the other members of the expedition, due to the change in the original plan, which had calculated ten persons at most. Now there are twenty-one of us counting the members of the expedition, mule drivers, journalists, the cameraman from *Noticiero Mexicano*, the cook with her two children and the two military radio operators. To this caravan must be added the provisions, the generator, radio equipment and our personal belongings, such as clothing and work equipment.

We have only five mules to mobilize all the cargo. It would be necessary to have fifteen, but this would not solve the problem either because more mule drivers would be necessary. The mistake has been allowing the expedition to grow to such proportions. Here we are separated from the others, consuming part of the provisions, as they do the same. Given that some did not take their whole work equipment, we assume they are inactive.

At eight in the morning, Carranza appeared at our *champa*; he calls himself Kayóm, like our other Lacandon friend. The Spanish names, like Obregón and Carranza, as well as those of the women, have been given to them by the *chicleros* who have been in these areas.

Carranza arrived noiselessly; when we least expected visitors, he was

already at our side. That is how these people arrive, these phantoms of the jungle. But they are very cordial when they establish friendly relationships, which happen in a few minutes.

Carranza also asks about the *micho* and we explain to him that the cat fled to the wild and will probably die of hunger. He tells us, *micho no muere hambre, come ratones* ("cat no die hunger; eat mice").

Carranza asks me my name, which is difficult for him to pronounce. They pronounce the strong "r" as a weak "r"; so he calls me *Rau*, with a soft "r", as all the Lacandon call me; some of the women call me *Laul*.

Carranza is a man about twenty-five or thirty years old; he is thinner and smaller than Obregón; he has a completely Maya profile from the Ancient Empire. He is happy to pose for us for photographs and sketches, and he tells us he has seen Frey and the rest of the expedition. I ask him with gestures about Dr. Lara Pardo: *viejito, pelo blanco* ("old man, white hair"). He answers that he has seen him and that he is fine; he makes a trembling gesture and says, *viejito cae una vez, viejito cae otra vez; viejito no camina* ("old man falls one time, old man falls another time; old man no walk").

We are concerned about the fortune of Dr. Lara Pardo, with his seventy-five years on his shoulders. It is very difficult to walk through this jungle; at every step one finds fallen logs on the path, vines and lianas like steel wire; it is terribly hot; one perspires copiously and gives up out of fatigue.

We give Carranza some presents: a knife, a red comb, shotgun oil. He says good-bye with, *vas casa* ("you go house"), and disappears among the undergrowth. Since Carranza's caribal is three hours away on foot, he walked three hours to come; he was with us for an hour and has returned to his *chanpa* by walking another three hours. But he says: *casa cerca* ("house near").

We entertain ourselves by looking through the microscope Sánchez Flores has brought for studying the crystallization that forms on the surface of the frescoes at Bonampak. Since the frescoes are not here within our reach, we observe a *jején* (tiny gnat), one of the insects that have covered us with bites. It looks the size of a wasp and has a pair of yellow blisters under its wings.

Around four in the afternoon, the mule driver; Pedro Pech, arrived with the five mules. He appeared on the other side of the river. I heard voices and saw him crouching next to the bank. Olvera untied the canoe that was on this side and crossed the river to bring back Pedro Pech. The mules stayed on the other side. We were involved in this procedure when Pedro Pech pointed to the sky; then we heard the noise of an airplane engine. It is Cap-



tain Neria with his *mosquito rojo*. We run towards the landing strip to greet him; he brings correspondence for some of the members of the expedition.

Pedro Pech informs us that Frey will not be long in coming, since he must have left shortly after he did; he will bring correspondence for Mexico City that he will deliver to Neria for him to mail in Tenosique. The mule driver informs us that Franco is suffering from an attack of malaria and that Sotomayor is sick to his stomach; but it is reassuring for us to learn that Dr. Lara Pardo is fine.

Captain Neria takes advantage of the wait to swim in the river. Since Frey is taking a long time to arrive, Neria leaves with his copilot in the *Stinson*. The plane picks up speed on the green and narrow strip full of clods of earth and grass. We always fear something unpleasant will happen when the small plane takes off or lands. The plane takes off and we sigh: it is the only easy means of communicating with the rest of the world and leaving this place. By mule, it is five days to the nearest civilized point: Tenosique. Neria's plane disappears into the tense and rosy afternoon sky.

Later in the afternoon we go to swim in the cool river; it is hot and this swim will be our last for several days since tomorrow we leave for Bonampak.

While bathing, the first unpleasant incident happens to me: I feel a sharp bite on the big toe of my right foot; I get out of the water quickly and Olvera helps me to take off the hemp sandals we use for bathing.

Out of the sandal crawls a black scorpion, responsible for the sting I felt. What is strange is that it did not sting me when I put on the sandal; it must have been trapped between my toes. Olvera kills the scorpion and I return to the *champa*: I cut a clove of garlic and put it on the sting; the pain seems to fade.

Later in the evening, we hear a voice calling to us from the other side of the river; it is the voice of Carlos Frey. Pedro the mule driver unties the canoe and goes to get him. Olvera provides him with light from his flashlight, from this side of the river.

Frey's clothes are dirty and torn, and he is unshaven; long and thin, he looks like a wooden Christ. He is happy in the jungle among the Lacandon people. He has been working ceaselessly since several days before we arrived, to facilitate our moving and transportation; he goes and comes from Bonampak to El Cedro solving the tremendous problems represented by the enormous expedition and the tons of cargo that have been necessary to transport.

Carlos tells us how our companions in Bonampak are doing, and what

Carranza said about Dr. Lara Pardo when he saw him tremble from nervousness when he was riding in the canoe. Carranza said, with the frankness that characterizes these people: *tú muy viejo, tú more, tú no llega ruinas* ("you very old, you no reach ruins").

## El Cedro, sunday, May 1

We have black coffee without sugar for breakfast, and canned peaches. We make preparations to leave. We pack our personal belongings and the remaining provisions: corn and beans. The generator goes in a large wooden crate. It seems impossible for one poor mule to be able to carry this box; besides, its other side must be loaded with a pack of the same weight, so that the animal can keep its balance. Also loaded are the crates with the cans of gasoline for the generator and the large gunny sacks containing our personal belongings.

Upon reaching the river to board the raft, we see the first howler monkey that dares to approach us; it jumps from tree to tree and disappears into the jungle.

It is necessary to make several trips with the cargo and our group.

The canoe is in danger of capsizing every time it crosses the river. Olvera, Sánchez Flores, Frey and I go aboard in turn, along with some cargo. The two military radio operators stay at El Cedro; there is no reason for them to continue since they could not communicate with any town by radiotelegraphy.

We begin to load the enormous bundles and crates on the mules tethered on the other side of the river; this work takes us quite a bit of time.

We leave around 11:30. We enter the jungle; we walk on mats of dry and rotten leaves. I smell an infinity of aromas coming from plants, leaves and moist earth. In the high trees, large globes of mud and dry leaves are occasionally seen: they are the nests of *comején* (termites), the voracious insect that attacks wood and gives us annoying bites. High above, a pair of noisy polychrome macaws flies by. There are trees that embrace others until they strangle them: they are the *matapalos* ("ficus dendrociela") that grow next to other trees, climbing up them and developing in such a way that they end up asphyxiating and finally consuming them by absorbing all their sap.

Because of our poor breakfast, we feel hungry, and since we have only some small packages of crackers on hand, we finish them and eat the heart of the *guatepil*, a small and slender palm. Frey tells us how it is eaten; so with machetes we chop down some of these small palms, peel off the bark and eat the heart, which tastes like celery.

After walking a few hours, we begin to sweat profusely and become fatigued. At times one must climb over the trunks that obstruct the path—a path that is only a trail marked by bushes chopped down with machetes, and by cuts in the trunks of the larger trees. These cuts are called *picado*, and are the only way to avoid wandering off the trail, since the narrow path formed by the passing of chicleros and mules is soon covered over by the leaves large and small that fall from ramón, mahogany, *chachén*, mamey, sapodilla, manásh, limoncillo and *matapalo* trees. One stumbles on roots and lianas and is constantly close to falling.

Since our canteens are empty, we make a stop to cut a thick moss-covered *bejuco de agua*: we drink its sap, which tastes like fresh mud. We continue walking and further ahead sit down on the rotten leaves to collect the manásh fruits: they are small cherries with a bittersweet flavor; that mitigate our thirst.

We walk in silence; only the singing of the birds and the rustling of the fallen leaves under our feet are heard. Olvera stumbles and falls heavily; he gets up and we continue ahead; Olvera falls again, gets up and we continue. The fatigue and perspiration worsen. We have found mamey fruit scattered on the ground, but it has been bitten by the howler monkeys. We cut off the chewed parts and eat the sweet mamey flesh; it is the first fresh fruit we have eaten since leaving Tuxtla.

Now I am the one who stumbles on a liana lying across the path, and I fall clumsily; I get up and we continue. We cut more *bejuco*s and drink their crystalline juice.

Farther ahead, in a tangle of lianas, a mule gets stuck and throws off its load. It must be caught for reloading. Olvera falls again.

It must have been four in the afternoon when we reached a small abandoned *champa*. We fill our canteens at a small stream that passes nearby, and drink until our thirst is quenched. We unload the mules and sit under the ramones, extremely high trees loaded with gigantic parasites similar to magueys. Large clusters climb up the wrinkled and irregular trunks.

Pedro Pech, the mule driver, shows us some tiger tracks among the roots of a *matapalo*. He says: *el tigre durmió aquí anoche*. ("The tiger slept

here the night before last"). Here we shall sleep. The cicadas begin to sing with a deafening metallic noise.

Carlos Frey tells us that near here are some ruins that we shall go to see after resting a bit. From a single dish and with our hands, we eat some shrimp and salmon from the few cans we have; we drink water and Frey, Olvera and I go in search of the ruins. Sánchez Flores and Pedro Pech stay at the *champa*.

We find mounds that look like pyramids, but we are not certain; they are so covered with roots that it is impossible without excavating to know the truth.

I am tired and my clothes are damp and heavy from sweat; it seems as if someone had clumped water on me from head to foot. This is not a stroll through the Bosque de Chapultepec Park in Mexico City; it is a true test of will and physical resistance. Despite the fatigue, I feel well so far.

After much useless exploration without finding the ruins, and since we show signs of exhaustion, Frey tells us to wait for him next to one of the hypothetical pyramids, and goes on to explore alone. Olvera and I clear the ground with our machetes and sit down to wait. It starts to get dark. Above our heads, high in the gigantic tree, small patches of light are seen.

After half an hour, Frey appears on the side opposite from where he left; he has found nothing. We continue looking through the underbrush and in ravines covered by a canopy of thick vegetation. We find mounds entrapped by the roots of the large and immensely tall trees. Through the roots, sections of cut stones appear, similar to architectural structures; they look like large stone teeth that smile and hide their mystery.

We continue looking; it is now dark. With the light of my flashlight we discover a large stela, knocked over and broken. Frey places his hand in the space between the stela and the ground and tells us, "It has no reliefs on any of its sides; it must have been covered with stucco or paint. It might also be a stone prepared to carve a stela that was not made.

With my flashlight, I shine light on a tree, from bottom to top, that is next to the stela. What a surprise: in a machete cut, the emblem of Franz Blom is drawn with pencil! The old explorer passed through here.

We return to the *champa* through a dangerous rocky ravine; it is the bed of a dry stream. We get lost. After climbing up and down mounds, we come out at the same place. We fall several times since the contrasting softness of the dead leaves and the hardness of the thousands and thousands of intertwined roots, make us lose our balance.



At last we discover an almost invisible path marked with *picado*, which leads to the *champa*. We arrive exhausted and sweaty. Since only one can of sardines is left, we save it for tomorrow; we do not eat dinner, we drink water and stretch out on the hammocks that are hanging among the trees. Overhead, in the thick darkness, thousands of green fireflies cross in all directions. This is one of the most beautiful nights of my life.

### Monday, May 2

Early in the morning, we go again to the broken stela. We climb a tall mound and find, partially hidden by the leaves, roots and moss, a wide and tall stairway. We are on top of a large pyramid. We find another fallen stela; it is carved. It represents a person's entire body and profile; it has number glyphs, but the reliefs are quite worn by time and rain. Frey tells us that he and Margáin have christened these ruins with the name of *Balúm-Uinic* ("The tiger man").

At the top of the building there is a room in ruins with two cylindrical columns at the entrance. The room has a triangular vault and on the walls there are remains of plaster painted with frescoes.

I make a fast sketch of the ruins and we start back. We get lost again and cannot find the *picado*, that is, the traces of machete slashes on the undergrowth -the only means of finding the way through the jungle. We find ourselves in front of an *acahual* ("thicket") formed by thick new shoots of vegetation. Frey consults his compass, but it is useless: we do not find the invisible trail. I express my opinion that we should return in the opposite direction, given that if we continue walking deeper into the *acahual*, we run the risk of never finding our way out of here. On all sides, the dense vegetation is the same, and there is no landmark to orient us. Stories we have heard from the trappers come to mind, about men who became lost in the jungle and never came out again come to our minds.

After an hour of attempting to find the *picado*, the faint narrow path appears. But which direction should we go? We shout, calling for Pedro, who stayed at the *champa*, but he does not answer. We continue shouting increasingly louder; and at last Pedro answers, but not from the direction we are headed; his voice sounds far away...

We walk towards the voice we hear; and after some time Pedro

appears -he has come out to meet us. He leads us to the *champa*, and we arrive on the opposite side from which we left.

We eat some cans of sardines for breakfast. It is all that remains for eating on the way; since we left the canned goods in El Cedro in order to bring the indispensable items for our work, such as the generator, the box of colors and the large rolls of paper for Olvera's work; photographic material for Álvarez Bravo; gasoline for the generator and some sacks of corn that we shall not be able to eat until we arrive at Bonampak, where Juanita the cook will make tasty tortillas for us.

Since the loaded mules cannot cross the muddy stream next to the *champa*, we find ourselves having to take the cargo across by walking on a fallen tree trunk. Pedro Pech, thin and malaria-ridden, finds the strength somehow to heft the heavy crate with the motor onto his back; he crosses the stream, his legs sinking in the mud.

We load the mules and set out for Obregón's *caribal*. I ask the name of a tree that catches my attention. "It is a *chechén*," says Frey; who makes a cut on it with the machete. A stream of white milk runs from the slash. Pedro warns: "You must not touch it because it causes swelling; and one drop in your eye will make you incurably blind"

We walk one behind another, preceded by the mules. I remember now that when we arrived in El Cedro, we would always go to the river for bathing or for anything else in the company of our bottles of *anti-viperous elixir*; today, with our fatigue and sweat, we no longer remember the *nauyaca* snake; we have gone out to explore the ruins, taking only our machetes night and day.

We continue walking. Now we pass over a mat of small violet-colored flowers, which have fallen from high above onto the dull-colored dry leaves. We hear a muffled and continuous noise, and later find ourselves on the banks of the murmurous, transparent Lacanjá River. We follow its course and then move away from it farther ahead.

Now we find the El Cedro River again, which must be crossed by balancing on the enormous trunk of a fallen tree that serves as a bridge. Below us, the deep current rushes by quickly; we must avoid becoming dizzy with the noisy water. We cross without mishap, one after another. The mules cross at a *shallows* where the water reaches their flanks.

We enter the jungle again and after half an hour of walking, find the Lacanjá River once more. Here it must be crossed in knee-deep water, by stepping on rocks. The crossing is next to a small waterfall that has great force; so one must put his legs in the water precisely at

the place where the current begins to plunge toward its thunderous fall. Olvera is almost pulled away by the current; he is able to stay on his feet, but has become wet in such a way that the camera he carries around his neck is ruined. With great precaution and effort, we all succeed in getting across.

One mule falls when it jumps over a fallen trunk near the riverbank, and almost breaks its legs; it is trapped in the water with its heavy load, between the tree trunk and some rocks. Carlos Frey takes off his clothes, and he and the mule driver unload the mule so that it can get out of the water. Frey, with the water up to his neck, uses a rope to pull on the mule, which is in water up to its flanks. The mule balks and tries to drag Frey toward the waterfall, but he holds firm and is able to control it, forcing it out through the shallow water.

During this struggle there is a moment with a strangely picturesque note, since Carlos is crowned with his *sarakoff*, which is gallantly adorned with a red macaw feather. It is impressive to see Frey's head rising above the water, adorned in that manner, followed by the head of the mule with its startled eyes.

Carlos and Pedro Pech reload the mule and we set out again. Our feet slosh inside our miners' boots, now full of water. The crate with the generator has stayed on the other side; no mule would have been able to cross with that weight. With the use of the canoe that has been transporting cargo, and which now must be near Bonampak, they will come for the generator.

We continue walking in a single line, on steep inclines; our feet are ensnared by the roots; Sánchez Flores falls several times. We walk and walk, tired and hungry. We find the small *guatepil* palm and eat its heart. Farther ahead we find pieces of mamey fruit scattered on the damp ground; they are rotten. With our knives, we cut out the wormy parts and eat the rest. There is also a small fruit similar to a mango, that the Lacandon call *tus*.

At midday we see a clearing in the jungle; the sky looks open for the first time. It is most impressive for us to see this sudden brightness; it is a sort of charred valley, with large, fallen tree trunks, the small champas of the Lacandon can be seen in the background. There are banana and sugar cane fields surrounding the valley of ashes that will be sown with corn. It is the caribal of Obregon and Chambor; this is where both Lacandon live with their families.

The enormous trees have been felled by burning their roots, some

are still smoldering. An extremely tall mahogany tree that burns at its base slowly bends over and falls with a crash.

We hear the dogs barking and see the Lacandon *champas*. Soon they come out and welcome us; they offer us large bananas and papayas. Our eyes nearly pop out with joy.

Chambor (José Pepe) is lying in his hammock; he gets up and greets us. There is a child in the other hammock; the mother is Margarita's sister, as is Chambor's other wife, called Nabor; she is pretty and delicate; she has a daughter about two years old. Margarita appears and comes to greet us. I realize that the three sisters have the same voice, shrill and fine, like a child's.

Chambor and his kikas had already heard of me, and when my companions arrived before me, since I had stayed behind to take a picture, the Lacandon asked them: *dónde Raú* ("Where Raú?").

We sit on the ground to rest and eat the fruit our Lacandon friends have given us. On some thick poles inserted in the *champa* framework, I discover something strange and impressive: it is a piece of howler monkey; the muzzle, a back leg and a front leg can be distinguished, carved and bloody.

A small howler monkey frolics among the *champa's* poles; it is the offspring of the dead female.

Obregón invites us to his *champa* to eat wild boar. I do not wait to be coaxed and eat a piece of boiled meat with green bananas. They offer it to me in a *jícara* ("cup"). It tastes like beef to me, only drier and tougher.

I see our mule driver, who appears with a thick and juicy sugar cane. I ask Obregón for a piece, and he gives me a machete and tells me with his deep voice: *tú corta caña, allá* ("you cut cane, there"). And he points to the sugar cane thicket. With the machete I cut a piece and return to the *champa* to eat it; the sweet juice tastes like heaven to me after the hike and fatigue.

After eating, I return to Chambor's *champa*, to give him a comb and make some sketches. On the ground, among some burning firewood, they are roasting the howler monkey, that smokes and lets off an odor that I imagine must be the same as human meat put to roast. I feel somewhat dizzy, but I continue sketching.

We sit down to rest underneath the trees, at the edge of the jungle, our starting point for going to Bonampak. Obregón is making some arrows with thin reeds; on one end he adds cut parrot feathers. He ties



and attaches them well with a waxed string. Two of his women help him with this task. He says he will go very far away tomorrow to look for flint for the arrowheads.

Around four in the afternoon, we decide to set out for Bonampak. Pedro the mule driver started out with the mules a while ago. Obregón tells us that we shall not arrive by daylight, and he offers us his *champa* to stay and spend the night. There are new paths or picados now, and it is easy to get lost. Since we insist on leaving, Obregón tells Margarita and the elder María to guide us. We start off in a hurry, one behind another; forming a line on the narrow, uneven path. Once again we enter the jungle.

The elder María steps on a thorn; she asks me for my pocket knife and takes out the thorn with the tip. Although her foot is bleeding, she stands up and continues walking.

Since we do not have our flashlights, which are in the suitcases loaded on the mules, we hurry. Breathless, we go up and down slopes; our feet slip and are ensnared in the slender vines hidden underneath the dead leaves. We stumble at every step on tree trunks, branches and roots. The small women fall behind.

We arrive at Bonampak while it is still light. We have made a three-hour walk in one and a quarter hours. At the entrance to the camp is a large broken stela; the lower part is still standing; another part has fallen on the ground.

Our companions welcome us. Four people in the first group have become ill: Sotomayor, the cook's children and Franco are suffering from intestinal disorders. Food is also scarce here.

When talking about what we have eaten, I say I ate wild boar at Obregón's *caribal*; so did Olvera and Frey. Carlos laughs and says it was not wild boar that we ate, but howler monkey. The meat and the shape of the bones did seem strange to me.

I should have realized that the pieces of howler monkey roasting on the coals were the remains of what I was eating. It was Frey's and Obregón's joke. I have no complaints, because I was so hungry that the meat tasted good to me. We have boiled lentils and coffee with evaporated milk and sugar (!) for dinner; it tastes wonderful to me, since we have not tasted milk or sugar for days.

We walk up to the ruins to see some broken stelae that are scattered below the main building. Night falls.

The material we brought on the mules includes some flash bulbs

for Manuel Álvarez Bravo; he and some of the others climb up to take photographs of the frescoes. I am very fatigued; I shall not see them until tomorrow. The heavy miners' boots are very tiring; my legs are exhausted. I lie in my hammock, but I cannot sleep; I see roots, immense trunks of *matapalo* trees in wishbone shapes, lianas, streams, rivers. Later on I go to sleep, overcome by tiredness.

## Tuesday, May 3

Very early I awaken to the roars of the howler monkeys and the calls of the *cojolites*, black pheasants that are larger and fatter than a turkey. We have breakfast. Because provisions here are also low, and some of the expeditioners no longer have anything to do—given that their work has been completed—arid since others are ill, they set out on the return trip to El Cedro, Margáin and Dr. Lara Pardo by mule, and Sotomayor and Dr. Puig on foot. Margáin, who is the most ill, left first in order to reach El Cedro quickly and take the plane which we suppose will arrive today. They are accompanied by two mule drivers.

Morales, the cameraman from Noticiero Mexicano, went with Frey and Franco to get the generator we left yesterday on the bank of the Lacanjá. They will go in the canoe down the same river, whose closest point is a one-hour hike from Bonampak.

We hear a noise in the underbrush. The kikas say it is from wild boars. It is a herd that is running through the bushes. Pedro, the mule driver, picks up the shotgun and goes after the boars. He returns later without having reached them. He gets on a mule and goes in pursuit of the wild boars.

Álvarez Bravo and I are going to see the large stela that is at the entrance to Bonampak. Yesterday afternoon, I felt so tired that I was not calm enough to look at it carefully. It is an enormous stela, split in two. The base remains standing, while the upper part has fallen in such a manner that the person, a warrior represented in profile, is upside down. The stela is of limestone, almost soft, and measures about two and one-half meters wide by four meters high.

We visit the ruins, which are covered by the undergrowth. One must climb a good bit and with difficulty. On a platform there are other broken stelae and a decorated slab, marvelously worked and in a per-

fect state of preservation with regard to the reliefs. There is no doubt that the Maya had attained great artistic development and had a great command of sculptural techniques, since these stelae are master works that do not show the slightest trace of primitivism. Quite the contrary, they are works of classic aesthetic maturity.

At temple number one, we also see the lintels, quite well preserved; up high, at the upper edge of the three doors that lead to other rooms or triangular-roofed chambers. These bas-reliefs are also magnificent and conserve traces of originally having been polychrome.

The frescoes inside the rooms, in spite of the petroleum used on them, are almost invisible; they must be deciphered and are very deteriorated. However, the better-preserved figures have very beautiful shapes and color. These paintings are the most mature sample of pre-Hispanic pictorial art. The others that we know, at Teotihuacan, Monte Albán and other locations, although very beautiful, are primitive art. Here, for the first time, we can see realist, although stylized art; anthropomorphic and with great fluidity and dynamism in the figures' attitudes. I make some sketches.

As we are finishing lunch, Pedro Pech returns. His face looks very frightened and more yellow than usual! He tells us that as he was chasing the wild boars, he happened to reach the Lacanjá River. There he saw an oar floating in the water, and desperately started searching for our companions. Farther downstream, he found the canoe capsized and lodged on some large rocks that protrude from the water.

Franco's hat was floating near the canoe. Frightened, Pedro came to inform us, saying: "Those companions are not alive; the canoe is upside down and they are not anywhere to be seen!"

Julio Prieto, Olvera, Sánchez Flores, Arai and Pedro Pech set out in search of our companions. Álvarez Bravo and I stay on guard in Bonampak. We do not want to think that something tragic could have happened.

Later, I go with the elder María and Margarita, who are going to wash the dishes and glasses we used for eating. I help them carry the buckets and pots. We are going to a pool where they will wash these objects and I shall be able to bathe. I also have hopes of finding one of our lost companions in that area.

We walk about one hour until we reach the pool of standing water. Sitting on a rock protruding out of the water, in the dark and bad-smelling pool, is a large frog. I feel so hot, that without hesitating

I take off my clothes and bathe by dipping water with a pan I had requested from the women. They wash the dishes in a nearby pool. They look at me with curiosity but without guile.

How cool the water is! I would like to stay a long time, but it is getting late and is threatening to storm. High above the trees, the invisible sky thunders. While I dress, the women take off their tunics and bathe quickly. The contrast shown by their bodies is interesting: the old woman, curved, shrunken and skinny; Margarita, pretty and young. They are not concerned about my presence. They dress quickly and we go back, carrying the buckets full of plates and glasses.

It was not necessary for me to have bathed, since a torrential rain falls. The mahogany and ramón trees creak with the wind and water. It begins to get dark. We reach the camp, soaked from head to foot. I ask Manuel about our companions. They have not returned. It is already dark. We make many speculations. The rain continues.

Later, we see the weak light of a flashlight in the thick darkness. We shout and Julio answers us. Our companions are approaching, they are wet and winded. Pain and fright are reflected on their faces. They give us the bad news: Franco and Carlos Frey are lying on the river's bottom, next to a rapid, at a depth of about four meters. We are speechless. It is unbelievable.

They tried to use the canoe to get them out, but it was useless. Night fell, and with the rain, all their efforts were unfruitful. Luis Morales, the cameraman from *Noticiero Mexicano*, was not found. We hope he is alive.

We wait for dawn. The hammocks hanging from the trees have become wet from the rain. We lie in them, wrapped in blankets. The small and shabby *champa* that holds the provisions and our work materials, pours water from all sides.

Some of the group, whose hammocks are protected by waterproof covers, are able to sleep a little. Although I put my raincoat over the mosquito netting and wrap myself in my blanket to keep out the hammock's dampness, I do not sleep one minute. Little puddles form on the wavy surface of the raincoat, and from time to time, big cold drops of waterfall into the hammock. And even though I have put on dry clothes and am dressed and have on shoes, I cannot get warm.

The dampness of the hammock and horror make me tremble. I think about the tragedy and in my mind I see the faces of my dead companions.



### Wednesday, May 4

Just before sunrise, still dark, the braying of the mule we have here for hauling water pierces the black silence. It seems to be a faltering lament. Pedro leaves for El Cedro, riding the mule; he is taking a letter for our companions asking them to contact the Chiapas state government authorities and request assistance.

The *kikas*, accompanied by Sánchez Flores, set out for Obregón's *caribal*. We need the help of the available men to rescue the bodies of Carlos and Franco who lie embracing at the bottom of the clean and transparent river. Our faces are emaciated from insomnia and grief.

Around nine in the morning, as we are having breakfast we hear a shot. Julio answers by firing his pistol. Later, Obregón appears with a large pheasant in one hand, and his shotgun in the other. The pheasant is for us: it has been shot in the legs. Chambor (José Pepe) and Sánchez Flores arrive. Then the wives of José Pepe and Obregón appear; carrying their children. The men have come to help us retrieve the bodies of our companions. The Lacandon ask about Carlos time and time again. They do not want to believe that he has drowned.

We put on our boots and hang our canteens on our belts. We take ropes to hold the canoe that must be used to go out to the middle of the river, where the bodies were yesterday, next to a small waterfall. Julio Prieto, Álvarez Bravo, Olvera, Arai and I go, preceded by the Lacandon men, Obregón and José Pepe. The women and Sánchez Flores, who is exhausted, stay at the ruins.

The jungle is now damp; the soil and the fallen leaves, very slippery. The dammed lianas form real snares underneath the fallen leaves. We trip, we fall, and we suffer tremendous jolts.

Here in the jungle the distances are enormous. We walk about two hours through the dense growth, through which the sun's rays occasionally penetrate. We find an empty shotgun shell; it must be from one of Pedro's shots yesterday when he was hunting the wild boars.

We continue walking. Olvera and I are in front Julio, Álvarez Bravo and Arai stay behind. They shout at us often because they lose sight of us. In the jungle, if one falls ten or fifteen meters behind his companions, he runs the risk of getting lost because the undergrowth obstructs his view and it is impossible to see those who have gone ahead. Frequently; the almost invisible trail, marked only by the *picados*, disappears.

After a time of walking, a phantom appears before us: it is Luis Mo-

rales, whom we assumed dead; he is pale and dirty; his clothes are torn. He looks at us with dazed eyes. Olvera and I, who are in front, run to embrace him and shout happily; Julio, Álvarez Bravo and Arai hear us and come near. This emotion lessens somewhat our grief for our dead companions.

Luis Morales tell us that yesterday, as they were rowing upstream in the Lacanjá River looking for the generator, the canoe foundered in some rapids and they were pulled to the bottom of the wide river. After much effort, Luis was able to grab hold of a rock and got out. He did not see his companions nor did he know what had happened. He tried unsuccessfully to find the camp. He crept into the hollow of an enormous tree to weather the storm and spent the night there.

Wet and hungry, not knowing if he would be able to find us or if he would become lost in the jungle forever, he says that if he had had his knife with him, he would have killed himself.

After telling Luis that Frey and Franco drowned, we set out hurriedly for the river with the fear that the bodies could have been pulled away by the current, which has grown from last night's storm. At last, we hear the noise of the river, and reach it after crossing an almost dry arroyo.

Here the Lacanjá is impressive because of the noisy rapids and the narrowing currents formed by its water. The canoe is hidden in a hollow covered by underbrush, next to the river; here it was left yesterday by Julio and the other companions who tried to retrieve the bodies of Frey and Franco.

We tie the rope to the canoe so that it is not pulled away by the strong current. Julio takes off his clothes. He and José Pepe get in the canoe. Obregón and I hold on to the rope from the bank. The rope, in spite of being very long, does not have enough slack for the canoe to reach the middle of the river, where the bodies must be. We have to follow the canoe by walking along the bank, full of lianas and thorns. Obregón cuts the undergrowth with his machete, in order for me to give the canoe more slack at the narrowest part of the river.

The rapid current pulls the canoe towards the dangerous gorge. José Pepe steers the canoe and they are able to reach some rocks, but now without the support of the rope, which I let loose because it was not long enough for them to reach the place where the bodies must be. Julio says he is tired and steps out on the rocks from the canoe. Olvera takes off his clothes and by jumping from rock to rock, reaches the canoe and takes Julio's place in the rescue maneuvers.

By clearing the way through the undergrowth on the bank, Obregón and I reach the rocks at the edge of the gorge, where the water falls thunderously; now we are near our companions and can help them. José Pepe and Olvera steer the canoe with the only oar remaining after the accident. They search in the river; without finding the bodies. They are able to reach the other side, and they shout to us that the bodies are still there. The water has moved them, but the rocks on the bottom have prevented them from being pulled towards the falls.

With his machete, Obregón cuts a long thick branch with a forked limb at the end. By standing on the rocks on the edge, he passes the branch to José Pepe, who uses it to drag Carlos' body and bring it towards the surface. He holds the body by the shirt, and Olvera rows towards the edge where I am waiting.

Carlos' body is floating face down, almost submerged; only his head with his straw-colored hair is visible, and the taut shirt that hangs from José Pepe's hand. They reach the side where I am standing.

Olvera ties the rope from the canoe around the body. I shout to Obregón, who answers my call, and between the two of us we lift Carlos's body; dragging it over the steep muddy bank. On the mud and fallen leaves, Frey lies face down, with his back slightly arched. I do not want to see his face; this is an unpleasant and painful sight.

Olvera and José Pepe, accompanied this time by Arai, return in the canoe for Franco's body; they carry out the same operation and are able to get him out of the water. This time, Olvera pulls out Franco, who still has his bag attached to his wrist and his knife on his belt. They reach the edge, and Obregón and I pull out the body with the rope.

Our Lacandon friends cut palm leaves to hide the corpses, since we shall not be able to carry them to El Cedro until the mule drivers arrive with the mules.

As we were rescuing the bodies, a silver plane flew over, quite high; it made several passes over the river. Might they have seen us? I think not; but everyone will have been informed by our messages and by the constant SOS sent by the El Cedro radio transmitter.

We communicate to Obregón our fear of the corpses being devoured by wild animals, but he tells us that there are no large animals here. After taking the canoe out of the river and covering our dead companion's bodies with palm leaves, we start back to the camp. We walk with downcast eyes and in silence. We hear only the sad calls of unknown birds and the noise our boots make on the fallen leaves.

Near the camp, we meet Sánchez Flores and the women as they are on their way to the water hole. The good Sánchez Flores, upon seeing Luis Morales, whom he had believed dead, is overcome with emotion and his eyes fill with tears; he makes an awkward gesture of greeting and continues walking, carrying a bucket in his hand for hauling water. We also continue on our way in the opposite direction, and at almost four in the afternoon reach the broken stela at the entrance to Bonampak.

Two of our mule drivers, who have come back from El Cedro with three mules, tell us that our companions who returned to El Cedro ahead of us are still there, along with the two military radio operators. Neria, the pilot, has not arrived, and they are almost out of provisions.

Julio asks the mule drivers how much Frey owed them for their work, but they know about the tragedy and answer that they are owed nothing. That is how these self-sacrificing workers are; they have come to identify with us to the degree that they feel like our companions. We protest their selfless attitude and tell them we will meet with them later to pay their wages.

Tired and hungry, we sit under the *champa* to eat the cojolite Juana the cook has prepared. The kikas ask time and again about Carlos Frey and we are obligated to repeat various times, *Carlos murio río* ("Carlos died river"), in order for them to understand the tragedy. Margarita becomes pale; she feels affection for Frey. All the Lacandon considered him one of theirs, and held him in high esteem.

As we were finishing our meal, Pedro Pech and the corpulent Dr. Puig arrived at the camp, each riding on a mule. Pedro, who delivered our message, has returned along with the doctor, in order for him to certify the death of our two companions. On his way to Bonampak, Pedro led the doctor to the place where the bodies lie.

We had thought we would wait for the authorities to send a representative to verify the accident, but since the delay could be two or three days, Dr. Puig believes that our companions should be buried; their bodies are already starting to decompose.

After nightfall, by the light of the kerosene lamp, we begin to pack our things to leave early tomorrow for El Cedro. The cook's little girl shows us a small clay head that she found among the debris of empty cans, papers and suitcases. It is a small sculpture made by Franco, with clay from an stream near Bonampak. It is the last work of this timid and sensitive little man named Franco Lázaro Gómez.

We eat dinner and go to bed. Next to my hammock are hung those of Pedro Pech and the other mule drivers. They chat; they tell stories about



drownings and comment on yesterday's tragic event. It rains all night; the water collects on the raincoat hung over the mosquito net, and it drips into my hammock occasionally. The tall mahogany trees begin to creak, and large rotten branches fall. The noise of their crashing on the ground near our hammocks does not let us sleep.

In the profound darkness, without seeing where the thick branches are falling, I think that they could fall on top of us and crush us. However, very late, I am able to fall asleep.

### Thursday, May 5

At four-thirty in the morning we get up. Sánchez Flores lights the kerosene lamp. We take down the hammocks and roll them up. The mule drivers begin to load the mules. We have breakfast. After breakfast, Julio and Dr. Puig on mule back, accompanied by the two mule drivers and José Pepe (all on foot) set out for the place next to the river where the bodies of Frey and Franco lie. They are going to bury them. We shall meet later at Obregón's *caribal*, on the way to El Cedro.

The three mules that have remained here are loaded by Pedro and Sánchez Flores, who knows how to do everything. We notice that the poor beasts have some bullet like holes on their necks, trickling with blood; they have been bit by the bats that are numerous at the ruins.

Quite a bit of cargo still remains here, between provisions and personal items. We leave Bonampak at seven-thirty in the morning. We leave the great broken stela behind and walk into the jungle. The sunlight penetrates in some places, forming luminous spots on the fallen leaves.

Preceded by the mules and Pedro Pech, the mule driver, we walk one behind the other: Álvarez Bravo, then I, Juanita the cook, her six- or seven-year-old son, Sánchez Flores carrying the cook's little girl on his back, Arai, Olvera and Luis Morales. Supported by walking sticks, which we have cut from tree limbs with machetes, we cross various streams that were previously dry and now have water. While climbing a slippery damp slope, I lose my footing and fall from a height of three meters into an arroyo. Arai helps me out by handing me the end of his stick.

About halfway to Obregón's *caribal*, we are met by Margarita and

the elder María, who are carrying large bunches of bananas and a papaya. It surprises me to see them here since I did not realize when they had left Bonampak with Obregón. It must have been yesterday afternoon. Since these people do not say good-bye and leave without making a sound, their departure goes unnoticed. In the same manner they appear next to us, dressed in the long tunics that accent their images as jungle phantoms.

We eat some of the bananas they have brought us, and continue our hike to the *caribal* accompanied by the *kikas*. At nine-thirty, we hear the barking of the dogs, that have sensed our presence. Gradually, the bright sky comes into view, making us very happy, we have not seen the sky for several days. The light almost blinds us.

We are here at Obregón's and Chambor's *caribal*. They offer us bananas, papayas and sugarcane. We rest a little. I make some sketches. Obregón is blackening some sticks for arrows over the coals; María and another woman from the *caribal* begin scraping a long green palm frond over a log to extract the pita fiber that Obregón uses to tie the feathers on his arrows.

Our companions arrive at midday after having completed a painful mission: the bodies were already decayed; when they were turned over, the faces were decomposed. The mule drivers and José Pepe dug the graves and buried Franco and Carlos Frey right there on the riverbank.

With pieces of wood cut from a grocery crate, they improvised two crosses, marked them in pencil with the names and placed them over the graves.

We all leave for El Cedro, forming a large caravan. Julio Prieto and Dr. Puig cede their mules to Juanita the cook with her two children, and to Luis Morales, who is exhausted. The rest of us go on foot. We walk through the jungle for hours and hours.

We sense the closeness of the Lacanjá River; an unspoken fear is reflected in our faces when we think about having to cross it. From time to time we stumble and fall, hurting ourselves on the sharp stubs of bushes that have been cut to clear the path.

We hear the roar of the Lacanjá and shortly afterwards reach the feared river. It has grown with the rains of the past nights. We must cross it now with the water up to our waists, close to the current that pulls very strongly towards the deep part of the river.

Some companions strip from the waist down; others of us wade in with boots and all, supported by the strong tree limbs we use as walking

sticks. We all get across; then we take off our boots to empty out the water and we make joking remarks: we have overcome one danger, but we have yet to cross the El Cedro River.

Once again we walk one behind the other; those who are most tired take turns riding the mule that Morales has used for a long part of the way. Olvera and Arai ride, alternating with Luis Morales.

Sometimes, when an opening appears overhead and the sky can be seen, we think we are near a clearing. This is an illusion; in the jungle, when one believes he is near hills, villages or settlements, based on the light that filters through from overhead, there is the danger of feeling fascinated by the brightness and being drawn towards it. But it is possible to walk for kilometers and everything is terribly the same; the jungle is endless.

We reach the El Cedro River. It is narrower than the Lacanjá, but it is swift and deep. Again we have to walk on the log that crosses it like a bridge. Our boots are caked with mud and slip easily. With precaution, we all walk across on the log. The mules use a crossing where the water reaches their flanks.

We must continue walking. Now Julio Prieto and I are in front. We are followed by the other companions, who occasionally shout for us to wait a moment.

We reach the small stream next to the little *champa* where we spent the first night on the way to Bonampak. Nearby are the ruins of *Balum-Uinic* that were shown to us by the unfortunate Frey. We continue ahead and reach the steep narrow ravine. Although it is daytime, we are enveloped by a soft green semi-darkness, since the canopy formed by the tall dense trees does not allow the sun's rays to enter. We climb the steep slope one behind the other, between the slanted walls and with the ravine behind us. We slip and fall in the mud at every step. Breathing heavily from fatigue, it takes us half an hour to make the climb.

The smell of rotting roots and leaves starts to nauseate us. The mud, the moisture, and the dark mossy color of the sapodilla, ceiba, mahogany and *matapalo* trees make us dizzy. From above, very high, the buzzing of an airplane's engine can be heard. It is impossible to see from here because of the thick covering that hides the sky. We have hopes that this plane has been sent to take us to Tuxtla, assuming that the Chiapas capital has heard the call for help the radio operators have been transmitting from El Cedro.

We walk interminably, desperately, and arrive tired and exhaus-

ted, after nine and one-half hours of hardships, at the place where the El Cedro River runs near the camp's *champas*. We drop on the grass. Here is the small canoe that must be used to cross the river, now swollen and turbid from the rains.

We see Sotomayor on the other side; he came when he heard our voices. Shouting, we start a conversation with him. He tells us that the rest of the expedition is still here, and that Gamboa came when he heard about what had happened.

We make many trips across the river in the fragile canoe.

There is food here, according to what Sotomayor tells us. He gives me a letter from my wife; I am happy to hear that she and my daughter are fine.

We eat desperately, using our hands to eat the sardines and peaches directly from the can. Sotomayor informs us that our other companions, including Gamboa, are in Tenosique buying food and hiring people to search for Morales, who they think is still lost. Tomorrow we shall go to Tenosique in small planes, in order to fly from there to Tuxtla in larger planes.

We hang the hammocks in the dilapidated *champas* and lie down to rest. Our boots and pants are still wet. Night falls. Here we feel closer to home and the comforts of civilization.

Dr. Puig warms up by putting his bare feet near the firewood burning on the ground beneath the thatched hut. Here is Nabor, another Lacandon, with his women and their children. Kayóm and Carranza have also come. The cook's children play next to the kerosene lamp.

Sotomayor tells us that the radio station at Tenosique picked up the SOS transmitted from here. Tenosique notified the Secretaría de Comunicaciones ("Ministry of Communication") by radio, and that is how Gamboa learned of the tragedy.

The blind message from our station that was picked up by the radio in Tenosique, caused José Calderón, our pilot friend, to set out for El Cedro immediately. He arrived here at 12:30 yesterday, and our friends immediately left to seek assistance and inform the press of the events. Before heading for Tenosique, they flew over the Bonampak zone and the Lacanjá River: that was the silver plane we saw yesterday when we were trying to pull the bodies from the river.

During dinner, Sotomayor tells us that three airplanes came this morning: one sent by the Governor of Chiapas to obtain information and provide us with help; another brought Gamboa and Víctor Reyes, who



had flown from Mexico City to Minantitlán, Veracruz, and from there to El Cedro, in an airplane belonging to the Secretaría de Comunicaciones. Then they returned to Tenosique to hire trappers to help us search for Luis Morales and move the bodies. Neria came with the mail.

An *Avro* plane from Tuxtla also came but could not land because of the small landing strip; we assume it was Captain Urquidi.

The messages from our small radio transmitter were picked up by Tuxtla, Tenosique, Tapachula and Campeche; also by Mexico City when retransmitted by Tenosique. It has been true luck that the military radio operators did not leave here. The news has spread so quickly and Fernando Gamboa has arrived so promptly, that today we are reading this morning's newspapers. *Novedades* has printed an article by Sotomayor

### Friday, May 6

Barefoot, since my boots are drying near the fire, I sketch Carranza, who sits on a hammock resting. Juanita the cook starts making breakfast. We eat scrambled eggs and canned pineapple juice, supplies they have brought us from Tenosique. Pedro Pech sweeps the *champa* with a palm leaf. Suddenly, he feels a sharp pain in his hand: a large black scorpion, which was on the palm leaf he was using as broom, has stung him. Pedro gives no importance to it, he only stops sweeping. I tell him to put garlic on the sting. Juanita gives him some and Pedro, without comment, rubs the garlic on the small wound.

Nicho, one of our mule drivers, improvises a chocolate beater by cutting off a small branch that has various twigs on the end, in the shape of a star. That is how beaters for whipping hot cocoa are made here. Juanita prepares the chocolate for us with water and serves us big cups of the hot foamy drink.

As we were finishing breakfast, Obregón arrived with one of his women and a young girl. They bring us a hen, bananas, papayas: they also bring some arrows that Margáin requested, in exchange for cartridges. He says he spent the whole night working to finish the arrows. He claims: *Obregón no dice mentira, aquí están flecha* ("Obregón no say lie, here are arrow").

The bow is made from a sapodilla branch cut with a machete; it was polished by scraping it with flint. The bow and arrows are perfectly finished.

Someone offers Obregón money for the arrows and he replies: "no quiere dinero, dinero no sirve; dame dos hamacas" ("no want money;

money no use; give me two hammocks"). In effect, money has no value here. Everything we have obtained from the Lacandon, or *Caribes*, as they call themselves, has been in exchange of the gifts we have given them, and because of the friendship that has been established with them.

At ten in the morning, a red airplane landed with representatives of the authorities in Tuxtla. Close to eleven, Captain Calderon arrived with seven trappers to search for Luis Morales, who they thought was still lost. Later, Victor Reyes arrives in a *Stinson* plane piloted by Captain Del Pech. There is a real crowd at the El Cedro champa.

Counting the members of the expedition, the Lacandon, our friends from Mexico City, the trappers, the soldiers representing the authorities, and the pilots, there are almost fifty people.

Fernando Gamboa arrives later in Captain Neria's airplane. People come and go from the champa to the landing strip, down the path among the dense undergrowth. Gamboa is here to find out personally about the accident, and he tells us that he has authorization from the United States embassy to bury Frey at the nearest village, in case his family requests the body. It is too late to comply with these instructions, since Frey rests next to Franco, far from here on the banks of the Lacanjá.

Arai, Sánchez Flores, Álvarez Bravo, Dr. Puig and I prepare to leave for Tuxtla on the first flight. I give Kayóm my blanket and Obregón my pocketknife.

There are four airplanes on the field, and they must be moved so that we can take off in the *Bellanca* airplane, piloted by Manuel Mayor. We get in the craft, and the pilot maneuvers it to the end of the small field, in order to have sufficient space to get off the ground, and we hope for an easy takeoff.

The engine roars, the plane gains speed and we anxiously watch more and more meters go by before we lift off. At last, the wheels rise, we look at one another and we smile, waving good-bye.

We take off at 12:30. The El Cedro airstrip and our friends stay behind.

We are seated on the floor of the small plane, piled up with our baggage. The immense jungle extends interminably below us. The El Cedro River disappears.

Now we fly over the Santa Clara lagoon and the series of smaller lagoons, tranquilly beautiful; they look like irregular mirrors of polished jade. The gorges and hollows, mountains and ravines, are all covered by the thick impenetrable vegetation of blue and green tones.



Farther ahead, after about half an hour in the air, the pilot points downward: stuck in the entangled jungle is a destroyed three-engine airplane.

The vegetation becomes less dense and the mountains higher. It feels cold. The town of Ocosingo is below us. We head for the ranges of San Cristóbal de Las Casas; we see the small huts of the Chamula Indians and the plumes of smoke from their cooking fires. We feel close now to civilization.

Our airplane is flying at a high altitude. Below, the roads through the mountains look as thick as yarn. After an hour in the air, we find ourselves enveloped by a thick fog; we pass among the tall blue cones of the San Cristóbal de Las Casas ranges.

Ahead of us, at a great distance, I see a blue mountain that resembles the profile of a tragic reclining face; the images of Carlos Frey and Franco Lázaro Gómez go through my mind, who have remain there, in the immense jungle, next to the Lacanjá River. The sun's rays penetrate through the fog, and the brightness of the Valley of Tuxtla appears.





## Raúl Anguiano: The art in Bonampak



Bonampak is a ceremonial center. In the opinion of the archaeologist Carlos R. Margáin, it was built during the seventh and eighth centuries. Dr. Sylvanus G. Morley in his book, *The Ancient Maya*, says that during the middle period of the Ancient Empire, at least fourteen ceremonial centers were established. As part of this group, he cites: Quirigua, Zendaes, Lacanjá and Quexil, and he gives us the year of 692 AD as the date these centers have in common. He also refers to Bonampak as one of the archaeological sites in the region of the Lacanjá River. It undoubtedly pertains to the same date as the previously mentioned ceremonial centers.

Although the grand period of the Ancient Maya Empire begins in the year of 731 AD, a few years later than the date that Morley indicated for the group of centers that includes Bonampak, all the aesthetic characteristics of this center's architecture, sculpture and painting correspond to the grand period, to the golden age of the Ancient Maya Empire.

As in all the great cultures of ancient México, perfect harmony among architecture, painting and sculpture was achieved at Bonampak. And if it is necessary to emphasize the importance of the painting in this case, I must state that in my opinion, based on the reasons I shall explain below, the architecture and sculpture at Bonampak are not inferior to the painting. Quite the contrary: I believe that the reliefs on the stelae and the lintels, as well as the architectural composition, can be considered as among the most beautiful works of Maya art.

To appreciate the beauty of the architecture, it is necessary to make use of the imagination, since the entire enormous pyramid is literally covered with tangled growth and large trees that grow on the platforms, the stairways and the roofs of the nine temples that remain standing, and which form part of the same architectural composition. From below, it is possible to see only a corner of the temple that is at the same level as the one decorated by the famous frescoes.

According to the calculations of the architect Alberto T. Arai, the total height of the monumental ceremonial center is 46.45 meters.

The complex of platforms, stairways and temples built on a hill, at different levels, is asymmetrical and shows great harmony and formal beauty. The plans and drawings made by the architect Arai, present it to

us as one of the most beautiful constructions of the Maya culture.

The Bonampak frescoes constitute a priceless treasure because they are the most important example of pre-Hispanic painting known in our days. Neither the frescoes at Teotihuacan nor those at Monte Alban, nor those at Chichen Itzá, can equal those of Bonampak in their degree of perfection and development. The painters of Bonampak had reached a formal and technical maturity not present in the artists who created the pre-Hispanic paintings previously known.

I must say that the frescoes are quite destroyed, with large chips in the plaster, which continue to come loose from the wall. The frescoes are covered by a whitish layer of travertine, composed of calcium carbonates, and are almost invisible. Even after freshening them with an application of petroleum (which has contributed to their destruction by diminishing the cohesion of the plaster), one must guess as to the shapes of the figures. Only well-preserved fragments can be seen clearly, heads, profiles, torsos and some almost complete figures, such as the beautiful *Wounded Prisoner*.

The color has almost disappeared, and only a faded tint remains, making us think about the original richness of the different colors and shadings.

The copies made by Agustin Villagrán are admirable because of the patience required to complete them, the imagination employed to interpret what was almost invisible, and the mastery with which he reconstructed the frescoes with the shapes and colors they must have had when they were painted.

It is possible for these paintings to be preserved for many years, if they are reconstructed by expert technicians. In practice, we have seen that Andrés Sánchez, Flores washed some sections of the plaster with a solution he had prepared, and in this manner the pigments became perfectly visible as the patina of travertine dripped off in the form of a milky liquid.

By washing the frescoes in this manner, applying a fixative and perhaps injecting them with cement so that the plaster does not continue to loosen, this artistic and historical treasure can be saved.

Temple number 1, the decorated temple, has three chambers, each with a door. The fresco painting begins almost at floor level, above a small platform that encircles the rooms. It continues uninterrupted at the angles of the walls and the triangular vaults. It continues to the outside of the temple, unbroken and undivided at the edges of the doorways.

The outside walls conserve remains of plaster painted with frescoes. It originally must have been a true orgy of shapes and colors, from the outside walls of the temples to the most hidden corners of the vaulted ceilings.

These murals have been compared with works by Velazquez or Titian. They have been called *The Sistine Chapel of America*. Nothing could be more false and superficial.

If we must make a comparison, we shall find more valid examples in Persian art, old in Japan or at Pompeii.

The Maya paintings of Bonampak, made six centuries before Giotto painted his marvelous murals, have no similarity with the modern art of Michelangelo, Titian or Velázquez. They are two-dimensional; both the volume as well as the perspective are suggested knowingly by line and color.

The graceful attitude of some of the figures, and the soft and rhythmic movement of the hands, closely resemble Persian drawings and miniatures.

The typically Oriental manner that some of the persons are seated reminds us of prints from China and Japan. The reclining figure of the prisoner; one of the most beautiful of these frescoes, is similar to the sleeping bacchante of a fresco at Pompeii, because of the manner employed by the painter to solve the foreshortening of the human body. However, having made these comparisons, it should be stated that the art of the ancient Maya, although similar to the art of other peoples, is extremely original.

The representative style of the human figures, in the painting as well as the sculpture, is of a synthetic realism.

There is a marked contrast between the observation of reality and its stylized re-creation.

While in the bodies and adornments a capricious stylization reigns, we find that the heads often seem to be faithful portraits of real and living persons. To prove this affirmation, I shall refer to an experience of mine: Kayóm, one of the most well-known Lacandon Indians, a descendent of the ancient Maya, posed for some of my sketches. After studying his face from different angles, I made an outline of his profile.

Great was my surprise upon discovering, in the abstraction of the lines, the physiognomic similarity of Kayóm's face to the figure of the warrior carved on the large stele at Bonampak.

A sense of humor was not absent from the art of the Maya. Just as



faces of fine realistic character are seen in the paintings as well as in the sculptures, there are also grotesque or frankly ridiculous faces of persons who generally are prisoners.

In room number one of the temple with the paintings, there is a scene that represents a ceremonial celebration. Outstanding among various figures is a person (a king or high priest) adorned with a large headdress of green feathers, a pectoral, ear ornaments, bracelets and luxurious garments.

This figure's profile is similar to those painted on Japanese prints, because of the slanted eyes and the fine details of observation. Long, sharp teeth protrude from the slightly open mouth, giving him a strange appearance. On the man's right, a slave with delicate and skillful hands is putting a bracelet on him. Another slave is near, carrying a container with perfume or paint for completing his attire.

The background of this scene is Venetian red, the headdresses of the noblemen and high priests are green, and the persons' skin has been painted in dull sienna and Indian reds.

On a frieze below this scene are dancers wearing masks representing crabs, iguanas and lizards; they are accompanied by musicians playing long trumpets.

On another part of the decoration are those who shake the rattles and the musician who plays the drum with both hands. All wear tall headdresses or white plumes on their heads. These headdresses have been outlined in black and the white lime plaster has been left unpainted to give the ornaments more brightness.

In spite of the strong contrast of the white headdresses, the red and sienna skin of the musicians and the emerald green background, perfectly harmonious color has been attained through the wise distribution of the painted surfaces and the shading of the pigments.

All these figures are seen in profile and in static positions. On another wall of the same room, richly dressed nobles' converse and discuss. Standing on a platform is a slave who is carrying a child in his or her arms, surely the prince, son of the king.

In room number two, the battle scene is outstanding because of its expressive force and the rich coloring that can still be perceived. In contrast with the mostly static figures in room number one, the battle painting in this room excels in the grand dynamism of its composition. The warriors have been painted in an infinite number of poses, revealing a great mastery of drawing.

The combatants, armed with lances, knives and shields, are locked in a violent but harmonic struggle. In spite of the diversity of poses and movements, the composition's classic beauty is never interrupted. On the faded turquoise blue background, the red and sienna colors of the warriors' skin stand out, as well as the greens and yellows of the headdresses, weapons and shields. It must have been another painter or master who carried out or directed the decoration of this room.

In the same chamber, one of the most beautiful compositions is painted: warriors armed with lances and wearing animal headdresses in the form of tigers, lizards and fantastic birds, deliver the prisoners to the prince or lord. At the extreme right side of this painting is a fat semi-nude personage who reminds us once again of Persian art, due to the great sensitivity in the drawing of the contours. The prisoners, sitting in the Oriental fashion on three steps suggested by two-dimensional planes, have weeping, pleading expressions. They beg their conquerors for mercy.

Outstanding is the figure of the wounded and seemingly sleeping prisoner, who is sitting on a step with his head and arm resting on an upper step, next to the feet of the warriors' king. The king is holding his lance next to the prisoner's head, and seems to have sunk the tip of it into the prisoner's eye, as it has been erroneously affirmed. Yet if the scene is observed carefully; in spite of the lack of perspective, the planes suggested show that the chief of the conquerors is farther in the background than the prisoner. Of any means, having painted the lance tip immediately behind the prisoner's aquiline nose has great effect and is very suggestive.

At the feet of the wounded prisoner, who is resting with his mouth open while breathing in apparently deep sleep, there is a mutilated head of another prisoner. This head with its fine profile is adorned with large green leaves that enfold it and serve as its resting place.

Another interesting figure is that of the prisoner seated, in a pleading position, at the feet of a conqueror. He speaks with his hands, marvelously drawn, which move to express his feelings. The profile of the head with its furrowed brow, startled eye and disheveled hair, accents this nude and defenseless prisoner's expression of pleading and anxiety.

When we reached Bonampak, we were received by a pleasant surprise: at the entrance to the clearing that must have been a large plaza, is a broken stela. The lower part remains standing, while the upper part has fallen in such a manner that the person, a warrior represented in profile, is upside down.

The stele is made of almost white limestone and measures about



two and one-half meters wide by four meters high. The warrior's face, with a solemn expression and a slanted eye with a deep and intense gaze, is framed by a magnificent headdress and luxurious garments. The elegant personage holds a highly decorated lance in his right hand. The left hand rests delicately on his waist. The fine yet energetic drawing of the hands, the face and the ornaments, makes this stele one of the most beautiful works of Maya art.

Although the stele is broken, the reliefs are perfectly conserved.

The decorated slab that is found on a terrace or platform at the same level as the temple with the paintings, shows the technical and formal maturity the Maya had reached, since there is no sign there of clumsiness or primitivism. It is a synthesis of this people's technical mastery and control of form.

The linear purity of the figures, seated in the Oriental fashion; the drawing of the faces in profile; and the beautiful movement of the hands surpass in grace and expressive force the best examples of Persian art.

Another broken stele is found on the same platform; it is another marvel. On the headdress of the figure (a high priest or warrior) is a small reclining male figure, with the head of a vulture. The person's headdress is framed by beautifully carved glyphs. Contemplating this small figure is worth the efforts of the painful journey we made to Bonampak. It has unsurpassable fineness of style and grace.

We saw several lintels, but the best are the three found over the doorways of the temple with the frescoes. Monolithic and with perfectly conserved reliefs, they represent scenes of the capture and death of prisoners.

The figures rhythmic movement and the classic serenity of the composition, in spite of its expression of bellicose themes, unite the lintels harmoniously with the paintings inside the temple and with the stucco frieze in high relief on the outside. These lintels preserve traces of having originally been polychrome. In the hollows of the bas-reliefs an almost imperceptible red tint can be seen.

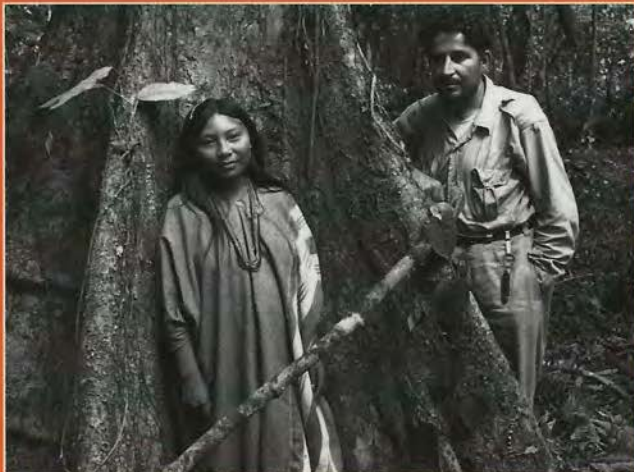
The remains of the high reliefs on the friezes of some temples, the beautiful lintels and stelae, the frescoes inside and outside of the temples and the grandiose architecture, make us think with nostalgia about the harmonic unity attained by the fine arts in the Ancient Maya Empire.







Raúl Anguiano, Expedición a Bonampak. Diario de un viaje.  
*Memorias de una expedición a la Selva Lacandona. 1949*, terminó  
de imprimirse en mayo del 2012, en los talleres de Shok Digital,  
S.A. de C.V. Sor Juana Inés de la Cruz 40-C. Col. Santa María  
la Ribera. CP 06400, México, D.F. Tel. 55418656  
shockdig@yahoo.com.mx  
La edición consta de 2,000 jemplares



Ná-Kin y Raúl Anguiano. Foto: Archivo Anguiano

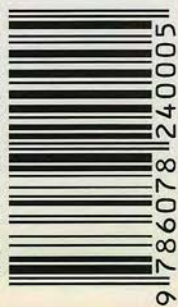
El pormenorizado relato de Raúl Anguiano, presenta una minuciosa y bellamente escrita crónica sobre ese legendario viaje al corazón de Bonampak, luego del descubrimiento por parte de Carlos Frey -arqueólogo por vocación-, de esos majestuosos vestigios mayas, cuyos murales son orgullo de la civilización prehispánica.

La importancia de la expedición auspiciada en 1949 por el Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA), la primera realizada por mexicanos, y de la cual formó parte Anguiano, no estriba sólo en los fines científicos y estéticos obtenidos, sino reviste singular trascendencia, porque fue una verdadera proeza emprendida por un grupo de valerosos y visionarios, como Fernando Gamboa, Julio Prieto, Carlos Margáin, Luis Morales, Pedro Alvarado, Alberto T. Arai, Andrés Sánchez, José Puig Guri, Manuel Álvarez Bravo, Luis Lara Pardo, Arturo Sotomayor, Andrés Sánchez Flores Jorge Olvera, Franco Lázaro Gómez, y Carlos Frey, el más entusiasta promotor de la expedición.

Para la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas (UNICACH) representa un orgullo auspiciar esta nueva edición, bilingüe, que permitirá a las nuevas generaciones, un mejor conocimiento de nuestro pasado, que es el basamento de nuestra fortaleza como país, orgulloso del legado de quienes nos antecedieron.

**Roberto Domínguez Castellanos**

ISBN 978-607-8240-00-5



9 786078 240005



1982 • 2012